BX 957
.V5
Copy 1

LIBRARY OF CONGRESS.

Chap. BX 957

Shelf .V5

UNITED STATES OF AMERICA.

REFUTACION

DE ALGUNOS ERRORES

SOBRE EL PONTIFICADO.

REFUTACION

DE ALGUNOS ERRORES

SOBRE EL PONTIFICADO.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

LOUIS VEUILLOT,

precedida de una biografía y de un estudio sobre las obras del autor,

POR D. A. J. DE VILDOSOLA.

1870

MADRID:—1859.

IMPRENTA DE LA ESPERANZA,

Á CARGO DE D. MIGUEL ARCAS.

Peralta, 8, *bajo*.

BX957
.V5

Aprobada por la autoridad eclesiástica.

M. LOUIS VEUILLOT.

SU VIDA, SUS OBRAS.

«Singular personaje es ciertamente M. Louis Veuillot, decia algunos meses há un periódico liberal de Bruselas. El director del *Univers* solo tiene ó enemigos irreconciliables, mortales, ó amigos fanáticos.» Si por fanatismo queria significar el diario de Bruselas un respeto que llega hasta la veneracion, una admiracion á là que no fatiga el entusiasmo, y un afecto que goza en las alabanzas y se ofende con las injurias á su objeto dirigidas, yo, lo confieso con

orgullo, soy uno de esos amigos *fanáticos* del director del *Univers*: le respeto, le admiro, le quiero hasta ese punto. No le conozco, y nada, ni aun su consideracion, puedo atreverme á esperar de él; ademas de que de nada, fuera de su talento imposible de trasmitir, puede él disponer. Me parece que esto haria disculpable mi entusiasmo, aun cuando fuera exagerado; pero yo espero que todos aquellos que lean estas líneas con la misma buena fe y el mismo espíritu de imparcialidad con que, á pesar ó mas bien á causa de ese fanatismo, voy á escribirlas, al sentirse dominados por el respeto, al verse embargados por la admiracion, al observar escitadas sus simpatías hácia el personaje de cuya vida y obras me ocupo, se convencerán, cualquiera que sea por otra parte la diferencia de ideas, de que justifico lo que digo y de que digo lo que siento.

Advertido esto, empiezo con plena confianza mi tarea.

M. Louis Veuillot nació en 1814, de padres que ocupaban una oscura posicion social, en Boynes, pueblecillo insignificante del departamento del Loiret. Sus tiernos y solícitos padres veian acrecentarse su familia á medida que se

disminuian sus recursos; y la fuga de un comerciante, privándoles del mezquino peculio, fruto del trabajo de muchos años, les obligó, cuando apenas su hijo Luis tenia un año y acababa de nacerles otro hijo (Eugenio), á dirigirse á Paris, ese mostruario, por decirlo así, de todas las grandezas, que es al mismo tiempo el refugio de todas las miserias.

La desgracia y la opulencia cuando se adhieren á una persona ó á una familia, la persiguen ó la favorecen con estraordinaria obstinacion; y si el Tirano de Grecia llegó á encontrarse su anillo en el vientre de un pescado como última manifestacion de la suerte propicia, Dios solo sabe el esceso de sufrimientos que agobian al desventurado que se resguarda de la helada y de la intemperie, durmiendo sobre las frias losas de un atrio ó de un portal. La familia Veuillot pasó en Paris por terribles pruebas, antes de lograr ponerse al frente de un establecimiento de vinos en Bercy, uno de los arrabales de la gran capital.

A los diez y ocho años de edad encontramos á M. Veuillot de redactor de un periódico conservador de provincia el *Echo de Rouen*; á los veinte le vemos de director del *Mémorial de la*

Dordogne; á los veinte y cuatro aparece ya en Paris escribiendo en la *Carta* de 1830 y en la *Paz*, diarios ministeriales.

¿Cómo pudo el jóven M. Veuillot, despues de tantos años pasados en la escasez, sin maestros ni libros llegar á colocarse en esa posicion social?

Mirecourt, ese esplotador, como ahora se dice, de escándalos, cuenta que M. Veuillot se pasaba en su cuarto dias enteros leyendo los libros que le prestaban, y que así se desarrolló su gusto literario; pero cuesta, en verdad, comprender, que en la posicion de su familia pudiera recibir de sus relaciones otros libros que los de Paul de Kock; y seguramente no ha sido con su lectura con lo que llegó á adquirir ese conocimiento estraordinario de la lengua francesa, ese estilo variado, pintoresco, incisivo, chispeante, elocuente, que los entendidos no se cansan de admirar. En cuanto á las ideas, aun mas raro seria que las hubiera adquirido en esos libros.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que á los diez y ocho años M. Veuillot se encuentra en Rouen escribiendo en un periódico. Desde luego oscurece á sus compañeros de redaccion;

tiene defectos, uno sobre todo que es un defecto capital y que no debe desaparecer hasta mas tarde: el no ser cristiano; pero hasta en esos defectos, fuera de este último, se encuentran grandes cualidades. Es enérgico hasta la rudeza; dice siempre lo que siente, acaso con demasiado fuego, incapaz de una bajeza, de una traicion, de una debilidad.

Ya lo hemos dicho: no es aun cristiano, y por lo tanto escribe cosas que luego han de pesarle: vive de un modo que luego ha de lamentar. Nunca, sin embargo, á pesar de todo lo que en contrario se ha dicho, llegó á escribir nada que se pareciese á esas infamias, á esas obscenidades de que los libros y no pocos artículos de periódicos están plagados: ni su talento ni su corazon le permitian llegar á ese punto. Tenemos de ello una prueba terminante, decisiva. En la polémica sobre Béranger, año 1855, M. Veuillot, dirigiéndose á uno de los redactores del *Siècle*, se espresaba así:

«Segun M. Jourdan, no solo en la época en que no me faltaba nada para llegar á ser un buen redactor del *Siècle*, sino aun despues que mis convicciones me volvieron el honor de formar parte de la redaccion del *Univers*, yo he

escrito mas que nadie «cosas sucias.» Fundados en estas palabras que se escriben subrayadas, los lectores del *Siècle* pueden creer que yo he escrito obras del género de las de M. Béranger ó de otros que se le parezcan.

»M. Jourdan engaña á sus lectores. En 1859 entré en la redaccion del *Univers*. Hasta entonces ciertamente habia escrito muchas tonterías; nada, sin embargo, por mas que fuese tan libre pensador como otro cualquiera, ni inmoral ni voluntariamente impío. Y si lo que no hice cuando ignoraba la verdad y los deberes que ella impone, lo hiciese ahora que Dios me ha hecho la gracia de permitir la conociera, seria un hipócrita miserable, al que se deberia con toda justicia desenmascarar.

»Autorizo á M. Jourdan á que lo haga, le comprometo á ello. He dado ya la misma autorizacion á algunos de sus compadres, sin que ninguno de ellos la aprovechara. Que M. Jourdan no los imite, si ha llegado á adquirir documentos mas seguros. Presente esos escritos mios, firmados ó anónimos, impresos ó manuscritos que deban rebajarme al nivel de M. Béranger, y preséntelos sin cuidado, porque le prometo no enviarle á donde las gentes honradas hacen

bien en enviar á los difamadores. Me he habituado á conceder esas gracias de las que el *Siècle* ha participado mas de una vez.»

El *Siècle* no presentó nada, sin que por eso haya dejado de emplear las mismas palabras como suprema razon en todas las polémicas que con el *Univers* sostiene; pero no por eso queda menos terminantemente probado que, como M. Veuillot dice, nada de inmoral ni de voluntariamente impío ha salido, ni aun en sus primeros años, de su pluma.

Quedan sus duelos, es verdad. En Rouen como en Perigord, cuando dirigia el *Mémorial de la Dordogne*, M. Veuillot, con ocasion de sus polémicas, hubo de batirse cinco ó seis veces, demostrando, á juicio de sus mismos enemigos, un estraordinario valor. Ya hemos dicho que aun no era cristiano, y seguramente para él, en su conciencia quedara ese pecado, ese mal ejemplo que llorar. No sabemos, sin embargo, qué le puedan echar en cara por ello, los que se figuran que el honor de un hombre se halla en la punta de una espada ó en la boca de una pistola. Yo encuentro que ahora, por el contrario, debian creer ciegamente en su conversion, al ver que permite se hagan con él los valientes,

personas á quienes con una sola palabra, con un sí dado á su reto, haria temblar.

Pero siento, por decirlo así, la necesidad de llegar á la época de la conversion de M. Veuillot. Dios le habia destinado á ser uno de sus mas fieles servidores; quiso que esa alma tan valiente, esa naturaleza tan rica, tan exuberante de genio, ese Mirabeau de la pluma, se postrara al pie de sus altares, le adorase como el mas humilde de sus hijos, sufriera por su amor injurias inauditas, y no solo de sus enemigos, sino de otras personas ¡ay! que debian desgarrar mas su corazon.

M. Veuillot se hallaba en Paris escribiendo en la *Carta* y en la *Paix*, y tenia delante de sí un porvenir de los mas brillantes que el mundo puede dar. ¿Era feliz? Él mismo va á decírnoslo:

«Descontento y sombrío, cuenta hablando de sí mismo, en el fondo de todos los placeres, devorado por mil afanes en el seno de la abundancia, tan pronto queria á toda costa aumentar mi fortuna como lamentaba amargamente mi pasada miseria. Me avergonzaba de las brechas abiertas en mi conciencia, y al mismo tiempo me fatigaban los restos de honradez

que aun vivian en el fondo de mi corazon. Habia perdido completamente la fe política. Un año de polémica habia roto, deshecho, pulverizado, convicciones que no descansaban sobre ninguna base sólida en el pasado, que no veia á dónde podrian conducirme en el porvenir. Bajo la accion continua de las burlas y de los malos ejemplos, el barniz de moralidad que los cubria iba desapareciendo, y apenas me quedaban dos meses para llegar á ser uno de esos *condottieri* de la pluma que pasan alternativamente de un campo á otro campo, vendiendo menos aun su valentía que su actividad. ¡Dios me ha salvado ciertamente, sacándome del fondo del abismo! Yo por mí no podia ya salvarme.»

Pero veamos de qué medios se valió Dios para realizar su salvacion. En 1838, un año antes de entrar en el *Univers*, M. Veuillot, que tenia aficion á los viajes, y que ya habia estado en Suiza y en Argel, parte para Roma. La Ciudad Eterna tiene un atractivo invencible para todos los grandes hombres que con frecuencia van á admirar las ruinas del Coliseo y del Capitolio; á recordar á los héroes de la República ó á los seides del Imperio que olvidan completamente al llegar allá, ante otros recuerdos vivos que les

inspiran otras ideas y les dan la idea de otras esperanzas: en el centro del error que se va á visitar, se llega á ver el centro de la verdad, la madre de toda ciencia y el foco de toda santidad.

No sabemos qué iria á visitar M. Veuillot en Roma; pero de seguro no iba con la intencion de echarse á los pies del Santo Padre; y ciertamente le hubiera admirado oir á su salida de Paris que en el término de su viaje ante el sucesor de San Pedro, habria de comprender la eterna verdad, que entonces desconocia, ya que no la despreciara.

El último edificio que M. Veuillot habia visto en Paris antes de su salida para Roma fue, segun él mismo nos dice, la sala *Valentino* en el baile del mártes de Carnaval: el primer edificio que visitó en Roma fue la iglesia del Ara-Cœlis, cuando estaban en ella las *Cuarenta Horas*. ¿Qué efecto no produciria en su alma impresionable la comparacion?

Vió despues la basílica de San Pedro, esa obra del genio cristiano que tan grandes cosas ha inspirado, y vió, sobre todo, al Pontífice, á ese hombre que une á Dios con la humanidad, á ese hombre que es la representacion encarnada diez y ocho siglos há, de las sociedades que de

él han salido. Le vió, debió verle, haciendo cesar los sacrificios humanos, las costumbres bárbaras, aboliendo la esclavitud, disipando las tinieblas de la ignorancia, y mostrando á los pueblos y á las generaciones el puerto de salvacion. Le vió, debió verle estendiendo siempre su mano protectora para resguardar al débil, contener al poderoso ó recibir de él, para el débil, un don fraternal. Le vió, debió verle echar los cimientos de la monarquía y de la unidad europeas, y conservar la obra que habia fundado, infatigable sostenedor de la justicia y de la libertad. Y al verle así rodeado de tanta gloria y cubierto de tanta majestad sentado en su trono tan combatido siempre y siempre tan inquebrantable en señal manifiesta de la proteccion de Dios, una luz nueva inundó su alma y se arrodilló elevando al cielo su primera oracion.

Estaba convertido. Se confesó y recibió el Manjar de vida de las manos venerables del Sumo Pontífice.

A su vuelta á Paris y al cabo de unos meses, llena de proyectos la cabeza, pero sin descubrir todavía por qué camino le llamaba Dios, renunció un empleo de importancia que le habian da-

do, á instancias del mariscal Bugeaud, y entró en la administracion del *Univers*, periódico entonces que apenas contaba con mil abonados, y del cual, como era natural sucediese, llegó á ser pronto director. Aquí entra su vida en su nueva faz, segun vamos á ver.

El *Univers*, al encargarse de él M. Veuillot, solo tenia una aspiracion: conseguir la libertad de enseñanza, prometida por la Carta de 1830, pero que la Universidad no queria de ningun modo conceder. Compuesta la Universidad en su mayor parte de discípulos, que seguian las inspiraciones de Cousin, Michelet, Quinet, Genin, Libri, eclécticos impíos ó demócratas ateos, los padres de familia católicos veian, y con razon, un peligro en poner en tales manos la educacion de sus hijos; pidiendo con arreglo á la *Carta* se cortara, ó por lo menos se limitara el monopolio que estaba ejerciendo sobre la enseñanza la Universidad. Este núcleo de padres de familia dió orígen al partido católico, cuyo órgano mas genuino, mas activo y mas considerado, ha sido y sigue siendo el *Univers*.

Las pretensiones de ese partido no podian ser mas justas en un pais que, sobre tener la libertad de cultos, es católico en su inmensa

mayoría. Desgraciadamente su causa era tan débil como justa, y á la vez á sus adversarios les sobraba de fuerza lo que les faltaba de razon. La Universidad dominaba en todas partes: en la Familia Real, en los Consejos de ministros, en las Cámaras, en la prensa. Contaba ademas con los cálculos del interés y con la ceguedad absoluta de la pasion.

Aun con tan desfavorables condiciones, la lucha fue vivísima durante muchos años, y con frecuencia la Universidad hubo de apelar á las persecuciones, encarcelando é imponiendo fuertes multas al abate Combalot, al abate Suchet, y á M. Louis Veuillot, cuya brillante pluma maltrataba á sus adversarios en la prensa, y hacia brillar la luz de la verdad en las columnas del *Univers*. Al mismo tiempo la voz elocuentísima de M. de Montalembert resonaba con el mismo éxito en la Cámara de los Pares, trasmitiéndose su eco á toda la Francia.

Prescindiendo de esta aspiracion suprema que, como hemos dicho, habia sido la única causa de la formacion del partido católico, el *Univers*, su órgano genuino, marcaba, aunque aceptando el estado de cosas existentes, sus

simpatías por la legitimidad, y los defectos orgánicos y fecundos en males del parlamentarismo. No era sin embargo absolutamente legitimista, y aun me atreveria á decir mas, aun me atreveria á decir que hubiera preferido M. Veuillot Luis Felipe á Enrique V, si prescindiendo del parlamentarismo hubiera prescindido tambien de las preocupaciones, que llegan ya á ser vicios, de que adolece en Francia el partido de la legitimidad. Me refiero á los sentimientos ó mas bien á las ideas galicanas que le animan.

En España, separar los intereses del catolicismo de los de la monarquía, como los de esta de la legitimidad, seria, visto lo visto, un delirio, cuando no otra cosa peor. Entre nosotros felizmente no existe el absurdo, como la misma palabra indica, de una Iglesia *nacional*, que se llama al mismo tiempo católica, que quiere decir, *universal*. En Francia esa Iglesia, la galicana, existió, aunque felizmente no existe; pero hay un partido, el legitimista, que en su mayor número la restableceria si la pudiera restablecer á despecho ¡cosa rara! de todo el clero alto y bajo francés. Esta era ya una razon para que no solo existiera, fuera del partido legitimista, otro partido que se llamara partido

católico, sino tambien para que ese partido separase sus intereses del legitimista, buscando en otra parte su satisfaccion. Añádase á esto que gran parte de los legitimistas en Francia, no contentos con ser galicanos, han llegado á apasionarse por el parlamentarismo, enemigo mas ó menos disfrazado, pero enemigo siempre de la religion, del órden y de la estabilidad, y nadie podrá dejar de convencerse de que, tan ilógico y tan absurdo como seria en España la formacion de un partido que se llamase católico, existiendo el monárquico, que es tal en realidad, tan natural y razonable fue que se formara ese partido en Francia, donde sus intereses no estaban defendidos ni en la prensa ni en el Parlamento.

A pesar de esas diferencias, pasaron muchos años, hasta la constitucion del imperio en 1852, sin que el partido católico y el partido legitimista chocasen y se pusieran en pugna abierta como ahora lo están, gracias á ciertos enemigos, no del partido católico, pero sí de su jefe, M. Veuillot. Otra circunstancia muy particular se ve en la conducta de esos enemigos: su triunfo les ha agriado y ha motivado su defeccion. Siempre se descubre la ruindad del corazon humano, aun en los hombres de mas brillantes cualidades.

Para el año 48, el año de la revolucion, el partido católico representado por Louis Veuillot y Montalembert, habia adquirido gran importancia en medio de las persecuciones de todo género de que era víctima por parte de la Universidad. Estrechamente unido, respetable ya por su número, mas respetable aun por la calidad de sus combatientes, se tenia que contar para todo con él. Así se vió que los parlamentarios conservadores acudian en las elecciones pidiendo el apoyo del *Univers*, al mismo tiempo que, reconociéndose impotentes para contestar á los argumentos de los socialistas, acudian á la pluma de M. Louis Veuillot. Así se vió tambien que Luis Napoleon, á poco de alcanzar el poder y cuando aun no se podia desprender de los revolucionarios, nombrase ministro de Cultos á uno de los principales miembros del partido católico, al conde de Falloux. De aquí provino la primera division.

El conde de Falloux nombró una comision para que redactase una ley de enseñanza, comision en la que colocó al lado del Obispo de Arras y de Montalembert á Thiers y Cousin, y al presentarse la ley formada por la comision la combatió el *Univers*, encontrándo-

la, sino mala, no tan buena como hubiera podido y debido ser. La division estalló, y los legitimistas se unieron al conde de Falloux. Luego sobrevino la cuestion de los clásicos, y la division se hizo mas profunda. No entraremos en el fondo de esas dos cuestiones; pero sí diremos, despues de haber leido atentamente lo que por una y otra parte se escribió, que en la forma la razon estaba de parte de M. Veuillot y del *Univers*. La cuestion de los clásicos, como la de la enseñanza, fue á Roma; Roma habló, y si no pudo llegar á restablecer la union, por lo menos, se logró que la disidencia no pasara de ciertos límites, y que el partido católico, salvo poquísimas aunque importantes escepciones, siguiera al *Univers*.

A todo esto los sucesos de 1851 vinieron á hacer mas profundas las divisiones y á caracterizar mejor las diferencias que separaban al partido católico del legitimista y de algunos de los miembros importantes que habian pertenecido al primero de esos partidos, entre ellos el conde de Montalembert.

Conocida es la situacion en que se encontraba la Francia al acercarse el año 52, en el que se debia verificar una nueva eleccion de presi-

dente de la república. Hasta aquella fecha, el actual Emperador no habia dado suficientes garantías ni al partido católico ni aun siquiera á ese otro partido que se llama á sí mismo, no con mucha justicia, conservador. Empleando una profunda política que era tambien la única que podia salvarle y salvar á la Francia en aquellas circunstancias, Luis Napoleon mostraba ciertas deferencias que podian pasar por simpatías hácia los revolucionarios, si bien conteniéndolos con el uso de su poder. Esta conducta escitaba la desconfianza del partido católico; y tanto por esto como por sus antiguas simpatías, M. Veuillot hizo un llamamiento á los legitimistas, llamamiento que creyó seria escuchado, y enarboló en tal creencia la bandera de ese partido. Muy pronto ¡ay! hubo de arriarla. Inmotivadamente confiados los legitimistas en su triunfo; persuadidos no se sabe por qué de que la Francia espontáneamente les iba á llamar, y no comprendiendo ni la significacion ni la trascendencia del paso dado por el partido católico, rechazaron á este con altivez, siendo víctimas de su optimismo sin par.

Sobrevino el golpe de Estado de 2 de diciembre, que cogió á M. Veuillot fuera de Paris. El

conde de Montalembert, muy partidario entonces de Luis Napoleon, al mismo tiempo que seguia unido con el *Univers*, se presentó aquel dia en la redaccion de este periódico, y en el mismo despacho y con la pluma misma de M. Veuillot redactó en nombre del partido católico una adhesion al paso dado por el presidente: adhesion que por parecerles demasiado terminante y esplicita, no quisieron los redactores del *Univers* insertar en ausencia de su director. Este, apenas supo lo que pasaba, volvió á Paris, llegando en el momento en que se disparaban los primeros tiros en las calles. Entablada la lucha, la cuestion cambiaba completamente de aspecto. El partido del pillaje y del saqueo, el partido anticatólico y antisocial provocaba la lucha, y todo era preferible á su victoria. La adhesion, pues, que habia escrito prematuramente Montalembert dos dias antes, estaba entonces perfectamente en su lugar, y el *Univers* la aceptó y la publicó sin restricciones de ninguna clase. Mas tarde, concluida la lucha, cuando ya Luis Napoleon, desembarazado de todo obstáculo, pudo gobernar por sí, y dió tan magníficas muestras de sus sentimientos y de su valor favoreciendo á la Iglesia y asegu-

rando el órden social, M. Veuillot le apoyó con todas sus fuerzas y llegó á ser uno de sus mas ardientes defensores. Pero entonces fue cuando á causa del mutismo de la tribuna, y solo del mutismo de la tribuna, con el cual no podia lucir su elocuencia, Montalembert se separó de Luis Napoleon y del *Univers*, uniéndose al grupo de los legitimistas y de los antiguos miembros del partido católico.

La adhesion que M. Veuillot manifestaba y manifiesta al imperio; la gratitud que muestra al Emperador; las brillantes defensas que hace de su sistema y los no menos brillantes ataques que dirige á los contrarios; su actitud, en una palabra, se ha visto y se ve terriblemente censurada, sin que su absoluto desinterés pueda librarle de las bajas calumnias con las que el espíritu de partido, las ambiciones bastardas y la necedad humillada tratan siempre de rebajar á la imparcialidad, al noble desprendimiento, á la razon victoriosa.

En este punto me permitiré espresar una opinion particular sin salirme del objeto de esta introduccion. Soy legitimista, profundamente legitimista, y lo seria aun cuando no me hallase convencido de las grandes ventajas del de-

recho hereditario y de los incalculables perjuicios del principio contrario con respecto á la humanidad en general; porque sea una buena cualidad, sea un defecto de mi inteligencia, lo cierto es que no puedo aceptar un principio sin aceptar tambien todas, absolutamente todas sus consecuencias. El apotegma *in medio est virtus*, me parece, hoy que la cuestion política es la cuestion del Bien y del Mal, de la Verdad y de la Mentira, un solemne absurdo; en el Bien como en la Verdad no hay términos medios. Soy, pues, legítimista; pero me parece que puede fácilmente caerse en error con respecto á saber dónde se encuentra la legitimidad, ó mas bien, pues la legitimidad no es otra cosa, la autoridad de derecho divino, fuera de la cual no existe ni puede existir sino la fuerza.

Todo creador en la medida en que crea, y aquí me apoyo en las ideas del P. Félix, bien formando lo que no existe, bien reconstruyendo lo que se ha destruido, bien conservando lo que encuentra, tiene autoridad. En este sentido solo en Dios se encuentra la autoridad absoluta, porque solo su infinito poder ha creado el mundo, y solo su infinita sabiduría lo conserva; pero Dios puede poner en los hombres un

reflejo de esa autoridad, y la pone desde luego en aquellos que en los cortos alcances que al hombre han sido dados, crean y conservan una sociedad. Las dinastías han hecho siempre esas dos cosas; fuera de ellas no se ha visto sino ruinas y destruccion; y de aquí que la fuerza de una esperiencia constante y de un convencimiento general haya concedido á las dinastías lo que se ha llamado y se llama autoridad de derecho divino.

Pero ha habido muchas dinastías que se han sustituido unas á otras, sea por estincion, sea por usurpaciones, palabra que contra ellas se estuvo empleando durante mas ó menos tiempo. Y qué, ¿puede acaso el tiempo legitimar una usurpacion siendo tal? ¿La verdad puede nunca cambiar? Las leyes humanas tienen en muchos puntos que ser contingentes, aventuradas, pueden dirigirse contra los fines de las leyes divinas; pero como de estas procede todo derecho, es fácil que un derecho verdadero corra por el mundo con el nombre de una usurpacion. En punto á la autoridad, creo que no hay regla mas segura que la espuesta: el hombre, en la medida en que crea ó conserva, en la medida, para ahorrar palabras, en que es autor, tiene la

autoridad, una autoridad de derecho divino que debemos, y nos conviene ademas, respetar y acatar.

Ahora bien, pregunto yo: ¿quién puede atreverse á asegurar que Luis Napoleon no ha adquirido esa autoridad? Yo afirmo lo contrario. Yo diré siempre que Luis Felipe fue un usurpador que solo tuvo fuerza, que no pudo tener autoridad; y sostendré á la vez que Luis Napoleon tiene fuerza y tiene autoridad.

Luis Felipe arrebató indignamente la corona de la cabeza de su anciano y virtuoso tio, y no la arrebató, no, para crear ni para conservar nada, sino al contrario, para acabar de destruir, para permitir que se desarrollaran esos gérmenes de destruccion echados en la Francia por el jansenismo, por el galicanismo y por el filosofismo. Y Luis Felipe continuó su obra, esa obra de destruccion hasta 1848, fecha que recuerda el mayor peligro que desde el advenimiento del cristianismo ha amagado á la sociedad.

Luis Napoleon apareció en medio de ese volcan cuya lava iba abrasando ya á la Francia y á casi todas las demas naciones de Europa, atizado el incendio por los operarios de la revolucion. Lo primero que hizo fue impedir que esos

operarios prosiguieran su destructora tarea, y luego trató de apagar el volcan, ó, por lo menos, de contener sus estragos. Necesitaba para conseguir lo primero el prestigio y el poder que da una corona, y se la formó sin arrancársela á nadie. Necesitaba para conseguir lo segundo cerrar el cráter del volcan, cosa que no se consigue con la fuerza, sino con la abnegacion y con el sacrificio, y llamó á los que voluntariamente se sacrifican, á los héroes cristianos, únicos hombres capaces de tanta virtud, logrando por su medio ir poco á poco cerrando el cráter del volcan. Creó la sociedad francesa y la está conservando; ¿puede, puede haber una autoridad mas legítima que la suya?

Y Dios, casi nos atreveríamos á decirlo, está consagrando visiblemente esa autoridad. Ved lo que queda de la antigua dinastía. Un Príncipe lleno de virtudes y merecimientos, sí, pero que hace veinte y ocho años está desterrado de su patria; que no tiene raices; que está viendo en sus inmediatos herederos á sus mayores enemigos y á los mayores enemigos tambien de la patria, del mundo, y que ve por el contrario en Luis Napoleon un continuador feliz de las nobles acciones de la inmortal dinas-

tía de los Luises y Cárlos de Borbon. En él concluye esa noble dinastía que ha adquirido todas las glorias inclusa la del martirio, glorias á las que él puede añadir la de una cristiana resignacion. ¿Le reemplazará la dinastía de Orleans, esa dinastía que desde el necio hermano de Luis XIV hasta el egoista Luis Felipe, ha dado al mundo el repugnante duque de Orleans, regente de Francia, y el regicida Felipe Igualdad? Dios no puede consentirlo, á menos de que aun quiera castigar mas los vicios del hombre en esta infelice edad.

Hé aquí, pues, la razon de absoluta justicia que, á nuestro juicio, motiva y justifica ampliamente la adhesion que al imperio manifiesta M. Louis Veuillot. Cabe suponer otras razones diferentes ó parecidas á estas, pero todas buenas para la justificacion de su actitud; no cabe, so pena de caer en el absurdo, suponerla hija de ninguna clase de interés personal. M. Veuillot nada tiene, á nada aspira, sea respecto á bienes de fortuna, sea respecto á honores ó á poder. Solo tiene su talento y su virtud; solo aspira á conseguir el triunfo de la Iglesia, á la que quiere con entrañable amor. Ha perdido el porvenir que el mundo le ofrecia, ha roto con todas

sus antiguas afecciones, y por toda fortuna tiene sobre su nombre el cúmulo de injurias mas variado que hombre en la tierra ha llegado á soportar. Retirado del mundo, viviendo en un estremo de Paris en un pequeño círculo de amigos cuyos dias están consagrados al trabajo y á la oracion, M. Veuillot se halla al abrigo de todas las tentaciones; aplaude el bien donde le encuentra, no transige con el mal, aunque pierda una amistad y tenga que violentar su corazon. Se le ha visto, enemigo, como siempre ha sido, de M. Guizot, hacer justicia á muchos de los actos de este ilustre hombre de Estado calvinista; se le ha visto defensor como lo es del imperio, y entusiasta como lo es del Emperador, combatir con la mayor energía algunas de sus disposiciones, entre otras la de la venta de los bienes de beneficencia, que logró derribar. La verdad, la justicia, la virtud tienen en él un defensor infatigable; el error, la arbitrariedad y el desenfreno, un enemigo mortal.

Ha llegado tambien el tiempo de que á él se le haga justicia, ó mas bien de que la justicia se haya mostrado por sí misma cubriéndole de gloria. Desde ese rincon de Paris que habita, su voz

resuena en toda Europa, y es acogida con respeto donde no es oida con placer, á lo que han contribuido mas por justo castigo de la Providencia, las injurias de sus adversarios, que los elogios de sus apasionados. Hasta esos mismos adversarios, sin dejar de injuriarle, le admiran y le respetan, prescindiendo de su inmenso talento, á causa de esa energía, de esa virilidad, de esa conviccion honda, profundísima que se descubre en todo lo que sale de su pluma. Las ediciones de sus obras se agotan; sus artículos mas insignificantes, y esto lo dicen tambien sus mismos enemigos, se leen y se releen en Paris.

Mas pronto ó mas tarde tenia que suceder eso. M. Louis Veuillot es uno de los primeros escritores que ha tenido la Francia. Nadie ha sabido dar mayor variedad y tintas mas fuertes á su estilo, formas mas diversas á la lengua, fuerza mas estraordinaria á los argumentos, mayor alcance y profundidad á las ideas. Todo lo que escribe lleva un sello que le caracteriza. Tiene el arte, diria mas bien el genio, de convertir en naturales, haciéndolas agradables, las transiciones mas bruscas; y así se le ve descender de la alta elocuencia á la familiaridad, como pasar de la burla mas cómica al razonamien-

to mas serio, cuando en una no amalgama cosas tan opuestas. La ironía es su arma favorita, y sin embargo, ¡cosa sorprendente en alto grado! no hay escritor que le aventaje en sensibilidad. Dotado de ese poder de intuicion, que es el sello del genio, una sola idea le descubre toda una ciencia, por un hecho conoce todo un sistema, por una palabra, adivina todo un plan.

Todas estas cualidades brillan en sus obras literarias, políticas, históricas y religiosas; en *La Mujer Honrada*, novela que es una obra maestra de sentimiento y de originalidad, como en la *Vida del P. Muard*, en la que se encuentra la elocuente sencillez de los escritores ascéticos; en el libro histórico á que estas líneas sirven de prefacio, como en el folleto político *Vindex* y *Espartaco*, que uno no se cansa de releer y de admirar. Aparte de estas obras, han salido de la pluma incansable de M. Veuillot *Las peregrinaciones á Suiza, Los libre-pensadores, La pequeña filosofía* y otras menos importantes, pero todas notables por los conceptos ya indicados. M. Veuillot ha publicado tambien seis gruesos tomos en 8.°, que comprenden una coleccion de sus artículos que han salido á luz en el *Univers*. Esos tomos están destinados á tener muchas, infini-

tas ediciones en la posteridad, como sucede con todas aquellas obras que retratan acabadamente á todo un siglo ó á toda una generacion.

He concluido mi tarea. Por el juicio que de su inmenso talento y de la bondad de sus obras he formulado, se me podrá tachar de torpe ó de parcial; importa poco, siempre que se me conceda, y no comprendo con qué fundamentos habia de negárseme la concesion, que hay tanta grandeza en el carácter como sublimidad en los sentimientos profundamente católicos de M. Louis Veuillot.

A. T. de Vildósola.

INTRODUCCION.

Desde que la Iglesia nació de la sangre de Jesucristo, solo ella existe verdaderamente en el mundo. Todo se hace por ella ó contra ella con una energía tan duradera como su eternidad. La Iglesia es el Bien; el Mal no vive sino para combatirla, y la combate, tanto por una negacion perpetua como por una parodia incesante. Todo lo que la Iglesia hace, el Mal lo declara malo, absurdo, funesto; é insultándola sin cesar, trata de continuo de imitarla. El Mal tiene

sus dogmas, su disciplina, su culto, dogmas, disciplina y culto que son la negacion perenne y la parodia servil de los dogmas, de la disciplina y del culto católico. En esa parodia, ni artículos de fe, ni sacrificios, ni grandes y pequeñas devociones, ni penitencias, nada falta. Los Santos, sobre todo, no faltan en ella; y este es acaso el punto en que las religiones humanas y particulares plagian con la mayor asiduidad á la Religion divina y universal: cosa que se funda en una razon muy sencilla, aunque desconocida para los que la ponen en práctica, puesto que el objeto íntimo y verdaderamente infernal de todas esas religiones es el de suprimir á Dios en provecho del hombre, haciendo del hombre un Dios sin Dios.

Los sectarios, los indiferentes, los libre-pensadores, tienen, pues, sus Santos, á los que llaman grandes hombres, esponiéndoles á la veneracion pública en las calles y en las plazuelas. Bajo la primera república, tan fecunda en canonizaciones de este género y en toda clase de creaciones religiosas, se habia consagrado para este panteismo un Panteon; pero al ver que su Panteon estaba sujeto á vaciarse en las letrinas, no perdieron el ánimo reemplazándolo con la

moda de las estatuas, moda hoy floreciente. No hay aldea que no posea su grande hombre, al menos en busto. Se toma lo que se encuentra: y es preciso á toda costa un grande hombre. Así, pues, á falta de otra cosa; en defecto de escritores, de mecánicos, de militares, se llega hasta hacer el honor de poner en estatuas á Santos verdaderos que no habian sido reconocidos como grandes hombres hasta ese momento, y que llegan á serlo por decreto municipal. Se dice que esto es para honrar el mérito y la gloria; pero se hace bien en no decir que no tiene el objeto de honrar la virtud, porque en tal caso seria necesario volver á caer en el martirologio, pidiendo á la Iglesia los nombres de los que han recibido de ella un brillo mas ilustre que el que se quiere darles. Los *libre-pensadores* no pretenden imitar á la Iglesia de esta manera, es decir, honrando á la virtud. Pero, ¿qué virtud digna de homenaje puede encontrarse allí donde la Iglesia no ha encontrado bastante virtud? Y siendo esto así, ¿cómo dar á conocer entre los pueblos para que lo honren, lo que la Iglesia no conoce ó no honra? *Gloriam meam alteri non dabo.* Todo el culto de la *libertad del pensamiento*, nada ha podido contra esta palabra. Nada,

ni libro, ni mármol, ni ruido de ninguna clase puede, aun aquí en la tierra, asegurar al hombre ese tibio resplandor que constituye la gloria humana, cuando esa gloria no es en sí misma un reflejo de la gloria de Dios. Esperad cincuenta años, cien años, cuando mas. Salid del grupo que forma la sociedad literaria y del pequeño espacio que ocupa la localidad, y ya nada se oye, nada brilla; la memoria del gran hombre, á pesar de su estatua, pasa como si el hombre no hubiera existido. Los pueblos á cuya admiracion le presentan, ignoran lo que ha hecho; no saben ni aun su nombre; y si lo saben no hacen ningun caso de una ni de otra cosa. ¿Importa algo, por ventura, al pueblo, que ese personaje haya inventado una máquina, escrito un libro ó ganado una batalla? ¿Se conmoverán con ello sus almas inflamándose en emulacion? El aguador que llena todos los dias sus cubas á los pies de la estatua de Molière, ¿está por eso mas orgulloso de ser hombre? ¿Tratará acaso de hacer economías sobre la taberna para saborear el *Misántropo*, y si eso hiciera, llegaria por ello á ser mas hombre de bien? El literato que pasa por allí, ¿encuentra por mirar á la estatua algun buen verso? ¿Ha hecho esa estatua sentir á

ningun hombre de bien la necesidad de quitarse el sombrero? Esas estatuas levantadas en todas partes nos presentan un olimpo muy semejante al de los paganos: no se conoce vicio que no tenga en él su representante, y á veces todos los vicios son glorificados en una sola figura. En el frontispicio del Panteon se ven, entre otros personajes de la misma calaña, á Voltaire, á Rousseau, á Mirabeau, es decir, á la Falsía, á la Avaricia, á la Difamacion, á la Revolucion, á la Felonía, al Libertinaje, al Ateismo, al Suicidio; y á los malos libros, á los malos discursos, á las malas acciones, en fin, á todos los pecados capitales de todas las categorías. ¡Pobres dioses mal establecidos en su inmortalidad pasajera, desconocidos de gran número de hombres, despreciados de los que los conocen y hasta de los mismos que los adoran, los cuales empiezan siempre por suprimir púdicamente la biografía de los adorados!

La Iglesia pide otros títulos para sus glorificaciones; no venera brutalmente los dones del talento, los trabajos en las ciencias y los adelantos en las artes, los negocios ó la guerra; pero por el solo hecho de ocuparse esclusivamente en glorificar á Dios, la Iglesia es la que glorifica

verdaderamente á la humanidad, pues que sin tener en cuenta los azares del talento y la fortuna de las obras, corona la fuerza y la hermosura del alma; así que, siendo mas legítima la causa de sus recompensas, su brillo es incomparablemente mas estenso, mas duradero y radiante. Los nombres de sus Santos traspasan las fronteras del espacio y del tiempo rodeados de una popularidad que no tiene igual. En todas partes, en las aldeas como en las ciudades y bajo todas las zonas se les levantan innumerables altares. Para el pueblo, es decir, para la casi totalidad de los hombres, dos ó tres nombres, cuando mas, sobrenadan de la antigüedad, y aun de ellos se habla sin veneracion como sucede con Alejandro y César, símbolos de la Fuerza. Por lo demas, ¿quién ha conocido nunca, ni aun de nombre, á Platon, á Sócrates, á Aristóteles, á Ciceron, á Virgilio, á Augusto? No hay un aldeano católico que no sepa muy bien quiénes fueron y lo que hicieron San Pedro, San Pablo, San Agustin, San Luis, San Vicente de Paul, é infinitos otros Santos de diversas épocas y de diversos países. Bajo todas las latitudes, esas estrellas de la humanidad divinizada aparecen visibles para todos los fieles.

El aldeano breton celebra la fiesta de Santa Rosa de Lima y de Santa Teresa de Jesus, dando á sus hijas los nombres de esas vírgenes que no fueron ni de su pais ni de su raza; y el indio de los Andes y el salvaje bautizado ayer en las aguas del mar Glacial dirigen al mismo tiempo su oracion á Santa Genoveva y á San José. El Soberano Pontífice acaba de inscribir en el catálogo de los héroes del Evangelio el nombre de otra Genoveva, de una pastorcita enferma, Germana Coussin, que vivió hace dos siglos en una choza en los alrededores de Tolosa, y que murió sin haber hecho otra cosa en toda su vida que guardar sus ovejas, sufrir, y orar á Dios. El nombre de Germana Coussin irá mas lejos sobre la tierra y durará mas largo tiempo entre los hombres que todos los nombres que el mundo declara gloriosos. Es difícil ó es por lo menos muy dudoso que la estatua de Germana adorne nunca ninguna plaza pública; pero es seguro que antes de que trascurra un siglo, su imágen será guardada con respeto en su patria y lejos de su patria bajo chozas en las que nunca se haya hablado ni se hable de los Alejandros, de los Césares ni de los Napoleones. La pobre Germana no solamente será conocida, no

solo será honrada é implorada, sino que será imitada. Muchas almas humildes y grandes tomándola por ejemplo, invocándola por apoyo, queriendo como ella hacerse agradables á Dios, llegarán á ser como ella vasos de fe, de pureza y de caridad; porque á esto se reduce el culto de los Santos, á honrar méritos infinitamente superiores á los dones del genio y de la fortuna, y á hacer de ese modo accesibles esos méritos á todos los que sinceramente desean adquirirlos. Véase cómo se perpetúa el culto de los Santos para la salvacion del mundo, sin que nunca los esfuerzos del Mal puedan abolirlo, ni la impotente envidia de la prudencia y de la virtud puramente humanas puedan reemplazarlo.

Al apuntar aquí estas ligeras ideas respecto á algunos rasgos del importante papel que llena en el mundo el Jefe de la Iglesia que proclama en quiénes se encuentra la santidad, no tememos esceder los límites de esta obrita, haciendo algunas consideraciones sobre el primero y mas grande de los Papas, sobre aquel á quien Dios, entre todos los mortales, comunicó de un modo mas poderoso el privilegio de su inmortalidad. ¿Qué nombre, en efecto, despues

del de Dios y del de la Vírgen, coexiste mas vivo sobre la tierra que el del primer Pontífice, y á quien puede aplicarse mejor esta esclamacion de alegría del Santo Rey David: *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus; nimis confortatus est principatus eorum?*

SAN PEDRO.

I.

San Pedro, el príncipe de los Apóstoles, puede ser llamado tambien el príncipe de los Santos. Elegido por Jesucristo para ser el fundamento de la Iglesia, lo instruyó y perfecionó su divino Maestro en todas las virtudes que iban á constituir el augusto carácter de la humanidad regenerada, recibiendo con estas virtudes nuevas la investidura de un poder tambien nuevo y divino en un todo: poder que antes de él, no tuvieron los justos mas amados de Dios. San Pedro es el modelo de los creyentes, de los penitentes, de los Apóstoles, de los doctores, de los Pontífices, de los mártires. Todas las aureolas ciñen su cabeza, en sus manos están todas las palmas; tiene la sabiduría del cielo para enseñar, el poder del cielo para condenar y para

absolver; tiene las llaves del cielo, y á él es á quien la humanidad debe de decir lo que él mismo decia al Salvador de los hombres: *Teneis las palabras de la vida eterna.*

Por la voluntad de su Maestro, San Pedro emprendió la mas admirable revolucion que el mundo haya visto, y que el alma del hombre puede concebir; revolucion que realizó por el amparo divino que obtuvo, premio de su fe y de su valor. Solo y pobre atacó y echó por tierra los dioses y el imperio de Roma. Murió sobre la cruz, sufrió el suplicio de los esclavos; pero en realidad murió convertido en legislador, siendo de hecho Pontífice y Rey de la tierra, primer Rey de la única dinastia que es eterna; vencedor del César, que era entonces Neron, es decir, vencedor de todos los vicios y de todos los errores, y vencedor en el momento mismo en que el error y el vicio, señores absolutos de los hombres, recibian de ellos los honores divinos. Pedro rompió ese yugo ignominioso; y lo rompió para siempre, instituyendo ese reinado de la verdad que no deja ya á la mentira triunfo seguro ni apacible, que no la permite sofocar la santa sublevacion de las conciencias, y que, siempre dispuesta á combatir por la justicia, no

ignora que encadena la victoria desde el momento que acepta el martirio.

La gloria de San Pedro, aun en este mundo, escede, si es posible, á sus trabajos. Diez y ocho siglos hace próximamente que un ministro subalterno de Neron condujo á Pedro al suplicio, y diez y ocho siglos hace que Pedro es el personaje mas importante y conocido de la historia. Todas las lenguas han publicado su nombre, todas las lenguas le pronunciarán hasta el fin de los tiempos. Toda inteligencia capaz de recibir el Evangelio ha conocido su vida, ha bendecido sus obras; los mas nobles genios han meditado las menores circunstancias de ellas; la poesía y las artes, en ellas han encontrado sus inspiraciones; de ellas solo ha sacado la teología sus leyes. Su tumba visitada por todos los pueblos, ha llegado á ser una fuente de vida y la clave maestra del órden social. Allí reina todavía, protegida por la fe de sus innumerables hijos, y sostenida, cuando llega el caso, por el temor de los mismos que envidian su poder paternal y que desearian rehusarle su homenaje. Todo se desmorona en el mundo cuando se conmueve ese trono. Desde esta sublime altura de hechos maravillosos, siempre

azotado por huracanes formidables é impotentes, Pedro, vivo en su sucesor, revestido de todos los privilegios que Jesucristo le ha dado, gobierna á los pastores y á sus rebaños, enseña, repara, ata y desata, manda á las inteligencias y dirige á las almas. Inútilmente le disputa ese mando ó se subleva contra él el orgullo, apelando al sofisma, la astucia apelando á la injuria, la maldad apelando á la fuerza bruta. Si algunas veces el orgullo, la astucia y la maldad separan á todo un pueblo y á todo un imperio de Pedro, el pueblo á quien arrastran á las tinieblas conserva un recuerdo y una necesidad de la luz que mas pronto ó mas tarde les volverá á ella. Pedro, seguro de la obediencia de lo mas selecto del género humano, define el error y permanece siendo el Rey de la verdad. No hay ninguna mano bastante fuerte para abolir sus leyes. Su palabra es el dique inmoble que la mar alborotada puede cubrir de espuma, pero no puede ni arrastrar en su corriente ni traspasar en su furor. Pedro ve, sin que tiemble, el furioso esfuerzo de las sublevaciones, escucha sin palidecer su clamor inmenso, y volviéndose hácia su pueblo, bendice á doscientos millones de almas cuyo *Amen* creyente,

al despertar todos los ecos de la tierra, cubre á la vez la protesta del hereje, la negacion del incrédulo y el grito apasionado del bruto que se resiste á obedecer. Tal es hoy ese poder de Pedro, contra el cual se han conjurado á la vez desde el tiempo de Neron todos los monstruos y todos los malvados producidos por la naturaleza. Pedro ha vencido á Neron, ha vencido á Arrio, ha vencido á Mahoma, ha vencido á Lutero y ha vencido á Voltaire; abraza todo el mundo descubierto; se halla dominando á doscientos millones de almas, y sus conquistas no han terminado todavía; porque la plenitud de las naciones entrará en su redil. Así cumple su palabra Aquel que le dijo un dia: *Tú eres pescador de hombres.*

¿Y quereis saber ahora lo que ese mortal mas favorecido que Abraham, mas poderoso que Moisés, mas inspirado que los profetas; lo que ese legislador y ese pastor de la humanidad, ese Vicario de Jesucristo que llevó á cabo tales obras, fue y lo que hizo para adquirir tal gloria? Por sí mismo no tenia ni fortuna, ni fuerza, ni genio, y por toda ciencia sabia conducir su barca y remendar sus redes; pero era recto y sencillo de corazon; creyó en Jesucristo, le amó, y cuando

Jesucristo le mandó lo dejara todo por seguirle, no titubeó un momento en obedecerle. En ello estriba el secreto de su poder y de su gloria; á causa de esa sencillez de la que nació su fe, de esa fe de la que brotó su amor, de ese amor cuyo fruto fue la obediencia, y de esa obediencia para la que nada fue imposible, y que no rehusó ni los trabajos del apostolado ni el martirio, Pedro á su vez fue amado de Jesucristo. El Hijo de Dios le tuvo en su escuela, y le formó para ser el maestro del género humano. Escuchemos lo que sobre este dice la palabra apostólica á los pobres:

«Teneis la fe de Sán Pedro, y sois cristianos »como él; podeis tener la caridad de San Pe»dro y amar á Dios como él, y, por lo tanto, »podeis, como él, merecer toda la estimacion »del cielo. Hé aquí la verdadera grandeza, una »fe animada de la caridad, es decir, del amor »de Dios, y una caridad sostenida por la fe. »Porque nada nos hace mas grandes que lo que »nos hace grandes ante Dios, y nada nos hace »mas grandes ante Dios que lo que nos aproxi»ma mas de Dios, y nada nos aproxima mas de »Dios que la fe y el amor de Dios. ¿Qué importa »que estemos vestidos de púrpura ó cubiertos

»de harapos, si bajo esos harapos somos mas »agradables á Dios que los príncipes bajo la púr- »pura? En vez de pedir á Dios una fortuna tem- »poral, en vez de pedirle tesoros perecederos y »un poder humano, pidámosle una fe viva y »ardiente. Este doble mérito preparó á San Pe- »dro para la soberana dignidad de la Iglesia, á »la que Jesucristo quiso ensalzarle.»

Hé aquí una filosofía muy sencilla, muy popular, muy práctica al mismo tiempo que muy sublime, cuyo testo difícilmente encontrarian en la vida de sus héroes los oradores encargados de celebrar á los grandes hombres á quienes se levantan estatuas.

II.

Pero lo que aun se desconoce mucho mas en la vida de esos héroes; lo que escede á toda belleza y desalienta á la mayor elocuencia, es la primera parte de la vida de San Pedro, la de esa parte que trascurre en la escuela de Jesus. La ficcion mas riente de las poesías antiguas y el resto mas consolador de la verdad perdida, era seguramente el de un Dios descendiendo entre los hombres para instruirlos. La humanidad, aunque ciega é intranquila; aunque en el seno de sus miserias cuya causa habia olvidado y cuya estension ni aun siquiera conocia, rehusaba, sin embargo, creer que hubiese nacido de la casualidad y que tuviera por sí misma los pocos bienes que poseia; diciéndose que un Dios habia velado sobre su cuna dándola las leyes y las artes. ¡Véase ahora hasta qué punto la realidad nueva ha escedido á todo lo que el genio

de los poetas pudo añadir á ese recuerdo confuso del paraiso fielmente guardado en la conciencia humana!

Si se quiere comparar todo lo que el hombre puede comprender, aun en sus sueños mas elevados, de la bondad de Dios con lo que esta misma bondad puede hacer por el hombre, debe leerse en Fenelon el pasaje en que Mentor instruye al futuro Rey de Itaca, viendo á seguida por el Evangelio de qué modo Jesucristo instruia á unos pobres artesanos de Galilea, de los que iba á servirse muy pronto para cambiar la faz del mundo. ¿Cómo imaginarse, cómo atreverse á concebir ese milagro del Amor Divino? ¡Tanta paciencia, tanta ternura, tanta majestad! ¡Toda la complacencia de un amigo, toda la bondad de un padre, toda la grandeza de la presencia de Dios! Los llama, los ama, se plega á la flaqueza de sus conocimientos y de su juicio, les habla un lenguaje que puedan comprender, les alimenta, les sirve, va á curar á sus parientes enfermos; y cada una de las acciones del Divino Maestro está coordinada para que les sirva de regla cuando hayan recibido la órden de enseñar á todas las naciones.

Pero ninguno de ellos es instruido con tanta

vigilancia y predileccion como Simon Pedro, que justifica sin cesar y con brillo este glorioso favor. Aparece su nombre en el Evangelio, y siempre se le ve presentarse confiado, humilde, sincero, generoso, digno por la constancia de su fe, de ese nombre simbólico de Pedro que le fue dado desde el primer dia. Es el primero en todas partes. A él se dirigen todas las grandes palabras que anuncian el desarrollo, las conquistas y el eterno triunfo de la Iglesia.

Sentado sobre la barca de Pedro, que habia llegado á ser ya la barca de la Iglesia, pronuncia Jesus la primera instruccion pública de que se hace mencion en las relaciones evangélicas. Pedro fue quien, apenas el Señor hubo concluido su discurso, y obedeciendo su mandato, se lanzó sobre el agua, echando la red para la pesca milagrosa; y fue quien, reconociendo la mano de Dios en este triunfo, se humilla y tiembla en vez de enorgullecerse. Pedro fue quien, cuando Nuestro Señor quiso someter á una prueba la fe de los Apóstoles, esclamó: *Vos sois el Hijo de Dios vivo.* Pedro fue quien, para unirse con Jesus, no titubeó en lanzarse sobre las aguas; quien se atreve á armarse para defen-

derle; quien, sobreponiéndose al terror que todos esperimentaban, le siguió hasta el Pretorio; quien, habiéndole negado con la turbacion del miedo, se arrepintió en el instante mismo llorando amargamente. Pedro fue, en fin, quien, á pesar de la magnitud de su falta, conoció bastante la misericordia del Hijo de Dios y se sintió bastante seguro de su propio corazon para decirle: *Señor, Vos sabeis si yo os amo.*

Y entonces, en efecto, Jesus reconociendo y recompensando su amor, mas grande que el de los demas y su fe mas perfecta, le confió el supremo imperio de las almas por toda la duracion de los tiempos: *Conduce á mis corderos, conduce á mis ovejas.* Por la confesion tres veces repetida de su amor, Pedro, dice San Agustin, borró su triple negacion; y el Hijo de Dios, contando ya con su discípulo, le puso en las manos lo que para Él era mas querido: *Parce agnos meos, parce oves meas*; todo el rebaño sin distincion. Y todo lo que no es del rebaño de Jesucristo no es del rebaño de San Pedro; y todo lo que no es del rebaño de San Pedro cesa de ser del rebaño de Jesucristo.

Bossuet nos presenta este plan de Dios sobre San Pedro: «Nuestro Señor Jesucristo, dice el

»gran Obispo, queriendo formar el misterio de »la Unidad, eligió á los Apóstoles entre todo el »número de sus discípulos; y queriendo consu- »mar el misterio de la Unidad, eligió á San Pe- »dro para preferirle no solo á todo el rebaño, »sino tambien á todos los pastores, á fin de que »la Iglesia que es una en su estado invisible »con su jefe invisible, fuera una tambien en el »órden visible de su dispensacion y de su con- »ducta con su jefe visible que es San Pedro, y »los que, en la serie de los tiempos, deben ocu- »par su puesto. Así el misterio de la Unidad »universal de la Iglesia se halla en la iglesia ro- »mana y en la Sede de San Pedro; y como es »preciso juzgar de la fecundidad por la unidad, »se ve con cuántas prerogativas de honor y de »caridad es el Sumo Pontífice el padre comun »de todos los hijos de la Iglesia. Para consumar »el misterio de la Unidad fue por lo que San »Pedro fundó por su sangre y por su predica- »cion la Iglesia romana, como toda la antigüe- »dad lo tiene reconocido. Estableció primera- »mente la Iglesia de Jerusalen para los judíos, á »quienes el reinado de Dios debia ser en primer »lugar anunciado para honrar la fe de sus pa- »dres, á los que Dios habia hecho esta prome-

»sa. Habiéndola establecido, dejó á Jerusalen »para ir á Roma, con el fin de honrar la pre- »destinacion de Dios, que preferia los gentiles á »los judíos en la gracia de su Evangelio, y esta- »bleció á Roma, que era el jefe del gentilismo, »jefe de la Iglesia cristiana, que debia especial- »mente formarse del gentilismo disperso, á fin »de que esta misma ciudad, bajo cuyo imperio »se habian reunido tantos pueblos y monar- »quías diferentes, fuera la Sede del imperio es- »piritual que debia unir á todos los pueblos des- »de el Poniente al Occidente, bajo la obedien- »cia de Jesucristo. Porque, con la verdad del »Evangelio, San Pedro llevó á su Iglesia la »prerogativa de su apostolado, es decir, la pro- »clamacion de la fe y la autoridad de la dis- »ciplina.

»Pedro, confesando la fe, oye de la boca de »Jesucristo este oráculo: *Tú eres Pedro, y so- »bre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Pedro, de- »clarando su amor á su Maestro, recibe de Él »esta órden: *Conduce á mis corderos, conduce á »mis ovejas.* Conduce á las madres, conduce á »los hijos; conduce á los fuertes, conduce á los »enfermos; conduce á todo el rebaño. Ya, pues, »que eres Pedro, publica la fe y echa su funda-

»mento; tú, que me amas, dirige el rebaño y »gobierna la disciplina.»

Pero detengámonos un poco mas en este primer período de la vida de San Pedro, el mas humilde de los hombres, llamado á la familiaridad del Dios Todopoderoso.

Si yo me atreviera á escuchar el grito de mi corazon, aconsejaria á los que distribuyen el pan de la palabra que llevaran con frecuencia á los fieles á esa Mesa preparada y servida por las manos de Dios. ¡Qué de conmovedoras escenas! ¡Qué de luces suaves é invencibles! ¡Cuán maravilloso, cuán, por decirlo así, abrumador por la bondad y por el amor es todo en ella, y cómo se ve que Dios no hace nada que no sea digno de su sabiduría! No, San Pedro no es indigno del cariño de Jesus. Para que el milagro de la propagacion del Evangelio y del establecimiento de la Iglesia se alzara durante todo el trascurso de los siglos como el reto mas absoluto echado á la razon y á la fuerza del hombre, era preciso que los Apóstoles fueran unos sencillos y groseros artesanos, y Pedro, su jefe, el mas sencillo y acaso el mas ignorante de todos; pero al mismo tiempo debia ser tal cual lo vemos, bueno, piadoso, sincero, amable, si

puedo espresarme así, hasta por sus imperfecciones. Sabia una cosa que todos los hombres debian saber entre los judíos; sabia que el Mesías vendria, y le esperaba con una fe pura, sin disertar como los fariseos, y sin pedir como los judíos carnales, que el Mesías les trajera las alegrías de la tierra y el cetro del mundo. Mas ilustrado por su fe que los doctores por su ciencia, reconoció en el instante á Aquel á quien esperaba, y Jesus tambien le reconoció á él: *Tú eres Simon, hijo de Juan; en adelante te llamarás Pedro.* Y Pedro lo dejó todo por seguir á Jesus, dando así el ejemplo del abandono completo; porque, aunque pobre, tenia no obstante su casa, su barca, sus redes, y estaba casado. Tan noble carácter esplica estas gloriosas palabras que Jesus le dirigió mas tarde: *Bienaventurado tú, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te han descubierto quién soy, sino mi Padre que está en los cielos.* Cuando Jesus hablando á los Doce les dijo estas palabras: *Mi carne es un alimento, mi sangre es una verdadera bebida,* titubearon entre sí: «Ese discurso, dicen, es demasiado duro; ¿quién puede creerlo?»

Pero Pedro, interrogado por el Maestro, dió

una respuesta que robusteció su confianza vacilante: *Señor, ¿dónde, á quién iríamos? ¿Teneis las palabras de la vida eterna? Os creemos porque sabemos que sois el Cristo Hijo de Dios.* De este modo fundó la razon decisiva y universal de la fe á todos los misterios. Lo creemos todo por la palabra de un Dios que lo puede todo y que nos ama. ¡Esto debe agradecer Dios; la sencillez y el candor de este homenaje!

La fe de Pedro y su amor brillan tambien el dia de la Cena, cuando Jesus se prepara á lavar los pies á los Apóstoles. Pedro rehusa desde luego por humildad dejarse lavar los pies: «No quiero, Dios, Señor, que me laveis los pies.» Pero habiéndole dicho Jesus: «Si no os lavo los pies, no tendreis parte conmigo,» Pedro esclama en el momento: «Señor, no solamente los pies, sino la cabeza.»

Cree, tiene confianza, aun cuando la flaca naturaleza parece vender á la fe. En medio de la tempestad, no piensa lo bastante en que la presencia de Jesus basta para preservar á la barca, y le despierta: «Salvadnos, Señor, perecemos.» En el pretorio reniega de Jesus; pero una mirada de Jesus basta para convertirle. ¡Quién dirá nunca, quién podrá saber las almas que han

tocado y salvado esa mirada de Jesus y esas lágrimas de San Pedro! ¡Dulce mirada de la infinita misericordia que viene todavía, despues de diez y ocho siglos, á atravesar y purificar nuestros ingratos corazones! ¡Santas y dulces lágrimas del arrepentimiento que han apagado y apagarán siempre en este mundo las llamas del vicio y en el otro las del eterno castigo!

III.

La obra de Jesucristo ha terminado. Por sus lecciones, por sus ejemplos, por su muerte como hombre, por su autoridad como Dios, ha formado á aquel á quien quiere dejar en el mundo para conservar su enseñanza y distribuir sus gracias; y ha llenado su promesa enviándole el Espíritu Santo.

Pedro parece entonces como un hombre completamente nuevo; entonces se ve verdaderamente en él al jefe de los Apóstoles. Sin perder su carácter sencillo, humilde y dócil, se muestra en todas partes animado del valor mas lleno de iniciativa y de firmeza. Ejerce el primero el peligroso ministerio de la predicacion, proclamando públicamente la divinidad de Jesus crucificado; y esta primera predicacion, esta primera redada del pescador de hombres hace entrar á tres mil personas en el seno de la Iglesia,

reducida hasta entonces á los Apóstoles, que estaban asustados. Pedro ejerce el primero el don de los milagros: en nombre de Jesucristo manda á los cojos de nacimiento que se levanten y marchen, y convierte en un segundo discurso, pronunciado despues de este milagro, á cinco mil personas. ¡Eternas lecciones eternamente fecundas!

Jesus hace mas por medio de su Vicario que lo que quiso hacer por sí mismo: en tres años de predicacion, El no juntó sino el pequeño rebaño de los Apóstoles y de los discípulos; dos discursos de Pedro hacen entrar en la navecilla ocho mil hombres venidos de todas las naciones y que hablaban todas las lenguas. La Iglesia está fundada. Que los Apóstoles se dispersen ahora: encontrarán en todas partes algun creyente que haya oido la voz de Pedro, y que recibirá á sus enviados. Jesus curaba á los enfermos con tocarles ó con una palabra; la *sombra* sola de Pedro los cura. Poco despues llega á hacer mas: por una accion atrevida se declara el intérprete de la voluntad divina, y asegura para siempre la libertad del ministerio evangélico.

Se le prohibe predicar, y aunque á él fue á quien mas especialmente habia enseñado su

Maestro la sumision á los poderes, haciendo un milagro para que pagara el tributo, sabe hasta dónde debe de llegar la sumision, y declara, con peligro de su vida y de su libertad, que es preciso obedecer á Dios mas bien que á los hombres; porque, dice con Juan: «Nosotros no podemos dejar de hablar de las cosas que hemos visto y oido.» Hé aquí el famoso *Non possumus* que, á pesar de todas las tiranías, ha conservado al mundo los beneficios del Evangelio. Pedro le pronuncia el primero, y el primero sufre sus consecuencias. Si no da el primero su vida, reservada antes del martirio á trabajos mas duros que el martirio, es el primer herido y el primer cautivo. El maravilloso y doloroso destino de la Iglesia se resume en su vida, llena de dolores y de maravillas. Siempre perseguido, siempre libertado, siempre oprimido, siempre triunfante, socorrido hoy por los hombres, mañana por los ángeles, y el dia siguiente encadenado; aquí recibido en triunfo, allí arrojado con ignominia, tal se ve siempre Pedro; pero á través de todas esas vicisitudes ejerce la plenitud del poder que no recibió de los hombres, y que los hombres no podian ni podrán nunca quitarle. Escluye de la Iglesia al impostor que queria

entrar en ella por dinero; vuelve la vida al hijo de la viuda que hacia buenas obras; castiga de muerte á los cristianos infieles que se habian atrevido á mentir al Espíritu Santo; destruye la tirantez de las observancias judáicas; lleva la luz á los idólatras, y recibe en la persona del Centurion Cornelio las primicias del gentilismo. Nada hay tan grande sobre la tierra, ni nadie es mas humilde que el hombre que hace tan grandes cosas. Habiéndose engañado una vez, no en la doctrina sino en la conducta, con ocasion de las observancias, sufre el ser públicamente amonestado por Pablo, neófito cristiano, y Apóstol salido de las filas de los perseguidores.

Pero esas comparecencias ante jueces inícuos, esos golpes, esos encarcelamientos, esos viajes apostólicos en la Judea, esos laboriosos triunfos, siempre comprados al precio del sudor y de la sangre, todo eso, en fin, no es nada todavía: es preciso apoderarse de Roma; es preciso destruir ese Capitolio, que es la fortaleza armada y terrible de los falsos dioses. Pedro parte para Roma.

Lo que Roma era entonces, lo dicen algunos nombres. Desde la muerte de Nuestro Señor

hasta la de San Pedro, Calígula habia sucedido á Tiberio, Claudio á Calígula y Neron á Claudio. A medida que estos monstruos invadian el poder supremo, el Senado los declaraba dioses. Todo era dios en Roma, dice Bossuet, escepto Dios mismo. El Senado sacrificaba víctimas humanas á esos dioses que se llamaban Tiberio, Claudio, Calígula y Neron. Un dia Neron mató á su madre; el Senado dió solemnes acciones de gracias en todos los templos de Roma. A Tiberio le habia parecido que los senadores le adulaban demasiado; pero estos no se avergonzaron de ello y adoraron á Neron como habian adorado á Tiberio; entregando á Tiberio como á Neron aquellos de entre sus colegas que fatigaban las miradas del tirano, sea por un resto, sea por una apariencia de virtud. El senador Tácito es quien esto cuenta, y debe creérsele, porque probablemente seria cómplice en ello: Tácito era uno de los hombres mas recomendables de Roma. Por aquel tiempo habia tambien otro gran filósofo y gran escritor que publicaba tratados de moral, en los que enseñaba el desprecio de las riquezas, el amor de la justicia y el perdon de las injurias. Se llamaba Séneca, habia sido preceptor de Neron, llegó á ser su mi-

nistro, y en cuatro años que logró sostener su favor, atesoró por sus estorsiones y por la usura doscientos treinta millones de nuestra moneda. Cuando Neron le consultó sobre la intencion que abrigaba de matar á su madre, el moralista Séneca solo le preguntó una cosa, á saber: por qué soldados iba á hacerla degollar; y escribió, en bellísimo estilo, la apología de este crímen, apología que el Emperador se dignó recitar en el Senado. En cuanto á la manera con que el sabio Séneca vengaba las injurias, baste decir que hasta el mismo Neron le encontró demasiado severo, teniéndole que imponer la clemencia hácia sus enemigos.

Tales eran los maestros, los filósofos y los grandes de Roma. Reconociendo oficialmente, segun el catálogo de Varon, treinta y dos mil dioses, y en el fondo llenos de desprecio por toda esa plaga olímpica nacida de las supersticiones y de las corrupciones del pueblo, los maestros, los filósofos y los grandes de Roma se contentaban con la filosofía materialista de Epicuro. En cuanto á sus deberes para con la humanidad, tenian por regla estas palabras de Julio César, el mejor tal vez de sus grandes hombres: *La especie humana es una presa que pertenece al*

mas fuerte. Debiendo por política procurarse el favor del pueblo, lo compraban y lo conservaban haciendo degollar en los juegos públicos á millares de víctimas; de suerte que, sea para satisfacer la avidez y los caprichos del príncipe, sea para divertir á la multitud, no cesaba de correr sangre humana. Los sacerdotes y las vestales asistian á esos espectáculos que la religion consagraba, derramando la primera gota de sangre por la mano de uno de los ministros de los dioses. Del otro lado de las paredes, bajo los arcos del circo y entre las cabañas en que rugian las fieras y se adiestraban *anima vili* los aprendices de gladiadores concluyendo de matar á los heridos, habia sitios de prostitucion. Lo que eran las costumbres de las clases elevadas, todo el mundo lo sabe; Chateaubriand se ha atrevido á describirlas; pero «¿quién se »atreveria á contar las ceremonias de los dioses »inmortales y sus impuros misterios?... No hay »punto ninguno en la historia del género hu»mano en el que el pudor se viera desterrado »con mas cuidado que lo que lo era en los mis»terios de la religion.»

Bajo esta plebe que se creia libre, y bajo estos patricios que no tenian mas bienes, mas vida ni

mas honor que la que les dejaba César, gemia el pueblo inmenso de los esclavos, privados de todos los derechos de la humanidad y aun de la cualidad de hombres. Trabajaban, morian, servian segun el capricho y el interés de sus señores. El proverbio decia que para el esclavo no debia haber reposo: *Non est otium servis.* El esclavo no tenia alma; la Grecia le llamaba un cuerpo, *sôma*; Roma una cosa, *res*. No era sino un instrumento del que era lícito servirse sin tregua y sin escrúpulo hasta que se gastara. Y cuando la vida del esclavo duraba mas que sus fuerzas, la celebrada prudencia de Caton enseñaba á matarle de hambre. Algunos patricios dedicaban sus esclavos á la mendicidad, mutilándoles con la ingeniosa crueldad de la avaricia, con el fin de que escitaran mas fuertemente la piedad de los transeuntes. Esta industria era muy practicada, y como sucede en toda industria, habia en ella competencia. Si alguno de los poseedores de esclavos mendigos veia en alguna parte á un esclavo mas estropeado que los suyos ó cubierto de llagas mas terribles y espantosas, escogia en su *rebaño* á aquellos que le cuadraba para asemejarles con el que habia visto; condenándoles á un suplicio tan largo como

su miserable vida, para que le llevaran por las noches algunas monedas mas. Para proteger la vida de los señores contra la desesperacion de los esclavos, la ley no apremiaba á los primeros á que los trataran mas humanamente; por el contrario, condenaba á los esclavos, aun cuando fueran toda una *nacion*, al suplicio, si su señor moria de muerte violenta. Así es cómo fueron esterminados en tiempo de Neron por órden del Senado y á pesar de los murmullos del pueblo, los cuatrocientos esclavos de Pidanius Secundus, á quien se asesinó en su casa.

Esta era la gran Roma señora orgullosa de las naciones; esa Roma que recitaba los versos de Horacio y de Virgilio; esa Roma en la que la voz de Ciceron acababa de apagarse; esa Roma en la que Tácito y Séneca escribian; la Roma, en fin, de César y de Augusto, llena de monumentos, de riquezas, de obras maestras, llena hasta de sabiduría, y la Roma que dice Montesquieu estableció su imperio sobre la *despoblacion del universo*. Pues esa Roma fue la que Simon, llamado Pedro, pescador de la aldea de Bethsaida, en Galilea, solo y con los pies descalzos, un palo en la mano, pero su *Credo* en la memoria y su Jesus en el corazon, vino á sitiar, vino á tomar

en nombre de ese mismo Jesus crucificado en Jerusalen entre dos ladrones. Pedro iba á Roma á proclamar al Dios único, al Dios casto, al Dios justo, al Dios misericordioso y compasivo, al Dios terrible, al verdadero Dios. Iba á establecer la humildad en ese reino del orgullo, la pureza en ese centro de la lujuria, la libertad cristiana en ese infierno de la tiranía. Iba á llevar la familia con la indisolubilidad del lazo conyugal y el respeto á la vida de los hijos; iba á restituir al esclavo su cualidad de hombre, añadiéndole la dignidad de hijo de Dios; iba, donde estaba el imperio de Neron á establecer el imperio de Jesucristo. «¡Maravilloso contraste! En »la misma época, Séneca, filósofo elocuente, »rico, dirige la educacion de un nuevo Empera»dor, y Pedro, pescador de Galilea, ignorante, »sin dinero, sin crédito, dirige la educacion de »un nuevo género humano. El discípulo de Sé»neca fue Neron; el discípulo de Pedro es el »universo cristiano.»

IV.

Asistido de Pablo, á quien basta nombrar para que el espíritu humano caiga en la contemplacion de un nuevo milagro, Pedro permaneció veinte y cinco años en Roma, estendiendo desde allí su solicitud sobre todas las Iglesias. Al cabo de ese tiempo se le cogió un dia y se le encerró en la prision Mamertina, al pie del Capitolio, como si se hubiera querido que viera con sus propios ojos y tocara con sus propias manos para darles la última y victoriosa sacudida, los fundamentos de ese santuario de los errores que él habia abolido y que iba á concluir. Se le sacó de allí muy pronto. Se le hizo atravesar el Forum, en el que el Senado tenia sus sesiones enfrente á la tribuna muda, y en cuyo estremo se levantaba la Casa de Oro de Neron. Fue llevado al camino de Ostia, en donde encon-

tró á Pablo que iba tambien á morir. Se habia preparado una cruz; pidió que le pusieran en ella con la cabeza hácia abajo, á fin de sufrir con un sello de ignominia ese suplicio que habia llegado á ser glorioso por la muerte de su Maestro. Este fue el fin de sus trabajos y el principio de su gloria que durará tanto como la tierra y los cielos. Allí empezó el segundo imperio de Roma y se fundó el nuevo Capitolio, de donde salieron, no ya procónsules sino Apóstoles, en el que ya no se decretó la guerra, la esclavitud y el esterminio de los pueblos, sino la paz y la libertad del mundo.

En el último siglo, el inglés Gibbon, entontecido por el estudio del paganismo y por el viento de impiedad que soplaba entonces sobre la Europa, fue á sentarse sobre el Forum romano entre el Coliseo y el Capitolio desmoronados. Algunos frailes oprimian en sus sandalias los restos de la Via Sacra. Esos restos y ese espectáculo escitaron en él una cólera estúpida. ¡Antes se paseaban aquí triunfadores, esclamó, y hoy se pasean frailes! Olvidaba que esos frailes eran tambien triunfadores, y triunfadores mas grandes que los que él echaba de menos, y escribió un libro por largo tiempo célebre, hoy

despreciado, en el que se esforzaba en rebajar el valor y la obra de los mártires.

Agrada mucho decirse que al atravesar ese Forum ya deshonrado, pero aun entonces en todo su esplendor, San Pedro le vió en espíritu mas de una vez, tal cual hoy le vemos nosotros; que vió la degradacion y la miseria de esos teatros de orgullo, de sangre y de lujuria, y todos esos ídolos rotos y dispersos entre el polvo, esclamando lleno de agradecimiento y de amor: ¡Bendito seais, Cristo inmortal; Tú has libertado verdaderamente á la humanidad!

Y á su vez la humanidad agradecida consagra á Pedro, servidor de Cristo, un culto que no concluirá sino con la humanidad. ¿Quién podrá espresar nunca la admiracion y la alegría que el cristiano siente en su corazon cuando, prosternado sobre la tumba de Pedro, ante el sucesor de Pedro que pasa y bendice, oye cantar estas palabras que nunca perecerán: *Tu es Petrus*; tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia?

LOS PAPAS DE AVIÑON.

I.

M. de Sacy (1), creyendo dar cuenta de un libro bien escrito, espone sus ideas sobre el carácter, las obras y el porvenir del Pontificado. En esa esposicion no hay nada de nuevo, sino muy al contrario; pero su obra es un escelente y acabado resúmen de los errores que dominaban en el mundo hace algunos años, y que aun hoy se sostienen entre muchas personas para quienes el *Diario de los Debates* es el guia mas

(1) Director del *Diario de los Debates*, moderado puro que escribe contra el Pontificado, al mismo tiempo que especula haciendo ediciones muy elegantes de obras ascéticas y devotas.

(*N. del T.*)

autorizado. La ocasion es hoy muy propicia para combatirlos. M. de Sacy nos agradecerá le indiquemos algunas verdades que ignora, y por nuestra parte esperamos que no desdeñará esas verdades.

La desgracia de M. de Sacy consiste en haber concluido sus cursos de humanidades en una época en que no se sabia ni se conocia la historia de la Edad Media. Sus ideas sobre el Pontificado son las de los publicistas liberales de la Restauracion, quienes las habian recibido de Voltaire. Con tan ligero bagaje; por decirlo así, M. de Sacy se encontró desde luego y de pronto comprometido en la gran polémica, aun no terminada, de los liberales, contra la reaccion histórica y religiosa: polémica cuya aurora llegó á alcanzar. De aquí que en el distinguido escritor se vea cierta hostilidad de hábitos, agriada acaso por algunos resentimientos. Es verdad que ha podido tambien hacer el juramento de Anníbal; pero á pesar de sus hábitos, de su resentimiento y de su juramento, la ciencia y la razon pública no han podido ser detenidas en su camino. El conde J. de Maistre habia iluminado la noche. Háse visto á algunos protestantes, Voigt, Hurter y otros, corregir notablemente los *Anales del*

Imperio; háse visto á católicos establecer faros mas luminosos y seguros; hánse visto revoluciones mucho mas instructivas que todos los libros. Reputaciones y juicios que parecian infalibles, han cambiado radicalmente de aspecto. San Gregorio VII, Inocencio III, Bonifacio VIII, eran unos mónstruos hace treinta años, y hoy se pondria en ridículo quien pretendiera privar á su memoria de la veneracion del mundo. La opinion en toda la Europa va haciendo una apología completa de la Iglesia romana. Calumniados los Obispos de Roma, y víctimas de una conspiracion latente durante tres siglos, aparecen en nuestra época como la cabeza divina de la autoridad, como el Espíritu de Dios sobre la tierra. En esa sede augusta, la verdad tiene siempre apóstoles, la debilidad tiene siempre protectores, la justicia encuentra siempre quien la vengue ó quien muera por ella; y si esto ha sido siempre, y si esto es hoy, y si esto será mañana, es porque en ella interviene el milagro supliendo á los desfallecimientos de la naturaleza humana, y porque se ve en ella la mano de Dios en los momentos en que la vista solo á descubrir las flaquezas y la perversidad del hombre alcanza. Muy pronto hasta los estudiantes se

reirán de los viejos *pensadores* que juzgan al Pontificado por los errores de un Papa; y ya hoy, hasta el mismo M. de Sacy, despues de haber trabajado únicamente para coordinar argumentos de esa especie, confiesa la impotencia y nulidad de los que aduce. «Seria groseramente »injusto, dice, no presentar en disculpa de los »Papas, lo que resulta de la debilidad de la na»turaleza humana, por una parte, y de las *pre»ocupaciones de sus respectivas épocas* por otra.» No nos hemos equivocado, como acaba de verse, al decir que M. de Sacy empieza ya á titubear.

«Pero, continúa, que no se me trate de ofre»cer la historia de los Papas como el *ideal de »un gobierno cristiano*, como una especie de *mi»lagro perpetuo*, como *la historia de los actos de »Dios por la intervencion de los Sumos Pontifi»ces.*» Así es, sin embargo, cómo debe de considerársela, y de ello trato de convencer á M. de Sacy. Me falta andar algun camino para conseguirlo; pero cuento con su conciencia. Si me concede que los Papas han tenido constantemente adversarios mas poderosos y, sin escepcion, mas malvados que ellos; si se resuelve á echar una mirada sobre los designios declarados de esos

adversarios de los Papas; y si quiere estudiar seriamente las consecuencias que esperaban y las consecuencias que de su habilidad han obtenido esos adversarios, M. de Sacy no tiene escape. Habrá de reconocer que los designios combatidos y frustrados en su realizacion por los Papas, tendian directamente, y sin escepcion, á la ruina del cristianismo. Y siendo seguramente la ruina del cristianismo á sus ojos como á los nuestros la ruina de la civilizacion, verá claramente, y como nosotros, en la historia del Pontificado, *el ideal del gobierno cristiano y la historia de los actos de Dios por la intervencion de los Sumos Pontífices*. Bajo el punto de vista religioso esto es un artículo de fe. Bajo el punto de vista político, esto es la confesion necesaria de toda razon ilustrada. Al trabajar sin descanso los Papas para poner á la sociedad civil en armonía con el Evangelio, corrian sin cesar tras del ideal del gobierno cristiano; y del mismo modo al trabajar sin descanso sus adversarios porque domine absolutamente la voluntad del hombre, corren sin cesar tras del ideal del gobierno pagano.

En cuanto al *milagro perpetuo* de esta perseverancia del Pontificado en el bien y de su du-

racion en medio de tantas pruebas y miserias, este es un hecho tan natural como la existencia del mundo. Dios sostiene, repara y hace durar lo que ha creado para que dure. Hé aquí la esplicacion de todo. Bajo el punto de vista de M. de Sacy, este hecho sencillo llega á ser un problema insoluble. El Pontificado le parece una institucion humana, perecedera, que encierra en su seno incurables vicios, que está en decadencia hace seiscientos años. ¿Pero cómo siendo tan débil y viéndose tan terriblemente atacada se sostiene todavía? ¡Cómo! El Pontificado está en decadencia hace seiscientos años, y cuando en todo ese tiempo tantas instituciones poderosas, tantas doctrinas, tantas religiones armadas contra el Pontificado en decadencia, han nacido, se han desarrollado y han muerto, ¿solo el Pontificado ha de subsistir como subsiste? ¡Milagro en verdad! Que M. de Sacy lo esplique como pueda. En cuanto á nosotros, cuando inclinados ante el Pontificado, saludamos en él la obra de Jesucristo y la bondad de Dios, nada vemos que sea mas difícil de comprender. Desde el Calvario, donde nació el Pontificado, volvemos nuestras miradas hácia Aquel que, segun la espresion de la Escritura, tiene la ma-

sa del mundo *suspendida en tres dedos de su mano*; oimos en nuestros corazones el *Tu es Petrus*, y con el triple regocijo del conocimiento, de la fe y el amor, decimos *Amen*, creyendo con esto haberlo dicho todo.

M. de Sacy acabará por confesar que el *amen* del cristiano es mas razonable y aun mas orgulloso que el eterno *por qué* del escéptico; y nos agradecerá que hayamos querido sacarle de ese laberinto de argucias en que se encuentra obstinadamente enredado. Ahí se encuentra con una compañía demasiado mala, formando parte de una empresa que en todos los tiempos y echando mano de todos los errores se dirige contra la tumba de San Pedro: cruzada vuelta del revés, que pone á la civilizacion en peligro de muerte desde el momento mismo en que la gente de accion entra en ella siguiendo á la gente de talento.

Acordémonos de ayer; acordémonos de cuando los soldados de la filosofía y los filósofos atrasados eran dueños de Roma: entonces los hombres de talento, llenos de consternacion, tomaban el partido del Papa. Obraban en ello muy cuerdamente. Si el pontificado concluyera, muchas bellas cosas, la bella literatura á la cabeza,

concluirian tambien. ¡Salones, periódicos, bibliotecas, oficinas de talento, almacenes de talento, tiendas de talento, fabricantes y revendedores de talento, el Pontificado os guarda, entre otros muchos tesoros mas preciosos que vosotros; vivís tras ese supremo baluarte de la civilizacion, y no debeis olvidarlo en adelante, ya que hasta hoy la verdad es que nada ha abrigado nunca que sea mas ingrato!

II.

El libro que sirve de tema á M. de Sacy es la *Historia del Pontificado en el siglo XIV*, escrita por el señor abate Christophe, á cuyo talento y sinceridad hace justicia M. de Sacy. La relacion del abate Christophe se estiende desde el pontificado de Bonifacio VIII hasta la eleccion de Martin V; es decir, que comprende la época del período agitado y formidable de los Papas de Aviñon, y la del gran cisma del Concilio de Constanza. Sin duda ninguna cuadro tan vasto es susceptible siempre de perfeccionamiento, y el autor volverá á retocarlo; pero tal cual es, M. de Sacy podia ciertamente haber concebido, estudiándolo, mejores pensamientos.

Para quien lea bien esa obra, los Papas de Aviñon, tanto y con tanta frecuencia calumniados, parecen dignos de la tiara, irreprochables en la fe y en las costumbres. La asistencia divi-

na prometida á San Pedro no fue retirada en esos períodos á sus sucesores. Desterrados de Roma durante sesenta años, huéspedes y casi cautivos en la Francia; teniendo que entenderse con protectores como Felipe el Bello; teniendo que combatir con adversarios políticos como Luis de Baviera y la multitud malvada de los pequeños príncipes gibelinos que devoraban la Italia; teniendo que luchar con heresiarcas como Wiclef, A. Marsilio de Pádua; teniendo que contener sediciones teológicas como la de los Hermanos Menores, los Papas conservan el reinado espiritual del mundo, y reconquistan la soberanía temporal de Roma, sucesivamente invadida por veinte tiranos. Basta por de pronto conocer este resultado, para asegurar que no se trata de hombres vulgares.

Pero la accion del Pontificado en estos sucesos es mas bella todavía, así como el destierro de los Papas es el menor de sus trabajos. Estalla el cisma. Llega á haber dos Papas, llega á haber tres que se escomulgan recíprocamente. Entre esos tres Papas se ve tambien un Concilio convocado por uno de ellos, Papa tan dudoso como los otros dos; Concilio que se apodera, si es lícito hablar así, de un poder revolucionario

para hacer, en medio de una situacion inaudita, cosas aun mas inauditas. De estos tres Papas, cada uno de los cuales se halla reconocido por una parte de la cristiandad; de esos tres Papas que quieren á la vez conservar un poder de que ninguno de ellos parece revestido bastante canónicamente, el Concilio juzga á uno, hace abdicar al segundo, y depone al tercero.

Habia tres Papas vivos, y no habia ningun Papa; pero habia en lugar del Papa una Asamblea formada de todas las naciones, en la que chocaban entre sí los intereses políticos mas opuestos, en la que fermentaban las ideas mas contradictorias; y habia ademas alrededor de esa Asamblea que tomó resoluciones tan atrevidas, todas las presiones, todas las invasiones imaginables: en los instintos populares, la herejía demagógica de Juan Huss; en las conciencias reales, la herejía despótica de Marsilio de Pádua; en el mismo Concilio, las tentaciones del poder; en todas partes, en fin, el funesto ejemplo de las flaquezas á que las grandezas humanas están sujetas, y el ejemplo mas peligroso todavía de su fácil degradacion. Para que nada faltase, para que todo hiciera creer que el Pontificado perecia, todos sus enemigos en esos mis-

mos instantes, creyendo llegada su hora, trataron de herirle á la vez, y hasta sus defensores mismos llegaron á ser mas temibles que los enemigos, por el cuidado que ponian en estipular esclusivamente para sí.

Tal era la situacion del Pontificado. ¿Y qué sucede? Que de este caos, de estas tinieblas, el Pontificado sale vivo, sale triunfante: el destierro sufrido hizo comprender á todo el mundo la necesidad de que fuera independiente. La siniestra luz del cisma, hizo ver que el Pontificado es la lumbrera del mundo, y que si esa lumbrera llegara á apagarse, el mundo volveria á caer en la noche del paganismo.

Un pensamiento único dominaba en Constanza todos los pensamientos; todo el mundo se preguntaba lo que sucederia en el mundo si el Papa llegaba á desaparecer; y nosotros, aunque en menor grado, hemos esperimentado, no hace mucho tiempo, en Francia, alguna cosa parecida, cuando todos podíamos decirnos que tal dia á tal hora no habria ya gobierno. El primero de todos los intereses legítimos, el interés de la vida, era la constitucion de un poder; solo que lo que entre nosotros se hizo por un golpe de fuerza, al que el asentimiento de los hombres

en casos semejantes nunca falta, se hizo en Constanza por un milagro de ese Espíritu de sabiduría y de verdad que Dios envia algunas veces á los hombres para ayudarles á triunfar de sí mismos, por una inspiracion del Espíritu que está en su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Como primera necesidad de todas, era necesario un Papa; y desde el momento en que era necesario un Papa, se le necesitaba tal como Dios le ha constituido, es decir, un Pastor supremo, un Pastor de los Pastores, que tenga las llaves para cerrar y para abrir, que sea padre y jefe, que sea legislador y juez de la humanidad; en una palabra, un VICARIO de Jesucristo. En ese momento decisivo, y en medio de ese conflicto de ambiciones hasta entonces inexorables, se ve una admirable emulacion de sacrificios personales.

Gregorio XII, elegido por el cónclave romano (el verdadero Papa, á pesar de la opinion de M. Sacy, que reconoce por tal á Juan XXIII, sin duda á causa de sus crímenes), Gregorio XII se hace representar en el Concilio por un santo personaje que lleva al fin su abdicacion. Juan XXIII, tan lamentable y tan escandaloso, se conduce como un héroe cuando sabe que el

Concilio le ha depuesto, y levanta la voz como Papa para ratificar solemnemente y de su ciencia cierta la sentencia pronunciada contra él, cubriendo lo que pudiera haber en ella de irregular con la declaracion de que renuncia espontáneamente á cuantos derechos pueda tener. Por su parte el Concilio rechaza pretensiones que debian seducirle, y no quiere reservarse la eleccion de Papa, contentándose con agregar cierto número de sus representantes al cónclave formado por los Cardenales de las tres obediencias; y muy pronto las naciones que con mas empeño manifestaban el deseo de colocar la tiara sobre la cabeza de uno de sus Prelados, imitando el noble ejemplo que da Alemania la primera, renuncian á ese deseo que podia eternizar las dificultades. De este modo, y por el concurso de nobles sacrificios, fue elegido Martin V, y de este modo el Pontificado, en vez de sucumbir, se vió restaurado en toda su plenitud sin que el cisma pudiera afectar al órden regular de la sucesion.

Suele, á pesar de esto, decirse que el Pontifido «sufrió un notable debilitamiento de poder.» M. de Sacy lo repite y se felicita de ello. Si así hubiese sido, nada habria que fuera me-

nos tranquilizador á pocos enemigos que tuvieran la justicia y la humanidad sobre la tierra. Pero es preciso entenderse. ¿Se habla de la autoridad espiritual? El Pontificado no ha recibido ni podia recibir por esta parte ninguna diminucion. Antes como despues del Concilio de Constanza, todo el mundo ha podido y puede desobedecer al soberano espiritual; cien herejes han precedido á Lutero. Lo que no era posible antes del Concilio, y lo que no es posible despues, es el permanecer siendo católico en la desobediencia. ¿Se habla de la autoridad temporal? Ese poder solo en el siglo xv, despues del Concilio de Constanza, se estableció verdadera y sólidamente en Roma. Pero pronunciamos la palabra: el Papa no dispone ya de las coronas; este es el «notable debilitamiento de poder.»

Mas adelante veremos de qué manera disponia el Papa de las coronas, si Dios no dispone ya hoy de ellas, y si los instrumentos que emplea para ejecutar en este punto sus voluntades, siempre realizadas, no podrian hacer echar de menos, hasta al mismo M. de Sacy, los procedimientos antiguos.

Entre tanto, y para no callar nuestro pensa-

miento, diremos, que siendo hoy exactamente igual que antes del Concilio el poder espiritual, el poder temporal, en los límites en que sobre este punto se ejercia, permanece siendo el mismo. Porque hoy no sea visible, seria muy aventurado asegurar que ya no existe. La justicia divina no necesita de agentes que vistan uniforme; y, por otra parte, ¿hemos leido acaso la última página de la historia humana? En este mundo, en el que todo pasa, pero en el que todo tambien vuelve, ese poder que dura todavía despues de diez y ocho siglos de combate, de los cuales *seis* fueron siglos de *decadencia*, conserva muchas probabilidades de rejuvenecer. Desde San Pedro á Bonifacio VIII trascurrieron mil doscientos años; desde Martin V solo contamos aun quinientos, y es ya tarde para repetir que la alta jurisdiccion de los Papas en la sociedad de la Edad Media no fue sino una serie de sabias usurpaciones y de crímenes felices. Se sabe cómo se formó ese derecho público del mundo cristiano; se sabe cómo se ha desarrollado, cómo se ha ejercido, cómo se ha modificado, y se conocen tambien todos los homenajes de agradecimiento que el género humano le debe. Sin duda era una *preocupacion*

de la época la de creer que en la inmensa familia de las naciones católicas, se necesitaba un juez, un supremo guardador de todos los derechos y todas las leyes, y se necesitaba que ese juez fuera el representante de Dios. ¡Ideas de pueblos en la infancia, segun los sabiondos modernos! Pero, ¿y si á pesar de eso, nuestro *viejo* mundo llegara á pensar que la idea tenia algo de bueno? Pero, ¿y si los pueblos y los Reyes llegaran á hacer la observacion de que sus derechos recíprocos no están mejor guardados ni sus desavenencias y desacuerdos mas pronto y equitativamente terminados desde que solo la fuerza defiende los primeros y decide los segundos? Pero, por último, ¿y si, de una manera ó de otra, invocara al árbitro antiguo, puesto que sigue siempre existiendo? ¿Qué pensaria de todo eso M. de Sacy? Esto no sucederá, cosa que se afirma aduciendo lo de las prevenciones caducas ya olvidadas y lo de los ídolos derribados. Sea. Esto no sucederá si el género humano no tiene necesidad de ello. Pero y si «la necesidad se hace sentir» ¿qué sucederá?

Por lo demas, estos son los negocios del porvenir. En cuanto al pasado, el debilitamiento del poder del Pontificado en el Concilio de Cons-

tanza, no le impidió, casi inmediatamente despues, abatir las pretensiones del Concilio de Basilea y las herejías de Juan Huss; como no le impidió resistir mas tarde á la tormenta de la falsa reforma y obrar por sí mismo la verdadera en el Concilio de Trento; como no le ha impedido sostener el largo é insidioso combate que le presentó el favoritismo real; como no le ha impedido, en fin, sobrevivir á las catástrofes del siglo XVIII y á las monarquías que despues de haberlas provocado sucumbieron en ellas.

Estas ideas de seguro no han asaltado á M. de Sacy. En los tres volúmenes de la obra del señor abate Christophe, no ha recogido sino algunas anécdotas satíricas contra la *gente* de Iglesia, y no ha visto sino un cuadro de la decadencia y hasta de la muerte del Pontificado. Hace esfuerzos de ingenio para presentarla como una institucion puramente humana, entregada durante un período de cien años á las incertidumbres, á las faltas, á los crímenes de la ambicion, y á la que los pueblos cansados, en fin, de sus faltas, castigan con justicia, privándola de las mismas armas de que ella habia abusado. Segun M. de Sacy, en Constanza se llevó á cabo una verdadera revolucion, y el Concilio

fue la Asamblea constituyente de 1789. «La »Iglesia recobra en él, dice, sus *derechos* y su »*legítima independencia*, y la monarquía tempo»ral de los Papas concluye definitivamente.» Todo lo cual quiere decir, que la Iglesia de Jesucristo ha pasado definitivamente del estado monárquico al estado democrático ó parlamentario, que poca diferencia va de uno á otro, y que los Sumos Pontífices han descendido desde entonces al rango de esos Reyes constitucionales que reinan y no gobiernan.

III.

Se sufre realmente al ver la pena que se toma M. de Sacy para llegar á una conclusion tan frívola é irracional. En presencia de uno de los grandes espectáculos de la historia, M. de Sacy no quiere ver sino el lado pequeño de las cosas y de los hombres. En todo carácter, en todo acontecimiento busca aquello que puede prestarse á la burla, y cuando no lo encuentra, lo supone, fingiendo heróicamente una ignorancia que no puede atribuírsele, á pesar de sus esfuerzos. ¿Puede acaso creerse que no sabe ni lo que eran, ni lo que hacian, ni lo que querian Felipe el Bello, Luis de Baviera y los demas adversarios de los Papas? Para estos últimos es para los que reserva todos sus epígramas, contra ellos emplea toda su sátira. ¿Hubo algunos de entre ellos que fueran económicos? Pues fueron avaros. ¿Los hubo espléndidos? Pues fueron der-

rochadores; ninguno encuentra gracia. Su carácter es siempre malo, su conducta es siempre censurable. Si negocian, muestran intriga y debilidad; si sostienen su derecho, dan pruebas de tenacidad; si combaten, es por crueldad pura; de este modo lo esplica todo M. de Sacy. Lo que sobre todo no les perdona, es el lanzar la escomunion y el poseer un dominio temporal. Que los Papas puedan poner á nadie fuera de la Iglesia y pretendan quedarse ellos en su seno, le parece la abominacion de las abominaciones. Los esfuerzos que han hecho para reconquistar el Estado romano, sean de la clase que quieran, son otros tantos crímenes, y por tener siempre razon en este punto M. de Sacy, no titubea ni en mostrarse injusto ni en contradecirse.

Hace notar que con un poco mas de habilidad y de firmeza, nuestros Reyes, que habian sabido hacer nombrar tantos Papas franceses, *hubieran acaso conseguido hacer de Aviñon la residencia definitiva de los Papas, y hasta del mismo Pontificado el privilegio de la Francia; lo que*, añade, *hubiera resuelto la cuestion del galicanismo de una manera muy sencilla.* ¡Si por cierto la hubiera resuelto, y no solo la cuestion del galicanismo, sino muchas otras cues-

tiones! Esto, en efecto, hubiera sido «muy sencillo,» tan sencillo como lo de Bizancio, como lo de Moscou, como lo de Lóndres, como lo de todas aquellas partes en las que el príncipe temporal ejerce directa ó indirectamente el Pontificado. El cónclave de Aviñon hubiera concluído por verse, como el sínodo ruso, bajo la presidencia de un general ó de un chambelan de la majestad secular.

Los Papas, que sin duda tenian algunas razones tambien «muy sencillas,» para no consentir en gobernar la Iglesia de esa manera sencilla, trabajaron por reconquistar á Roma, es decir, su propiedad y sobre todo su independencia. Tenian el derecho, tenian el deber de hacerlo y no podian abdicar su deber. M. de Sacy nos concederá seguramente que Dios y la Europa no permitian á los Papas hacer del Pontificado un privilegio de la Francia.

Ahora bien; esa Roma que se trataba de reconquistar, y cuya posesion importaba tan claramente á la paz del mundo; esa Roma deseada, se hallaba en poder ya de tal ó cuál faccion, ya de este ó del otro de aquellos pequeños príncipes italianos, tan perversos, tan crueles, que crearon y pusieron en práctica el maquiavelismo

antes de que Maquiavelo escribiera la teoría. Todo era menos urgente que concluir con ese estado de cosas; nada era mas fácil que el conseguirlo.

Entre los hombres que los Papas emplearon para el objeto, hubo uno que sobresalió de un modo incomparable. Fue el Cardenal español Carrillo de Albornoz. Hé aquí el retrato que de él hace M. de Sacy: «Hábil personaje, gran negociador, maestro en todas las astucias de la política italiana; soldado valiente por otra parte, »que sabia dirigir un sitio de una plaza tan »bien como una intriga; en una palabra, un »gran hombre *si empeño hay en tenerle por tal.*» El boceto no deja de tener algun parecido, pero no se vé en él toda la fisonomía de ese «gran hombre, si empeño hay en tenerlo por tal.»

Distinguido por el Rey Sabio D. Alfonso, Albornoz, antiguo caballero de Calatrava, electo Arzobispo de Toledo, habia poderosamente contribuido por sus consejos al éxito de la gloriosa batalla de Tarifa ganada contra los moros de Africa y á la rendicion de Algeciras. Muerto Alfonso, Albornoz se atrevió á merecer el disfavor de Pedro el Cruel. Obligado á huir, resignó su arzobispado, por no conservar un título

cuyo empleo no podia llenar, y fue á ver al Papa, desterrado como él. Inocencio VI le nombró su legado en Italia «para sofocar la herejía, »comprimir la licencia, restaurar el honor de »la Santa Sede, enaltecer la majestad del culto »divino, imponer silencio á las discordias, so»correr á los desgraciados y procurar la salva»cion de las almas; para anular las alianzas, »confederaciones y ligas formadas contra la Igle»sia romana; para obligar á la restitucion de los »bienes quitados á esa Iglesia á los usurpadores, »y para, restaurando la autoridad, hacer la »guerra y la paz.» Albornoz cumplió esta mision en quince años de esfuerzos y de una manera tal, que se hizo admirar de todos sus contemporáneos. Empleó contra sus adversarios la escomunion, que con harta justicia merecian, tanto para quitarles sus parciales, como para amonestarles á ellos mismos; empleó la política para disolver sus ligas; empleó el dinero, cuando le tenia, para quitarles los mercenarios á quienes pagaban por el pillaje; empleó, en fin, la fuerza, que es como siempre se ha vuelto á adquirir el bien robado y como se ha restablecido la seguridad en los caminos. Albornoz no se ensañó nunca con el enemigo que quiso ne-

gociar, no dió nunca batalla cuya victoria pudiese comprar, no se desalentó con los reveses, y vencedor, no por eso llegó á ser tirano. Concluida la guerra fundó escuelas, universidades, establecimientos religiosos; las provincias que reconquistó conservaron hasta siglos despues de su muerte las escelentes leyes de que las habia dotado. Nadie pudo acusarle de ambicion. Hé aquí quién fue Albornoz, administrador tan paternal y legislador tan prudente como gran capitan; carácter, en fin, verdaderamente magnánimo. M. de Sacy no lo ignora, y sin embargo no lo dice; porque si lo dijera perderia con ello la vana ventaja de distraer á los abonados de los cafés de las capitales de provincia, llamando al Cardenal Albornoz el *sacerdote general*, un *Duguesclin con mitra*. Preciso es compadecer á los hombres de talento que se condenan á insultar la memoria de un grande hombre, solo por encontrar efectos de frase del género de las que quedan señaladas. «Me figuro, añade M. de Sa»cy, que San Pedro y San Pablo se hubieran »sorprendido no poco de esta manera de ejer»cer el apostolado, y confieso por mi parte que »en el caso del Cardenal Albornoz, hubiera »preferido á la hora de la muerte contar me-

»nos años de campaña y mas años pasados en »el modesto ejercicio del ministerio sacer- »dotal.»

Sin duda alguna, todo hombre á la hora de la muerte encuentra mucho que recordar y no poco que sentir. Es probable, sin embargo, que las campañas hechas en contra de la Iglesia pesen mas que las hechas en su favor. Es posible salvarse de otro modo que por el modesto ejercicio de las funciones sacerdotales, y es un apostolado bello y buenísimo el asegurar la libertad apostólica. ¿Por qué quiere M. de Sacy presentar como un escándalo lo que nada tenia de tal? En la época de Albornoz un sacerdote podia sin escándalo presentarse á la cabeza de los ejércitos. Albornoz habia obedecido al sucesor de San Pedro, al Vicario de Jesucristo; habia devuelto la paz á pueblos desgraciados; habia restablecido el culto; habia sacado al Papa de su destierro; y con ello el Pontificado no era ya un privilegio de la Francia. Despues de haber ejecutado tales obras coronadas por una confesion general, Albornoz pudo creer que la vida de un cura de aldea es mas dulce que la de un Cardenal legado; pero no por eso debió tener mas motivos para morir descontento.

Otra anécdota. Despues de la muerte de Clemente VII, algunos Cardenales habian pensado, segun se dice, elegir por Papa al cartujo Juan Birel, célebre por su virtud; pero el Cardenal de Talleyrand-Périgord les hizo cambiar de opinion diciéndoles que ese santo y severo personaje habia de volver á llevarlos á la sencillez de las costumbres antiguas. M. de Sacy no podia dejar pasar desapercibido este rasgo; así que, al señalarlo, indica que no habla muy alto en favor de las costumbres de la corte pontificia. Otro hecho algo mas cierto que el anterior y que habla aun mas alto, pero que M. de Sacy descuida, es el carácter del Papa elegido en ese mismo cónclave. Inocencio VI era edificante, austero, y célebre por su celo por la justicia. Desterró el lujo de su casa y de su corte; hizo entrar en el deber á algunos jóvenes Cardenales de alto nacimiento que daban escándalos, y salió, en fin, victorioso en aquello mismo en que acaso el terrible cartujo hubiera salido derrotado.

¿Podria M. de Sacy jurar que esta última consideracion no haya contribuido tanto y mas que el discurso, bastante inverosímil por otra parte, atribuido al Cardenal de Périgord, á separar de

la eleccion á Juan Birel? Entre dos esplicaciones posibles de un mismo hecho, se puede tener el gusto desgraciado de elegir la que mas humille la naturaleza humana; pero al menos, cuando la otra es mas probable, deberia mencionársela aun cuando se deba alabar al Sacro Colegio. Todos los Cardenales de Aviñon no eran Santos; los Reyes de Francia estaban allí para que no lo fueran; y sin embargo, siempre se encontró entre ellos una mayoría para dar á la Iglesia Papas sabios y de buenas costumbres. Hasta el mismo Talleyrand, fuese todo lo mundano que quisiera, no propuso á personas indignas. Era un político conocido por tal, y apreciado en la misma medida; pero no era un impío. Su epitafio, que se conserva en San Pedro de los Lazos, cuyo título llevaba, nos lo pinta con sinceridad:

Religione fui tenuis, terrena sequendo.

M. de Sacy, como si se viera turbado en sus meditaciones por algunos de los ecos de Aviñon, confiesa que hubiera vivido con gusto en aquella corte; añadiendo, por puro lujo, que no lo hubiera hecho precisamente por amor á las virtudes cristianas.

Cuesta algun trabajo, en verdad, representarse á M. de Sacy con su capa de trovador can-

tando *il crudel amor, e i dolci sospiri.* Pero, en fin, sea. Supongamos que viviera en aquel tiempo en Aviñon. Nuestro trovador hubiera frecuentado la casa de ese buen Cardenal Talleyrand, que debia dejarse tratar por literatos; y la víspera del cónclave, obrando como hombre cuerdo, hubiera creido, como su tertuliano, que la prudente piedad de un Prelado que conocia el mundo convenia mas á las necesidades de la época que el rigor de un cenobita. Se habria despues sometido lo menos posible, como su tertuliano, á la reforma de Inocencio VI, y hubiera concluido por morir, siempre imitando á su tertuliano, como un buen cristiano; deplorando haber compuesto tantos sonetos y epígramas:

Religione fui tenuis, terrena sequendo.

Con ese genio burlon y jansenista á la vez, M. de Sacy, que con tanta fuerza echa en cara á los Papas haber empleado la escomunion, acaba por caer en el mismo defecto, y por escomulgar él á casi todos los Papas. A los severos los escomulga á causa de su severidad, á los dulces á causa de su dulzura, á los soberbios por su orgullo, á los humildes por su mansedumbre, á los templados por su inconstancia; á los unos porque le gustan, y á los otros porque le des-

agradan; en fin, siendo Papas, los escomulga á todos igualmente. Esto, en verdad, es mostrar un gusto bastante delicado. Ya que todos los hombres no pueden tener una virtud perfecta ni el mismo género de virtud, ¿no seria mas equitativo ver lo que hay de noble, de sabio y de bueno en cada uno de ellos que no condenar á todos?

Nos parece que en vez de tanto maldecir y de limar palabras agudas, que por cierto no salen de la vulgaridad, un hombre ilustrado podria admirar en la sucesion de los Papas esa variedad de caractéres en los que se ve dominar, siempre con el mismo objeto y siempre oportunamente, sea la justicia, sea la misericordia, ya la prudencia, ya el celo, ora una paciencia á la que nada sorprende, ora un ardor al que nada abate; hoy, en fin, el cuidado legítimo de las cosas de la tierra, mañana la esclusiva atencion de las cosas del cielo. En ella se encuentra unos de los mayores testimonios de la inspiracion divina que, á pesar de las emboscadas de los malos, y con frecuencia tambien, á pesar de la solicitud oficiosa de los sabios, preside á la eleccion de los Sumos Pontífices y coloca en la boca de los hombres el nombre del elegido de

Dios. Considerados aisladamente los Papas como todos los mortales sin esceptuar á los Santos, tienen los inconvenientes de sus cualidades y pueden suministrar temas mas ó menos fundados á la malicia y á la imaginacion de los folletinistas. Considerado en su conjunto, el Pontificado ofrece el ideal de toda grandeza intelectual y moral, el ideal de la naturaleza humana perfeccionada y divinizada por la fe.

M. de Sacy no se creerá tan apartado de esta opinion cuando le hayamos puesto en el caso de reflexionar un poco mas todavía sobre algunas de sus ideas.

IV.

Para todos los que olvidan ó no quieren saber por quién y por qué fue elegido el primer Papa, la historia del Pontificado presenta desde luego un problema de inesplicable solucion.

¿Cómo, se preguntan, una institucion tan frágil llegó á ser inmediatamente tan poderosa y poco despues tan dominadora? Pero para M. de Sacy la esplicacion de este problema es un juego. «No es necesario ser ultramontano, dice, »para ver *el arte profundo* por medio del que, »simples sacerdotes, sin legiones, sin Estados, ó »no gozando en sus pequeños Estados sino de »un poder disputado, *supieron reanudar el hilo »de las tradiciones cesáreas*, asentando su impe»rio sobre la doble base de la Religion y de los »largos hábitos de obediencia que el mundo »habia contraido hácia todo lo que venia de »Roma.»

¡Hé aquí seguramente una cosa bien concebida, y el *hilo de las tradiciones cesáreas* va á llegar á ser el hilo de Ariadna! Es claro como el sol á media noche que con ese *hilo*, y mediando lo de *los largos hábitos de obediencia hácia Roma* que distinguia á los godos, á los herulos y á los hunos cuatro ó cinco siglos despues del establecimiento del Imperio, el poder de los Papas debia establecerse naturalmente.

Nuestro ingenioso adversario no está muy distante de reconocer que entre la política de los Papas y la de los Emperadores, entre la nueva y la antigua Roma hay perfecta identidad. «Es *positivo*, dice, que al leer la historia de »los Papas de la Edad Media se creeria con fre»cuencia estar leyendo á Tito Livio. Se cae en »plena antigüedad. El colegio de Cardenales es »el Senado, tan constante en sus máximas, tan »hábil en sus espedientes. Esos Pontífices que »se eligen son los cónsules ó los Emperadores. »Esos legados que van á citar á los Reyes, son »los enviados de Roma exigiendo una palabra »de sumision antes que se salga del círculo tra»zado por su baston. Cuanto mas se comparen »las dos historias, mas choca la semejanza de »las dos políticas.»

M. de Sacy no se contenta con esos rasgos de semejanza ; y en la historia de los Papas encuentra hasta los triunfos antiguos «ese supremo esfuerzo del orgullo humano.» El triunfo en los Papas era la *cavalcata*, procesion á caballo que se celebraba para la coronacion del Pontífice nuevamente electo.

¡Hé aquí las ventajas de poseer el «hilo!»

Pero, sin rehusar á nuestro adversario la admiracion por tan brillantes descubrimientos, tenemos que decir que no esplican nada. Entre las dos Romas y las dos políticas, quedan algunas diferencias que dejan intacto el problema de la fortuna pontifical. El Papa San Gregorio II escribia á Leon Isauro: «Conoced la di»ferencia que hay entre los Papas y los Empe»radores. Si alguno os ha ofendido, vosotros »confiscais su casa, le despojais ó le desterrais, »si es que no le quitais la vida. Los Pontífices »no obran así; pero si alguno ha pecado, y se »confiesa, en vez de ahogarle, le ponen al cuello »el Evangelio y la Cruz, le aprisionan en el te»soro de la Iglesia, en el diaconado ó en la »sala de los catecúmenos; le imponen ayunos, »oraciones; y despues de haberle corregido bien, »le dan el Cuerpo sagrado y la preciosa Sangre

»de Nuestro Señor, y le envian puro y sin ta»cha. ¿Conoceis ahora la *diferencia* entre la »Iglesia y el Imperio?»

En efecto; la diferencia es fundamental.

Los Papas eran sin duda soberanos temporales, y hacian justicia como los demas soberanos, ó al menos como los soberanos que fueron siempre y hasta el esceso (único esceso que á los Papas les está permitido) pacientes y generosos. Castigaron á los malhechores, á los rebeldes y á los criminales recalcitrantes. Se vió, por ejemplo, á Bonifacio VIII perseguir á los Colonna con las armas en la mano, degradarlos, tomar sus fortalezas de Palestrina y arrasarlas.

M. de Sacy cuenta con piadoso horror este desenlace de una querella que dice fue *puramente civil*; y para identificar mas fácilmente la política de los Papas y la del Senado romano, estableciendo entre la destruccion de Palestrina y la de Veyes una igualdad absoluta, suprime los pormenores que destruirian la simetría. Olvida que esos Cardenales, los Colonna, estaban en rebelion abierta y armada contra el Papa, su bienhechor y su doble soberano; que ponian en duda la validez de su eleccion; que pertenecian á los Gibelinos; que estaban forman-

do en Roma un partido para Federico, tirano de Sicilia; que, en fin, su hermano Sciarra Colonna, verdadera figura de salteador, habia robado y saqueado el tesoro pontifical. Cuando las *querellas civiles* llegan á ese punto, los soberanos mas pacientes y los Papas mas misericordiosos hacen lo que hizo Bonifacio; toman y arrasan las fortalezas de sus enemigos. En nuestros dias Leon XII, si no nos es infiel la memoria, ha destruido completamente un pueblo de la montaña, en el que todos los habitantes de padres á hijos ejercian obstinadamente la profesion *civil* de ladrones de caminos. ¿Reanudó tambien Leon XII «el hilo de las tradiciones cesáreas?» ¿Pueden compararse esos actos de indispensable severidad con la destruccion de Jerusalen?

M. de Sacy cae en la infancia al hablar de su Tito Livio y de sus Papas continuadores de la política romana. Los Sumos Pontífices se parecen á los cónsules y á los Emperadores, como el primer Papa se parece al primer César, como la fe se parece al orgullo. No se trata de saber si la constancia en las máximas es la misma, comparacion que hace demasiado honor á la antigua Roma, sino si las máximas tenian entre

sí alguna cosa de comun. Ahora bien; ¿qué semejanza se encuentra entre una y otra cosa, ó mas bien, cuántas diferencias no se ven entre ellas? ¿Qué comparacion cabe entre la espada y la oracion, entre el desprecio mas absoluto de la especie humana y el amor mas ardiente y constante á todas las miserias de la humanidad, entre el proconsulado y el apostolado, entre la mano que hace derramar sangre en todas partes, y la mano que á todas partes acude y cura todas las heridas? En la Roma de la loba, ¿dónde están los mártires de la justicia? En la Roma de la Cruz, ¿dónde están los triunfadores cuyo carro ha pasado sobre el cadáver del género humano? ¡Existia, es cierto, esa famosa cavalcata! El dia de su coronacion, el Papa aparecia en público, y príncipes y Reyes llevaban las riendas de su hacanea. Algunas veces ese Papa era un hombre sin nacimiento, criado y educado por caridad. Habia sido un pobre sacerdote, un pobre fraile, un pobre sabio; pero Dios le habia escogido para ser el depositario de la fuerza espiritual, y los depositarios de la fuerza material le rendian homenaje. Los hijos prímogénitos de la familia cristiana protestaban así públicamente, y los primeros, de su obediencia

y de su veneracion hácia el Padre comun de los fieles. ¿Le parece á M. de Sacy que el espectáculo respira verdaderamente el orgullo de los triunfos antiguos? ¡Son exactamente iguales! Esos Reyes y esos príncipes sirviendo de escuderos á un desconocido que llega á ser Papa, representan ¿no es verdad? hasta el punto de confundirlos entre sí, á los jefes de los pueblos vencidos que seguian cargados de cadenas el carro de un Sila ó de un Pompeyo, que eran arrojados en las cárceles mamertinas cuando el triunfador entraba en el Capitolio, y cuyos cadáveres poco despues, arrastrados por garfios de hierro, bajaban al Tiber por el camino de las Gemonias. ¡Los mismos hombres, la misma política, las mismas pompas! Esperemos que el *filon* descubierto por M. de Sacy será esplotado, y que se nos regalará una historia eclesiástica en *aproximaciones y semejanzas* como continuacion de una historia romana en *madrigales* y *trovas varias*.

V.

Cierto es, sin embargo, que el arte de los Papas fue *profundo*, y muy profundo. Se puede admirarle sin ser ultramontano; pero no basta ser galicano para comprenderlo.

Este arte ningun otro gobierno lo ha practicado; ese arte consiste en el sentimiento del deber llevado hasta el sacrificio de todo reposo, hasta el desprecio de todo peligro, hasta el abandono de todo interés terrestre. Sin legiones, muchas veces sin asilo, los Papas han llegado á ser los dominadores de la Europa sin vender nunca la causa de los oprimidos, sin entregar nunca al poder humano la verdad confiada á su guarda, sin desesperar nunca de la asistencia de Dios. El Papa San Nicolás I, hijo de un magistrado subalterno de Roma, gobernaba la Iglesia en la época en que Focio, protegido por el Emperador Miguel el Beodo y por el

César Bardas, incestuoso convicto, se apoderaba de la Sede de Constantinopla. San Ignacio, el Obispo legítimo, encarcelado y arrojado por haber reprendido á Bardas, se dirigió al Papa pidiéndole justicia contra el intruso, contra el César y contra el Emperador. Hé aquí el orígen de la Iglesia griega, una de esas iglesias nacionales de las que M. de Sacy hace tanto caso, atendiendo á las comodidades que ofrecen al poder temporal.

El Papa no vaciló un momento; llamó la causa á su tribunal, y escribió al Emperador diciéndole que le enviara á Ignacio y á Focio, á fin de que se defendieran ante él. Focio tenia sus razones para preferir la decision de Miguel el Beodo y de Bardas el Incestuoso; así que dió al Papa, bajo el nombre del Emperador, una negativa acompañada de sutilezas y de injurias, en la que se invocaba la autoridad de los Concilios. El Papa insistió, y escomulgó á Focio. El Emperador entonces pasó de las injurias á las amenazas. Espondremos á la vista de M. Sacy un corto pasaje de una de las cartas de San Nicolás. Leyéndola con un poco de atencion, aprenderá mas en ella sobre la política de los Papas que en todas las obras de Tito Livio.

«Si rehusais escucharnos, escribia el Papa al »Emperador, sereis necesariamente para Nos lo »que el Señor quiere que sea todo el que no es- »cucha á la Iglesia. Los privilegios de la Iglesia »romana le fueron asegurados en la persona del »bienaventurado Pedro por la propia boca de Je- »sucristo. No son, pues, los Concilios los que los »han concedido; lo único que los Concilios han »hecho ha sido honrarlos y conservarlos. Estos »privilegios son eternos; pueden ser atacados, »pero no pueden ser abolidos. Existian antes de »vuestra regla y subsistirán despues de ella en »tanto dure el nombre de cristiano.

»Si Nos no cedemos á vuestra voluntad, pare- »ce quereis asustarnos amenazando con arruinar »nuestra patria y nuestra ciudad. Por la gracia y »bajo la guardia de Jesucristo, Nos no hemos te- »mido en lo pasado, y no temeremos tampoco en »el presente. Los ángeles velan sobre nuestra »ciudad, ó mas bien el mismo Señor es su baluar- »te y los Apóstoles su antemural. No hemos ol- »vidado las amenazas de Sennacherib contra Je- »rusalen, amenazas que no eran menores que las »vuestras; pero recordamos tambien la fidelidad »del Señor, y cómo perecieron ciento ochenta »mil de los sitiadores, salvándose la ciudad con

»todos sus habitantes. Guardamos este recuerdo; »damos gracias por ello, y trabajamos segun las »fuerzas que el Señor nos da para espulsar de su »casa la abominacion de Baal. Lo que era el Señor »entonces, lo es hoy, lo será en todos los siglos. »Su misericordia es la misma; Él es siempre el »Todopoderoso. Que el gusano de la tierra cese, »pues, de amenazarle. ¿Qué puede hacer? ¡Matar »á un hombre! Un hongo venenoso puede hacer- »lo con la misma facilidad, y hé aquí á lo que se »reduce la malicia del poder humano. Que vues- »tra majestad aspire, pues, mas bien á hacerse »alabar por la bondad y la justicia. En cuanto »á Nos, confiado y fuerte en Aquel que nos for- »tifica, en tanto que vivamos, cumpliremos »con nuestro deber.»

Hé aquí la política de los Papas, ó mas bien para quitar á M. de Sacy el ridículo recurso de esas anécdotas fáciles de encontrar en una historia de diez y ocho siglos, hé aquí formulada por un Santo Papa la política constante del Pontificado. Obedecer á Dios con preferencia á los hombres; no temer á quien puede matar el cuerpo sino á Aquel que solo puede matar el alma; conceder la mayor proteccion á todo derecho ultrajado; hacer dominar en la sociedad

los derechos de Dios, única fuente y única garantía de los derechos del hombre, tales son las máximas que han asegurado la sorprendente preponderancia de ese poder tan débil. Para sostenerla necesitaban los Papas algo que fuera mas poderoso que las lecciones, mas atrevido que la ambicion, mas prudente y al mismo tiempo mas emprendedor que el saber humano. Necesitaban la fe, la han tenido; y si M. de Sacy quiere comparar esta fe de los Papas á la fe estúpida y supersticiosa de la antigua Roma, hará reir á todo el mundo. En tanto que todas las fuerzas del infierno se conjuran contra ellos, atacados por la política, atacados por la herejía, atacados por la sedicion, entre la profundidad de la noche y el furor de la tempestad, los Papas oran, ven su camino en el cielo, cumplen con su deber, son los defensores de la justicia y de la verdad, sabiendo que Dios no les abandonará y que no serán vencidos ni por la maldad de los hombres, ni por la muerte, ni por el tiempo. Así es cómo aparecen rodeados de las almas mas grandes de su época, á las que sirven de ejemplo y de apoyo en todas esas situaciones formidables en las que parece que la Iglesia va á desmoronarse. La Iglesia no se des-

morona, la justicia triunfa, y los Papas salen de la prueba puros y venerados, llevando intacto en sus manos fieles el depósito de Dios.

VI.

M. de Sacy admira en los Papas tanto la constancia de sus máximas como la habilidad de sus espedientes ; pero en punto á espedientes olvida el mas hábil de los que los Papas usaron; ese espediente fue el martirio. Si llevan la púrpura real, la púrpura está teñida con su sangre.

Se habla de los legados que iban de órden del Papa á citar á los Reyes del mismo modo que los enviados de la antigua Roma, exigiendo una palabra de sumision antes que el príncipe á quien notificaban la voluntad suprema pudiera salir del círculo trazado por su baston. ¿Dónde se ha visto ese baston?

Los legados fueron, es cierto, una de las fuerzas del Pontificado; pero, ¿por qué lo fueron? Porque nunca poder humano encontró un número igual de embajadores tan dispuestos á desafiar la prision y la muerte. Larga seria la

lista que pudiera formarse de todos los legados que salieron de Roma con los pies descalzos, sin escolta y sin tesoros, para ir, como San Juan Bautista, á encontrar á Herodes; que le vieron, que le hablaron y que no volvieron, ó volvieron solo por milagro, heridos y mutilados.

Sin embargo, entre la multitud de legados que fueron enviados de ese modo y cuya mision se conoce, dudamos que se pueda nombrar uno solo que no haya recibido el encargo de insistir lo menos que pudiera en medidas de rigor, dando palabras de conciliacion y de paz. Nunca, ciertamente, exigió ninguno de ellos un acto de sumision que no se refiriera á la justicia, al derecho, á la fe jurada. ¿Cree formalmente M. de Sacy que se citaba á los Reyes para que fueran á Roma á besar los pies del Papa y á pagarle el tributo? Se exigia de este Rey que devolviera los bienes á un huérfano; de aquel otro que se uniera con su esposa, escandalosamente abandonada por una concubina; de un tercero que mirara por la vida y los bienes de sus súbditos; de otro que respetara los tratados; de otro que pusiera en libertad á un inocente; de otro que cesara de robar y de saquear á la Iglesia, asistiendo á los herejes con preferencia á los fie-

les. La solicitud de los Papas no se dirigia á otras materias, y si hubieran flaqueado en esas circunstancias en que todo el mundo les invocaba, á escepcion de los malos y de los prevaricadores, nunca el claro y vivificante sol de la civilizacion cristiana hubiera alumbrado á la triste humanidad.

Necesario es que M. de Sacy no haya reflexionado un momento sobre las cuestiones que toca á la ligera, porque de otro modo habia de encontrarse á sí mismo demasiado injusto y demasiado ingrato al hablar como habla. Toda la libertad, toda la moralidad que hay en el mundo, se salvó por ese combate de diez y ocho siglos. Los Papas han conservado la separacion de los poderes que el temporal queria, bajo todas las formas, suprimir en provecho del vicio y de la tiranía.

«Antes de Jesucristo, escribia tambien San »Nicolás, Papa, á Leon Isauro, habia Reyes que »eran al mismo tiempo Pontífices, como Mel»chisedech. El diablo imitó esta forma en la »persona de los Emperadores paganos, que eran »soberanos y Pontífices. Pero despues de la ve»nida de Cristo, que es verdaderamente Rey y »Pontífice, el Emperador ya no se ha atribuido

»los derechos del Pontífice, ni el Pontífice los »del Emperador. Jesucristo ha separado las dos »potestades, de modo que los Emperadores ne- »cesitaran de los Pontífices para la vida eterna, »y los Pontífices se sirvieran de la fuerza mate- »rial para los negocios temporales.»

Los Emperadores querian ser *señores de la vida eterna*; hé aquí todo. Siendo señores de la vida eterna, disponian de todo en la tierra, segun su fuerza y segun sus pasiones; eran impunemente adúlteros, incestuosos, despojadores del bien ajeno, opresores del género humano, y en ellos revivian verdaderamente las tradiciones de la Roma antigua; en ellos se reanudaba el «hilo de las tradiciones cesáreas,» quebrado siempre por el Pontificado.

Luis de Baviera llevó muy lejos una empresa de esta clase. M. de Sacy le felicita por haber reinado despues de la escomunion; pero no se atreveria de seguro á contar su historia. Algunos teólogos apóstatas pagados por él, entre otros Jandun y Marsilio de Padua, sostenian que el Emperador era señor absoluto de la Iglesia, que podia instituir Obispos, juzgarlos, deponerlos, elegir y deponer al Papa, convocar Concilios, presidirlos y arreglar sus delibera-

ciones; en otros términos, sostenian que el Emperador era la ley viva. Nosotros preguntamos á M. de Sacy lo que le parece hubiera llegado á ser el mundo si la doctrina de los teólogos de Luis de Baviera, seguida despues por los del Emperador Enrique, hubiera prevalecido. Le preguntamos si hubiera querido vivir bajo ese Luis de Baviera, aunque su corte, mas todavía que la de Aviñon, se viera frecuentada por personas de mérito que no buscaban en ella *precisamente el espectáculo de las virtudes cristianas.*

El protestante Juan de Muller decia: Sin los Papas no existiria ya Roma.—«Sin los Papas, »añade con razon Rohrbacher, no existiria tam»poco la civilizacion de Europa que salió de »Roma por los Pontífices romanos; porque dice »tambien Muller: *Ellos, con manos paternales,* »*han sido los que fundaron la gerarquía, y á su* »*lado la libertad de todos los Estados.*»

Pero esta noble obra, ese sabio y perseverante trabajo, cuya primera piedra habia puesto la palabra de Jesucristo, obra siempre contrariada y siempre seguida, no se continuaba sin escitar el agradecimiento y la admiracion del mundo. Los Reyes bárbaros y sus legistas, esos hombres de sangre y esos hombres de astucia, cuyo par-

tido toman tan fácilmente los adversarios de la Iglesia, no constituian ni toda la humanidad, ni siquiera la mayor y mejor parte de ella. Habia un pueblo al que ellos devoraban, y que se sentia protegido por la Iglesia; habia una conciencia pública que sabia dónde estaba el derecho; habia una inteligencia pública que veia en dónde se encontraba la verdadera grandeza y el verdadero valor, y que notaba que la Providencia intervenia en último término en favor del Pontificado. Los Reyes pasaban, los imperios se debilitaban; los Papas y el Pontificado duraban siempre. Esos servicios permanentes, ese permanente milagro de una resistencia siempre impotente y siempre victoriosa, escitaron en todas partes hácia el Pontífice romano el agradecimiento, la confianza, el respeto; y el Papa se encontró sin pensarlo convertido, por un consentimiento unánime, en el juez de la tierra.

Al salir de una de las crísis mas espantosas que la Europa haya atravesado, apareció un hombre en quien un sentimiento filial hácia los Papas se encarnó fuertemente; ese hombre llegó á ser poderoso, como todos aquellos que en esos momentos críticos descubren un juicio seguro, mucha virtud, y la voluntad de realizar

lo que todos desean. Ese hombre es el que el universo llama por antonomasia *el grande hombre*; es Carlomagno.

Al encabezar las leyes Carlomagno tomó un título que anunciaba que se habia consumado definitivamente una revolucion inmensa, y que el mundo entraba en la via del Evangelio. Se proclamó el defensor devoto de la santa Iglesia y el auxiliar en todo de la Santa Sede apostólica. *Carolus gratia Dei rex regnique francorum, rector et devotus Ecclesiæ defensor, atque adjutor in omnibus Apostolicæ Sedis.* Creemos que M. de Sacy no desprecia á Carlomagno; no justificaremos por lo tanto al héroe por haber pagado al Papa el diezmo de sus victorias y al legislador por haber consagrado en sus constituciones esa gran parte de autoridad, esa alta magistratura que el Papa venia ejerciendo ya sobre los negocios públicos. Carlomagno no juzgó por lo visto que esa autoridad pudiera estar bajo la que pueden tener los Reyes cristianos; quiso someter á los Reyes á una Carta, y esa Carta fue el Evangelio.

El punto de vista bajo el que consideramos la historia del Pontificado, puede salirse de los hábitos de M. de Sacy. Para distraerle, le presen-

taremos antes de continuar el cuadro de la *cavalcata* memorable que tuvo lugar en tiempo de Carlomagno. El espectáculo podrá parecerle bastante noble y aun bastante instructivo.

El Papa Leon III, arrojado de Roma por una sedicion, iba á implorar el socorro de Carlomagno, que se hallaba entonces en Paderborn. El gran Rey envió á su encuentro primero un Arzobispo, en seguida á uno de sus condes, y, por último, á su hijo Pipino, vencedor de los hunos y Rey de Italia. Pipino marchaba á la cabeza de cien mil hombres. Cuando este ejército avistó á Leon, que se hallaba acompañado solamente de algunos servidores, se prosternó tres veces, el Papa los bendijo otras tantas, y Pipino se colocó al lado del Pontífice. Advertido poco despues Carlomagno, sale de Paderborn con el clero, que llevaba la bandera y la cruz. Otro ejército compuesto de diferentes pueblos, le seguia. Toda la comitiva se colocó formando un círculo inmenso, como una especie de ciudad viva. En medio está Carlomagno. El Papa aparece escoltado por Pipino, y en el momento ejército, pueblo, clero, toda aquella innumerable multitud se postra, y Carlomagno, el Emperador de Occidente, permanece inclinado ante

Leon, el Pastor del mundo, que bendice tres veces á sus pueblos prosternados. El Papa y el Emperador se aproximan y se abrazan llorando, y el Papa elevando la voz entona el cántico de los ángeles: *Gloria á Dios en el cielo y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

Esta fue por decirlo así la fiesta inaugural de la Edad Media. Nos parece que ni Carlomagno ni Pipino se humillaron en ella; y nos parece tambien que el mundo ha visto dias mas tristes que esos.

VII.

Ya que hablamos de la inauguracion de la Edad Media por el concurso del Papa y del Emperador, repitamos á M. de Sacy, á título de digresion, pero sin separarnos de nuestro propósito, lo que ya otra vez nos ha puesto en el caso de decirle sobre una época que se empeña detenidamente en desconocer.

Apenas cita un cristiano la Edad Media, cuando una multitud de *pensadores*, con los que M. de Sacy no deberia de confundirse, se presentan sobrecogidos de horror, de cólera y de miedo. M. de Sacy, á pesar de su gusto por lo general, exacto y templado, hace todo esto á la vez; y ya asegura que se quiere resucitar la Edad Media, ya se fatiga por hacer comprender al público el peligro de una empresa de ese género. Al hacerle ver hasta qué punto se equivoca en sus juicios, tendremos la satisfaccion de salir á la

defensa de la verdad, sin humillarnos, deteniéndonos á contestar á viles insultos, y sin que suframos la pena de dirigir nuestras palabras á regiones á las que parece que la razon no descenderá nunca.

Si se contentaron con decir que la Edad Media, ni material, ni política, ni moralmente no ofreció la perfeccion del estado social, ciertamente no cuestionaríamos. Entonces habia ricos inhumanos y avaros, pobres brutales é indóciles, sabios ignaros, filósofos necios, y un número considerable de escritores ineptos. De ello resultaban opiniones falsas, malas costumbres, turbulencias, crímenes. Nada de esto ha dejado de verse tampoco en las sociedades civilizadas; siempre y en todas partes las mismas causas producirán los mismos efectos.

Gozamos, á la verdad, de muchas ventajas que la Edad Media no conoció; pero acaso hubiera entonces otras que nosotros no conocemos. Tenemos el gas, el vapor y los teatros; nuestras diversiones son mas numerosas; pero ha sido necesario que nuestra policía se perfeccionara. La Edad Media hubiera podido hacer estos progresos. Los hombres que construyeron nuestras catedrales, descubrieron la imprenta, saborea-

ron al Dante y descubrieron la América, hubieran concluido por saber asfaltar las calles de las ciudades, y hubieran llegado á organizar la policía, al menos segun sus necesidades. No creemos que M. de Sacy nos lo niegue, como tampoco negará que tales maravillas no aseguran la salvacion del mundo. Con todas esas maravillas estamos al borde de la guerra social, pequeña miseria de la civilizacion, igual, por lo menos, á algunas de las grandes miserias de la barbarie.

Desearíamos no entrar con demasiada estension en el exámen comparativo de la Edad Media y de la nuestra. Uno de los lados por el que la Edad Media choca de un modo estraordinario del delicado académico que ha hecho recientemente el elogio de Voltaire, es la relajacion de las costumbres. Sobre este punto ha leido en la obra del abate Gosselin cosas que sublevan su pudor. Sentimos despertar en él un recuerdo importuno; pero si quiere releer las *Memorias del Diablo* y los *Misterios de Paris*, obras publicadas no há mucho tiempo por el *Diario de los Debates*, encontrará en ellas en primer lugar, un estilo que realza el de la novela de *El Zorro*, y en segundo, unos cuadros de costumbres que esceden en ferocidad cívica á los rasgos mas ne-

gros de los que nos ha legado la Edad Media. Lo que en la Edad Media no existia, erán asociaciones de hombres honrados y conservadores, como las que poseen y redactan nuestros grandes periódicos, asociaciones que compran esas peligrosas pinturas y ese pobrísimo estilo para hacerlo penetrar en la masa del pueblo.

Por lo demas, la historia moderna y los periódicos jurídicos no son menos espresivos que las novelas. La verdad es que buscamos, sin encontrarlo, lo que un admirador de los pueblos y de los soberanos ilustrados del siglo XVIII puede echar en cara, bajo el punto de vista de las costumbres, á los bárbaros de cualquier siglo. M. de Sacy ha oido hablar seguramente de los Pablos y Catalina de Rusia, de los Federicos de Prusia, de los José de Alemania y de Portugal, de los Luises de Francia; sabe lo que han escrito Voltaire, Diderot, Crébillon, hijo, Laclos, Louvet y otros ciento. ¿Dónde puede encontrarse una corrupcion tan general y tan descarada? ¿Y es posible en la inmensidad de esa corrupcion hallar menos figuras que consuelen el pudor humano? El vicio, en otro tiempo salvaje y perseguido por leyes de hierro, no deja de ser el vicio por aparecer como un buen

dano plácido y obeso que vive en buena inteligencia con la ley, porque esta cierra voluntariamente los ojos. Con los atentados contra las personas sucede lo mismo que con los atentados contra las costumbres. El crímen no ha hecho otra cosa sino cambiar de forma. Los salteadores de caminos han llegado, en verdad, á ser raros; pero en cambio abundan los rateros. No habiendo tempestad política, el camino y la calle, preciso es confesarlo, son bastante seguros; pero la casa ya ha dejado de serlo. Hay menos robos á mano armada, hay mas abusos de confianza. Mil invenciones delicadas, sin contar las fondas, reemplazan á los antiguos bandoleros y á sus formidables guaridas. Antes se iba á buscar al ladron, ahora el ladron viene á buscarnos, lo cual puede ser mas cómodo, pero no es desde luego mas tranquilizador. Despues de los prospectos, de las comanditas y de todas las variedades del robo, M. de Sacy nos permitirá tambien que no pasemos en silencio los motines, las revoluciones y el ejército entero de los caballeros de la *Idea*. Paris, la Francia, la Europa, rebosan en doctores y bachilleres *en derecho al trabajo*, que de un momento á otro pueden venir á pedirnos la bolsa y la vida. Lo

harán, eso sí, con la conciencia mas serena, y hasta con una especie de piedad, porque tendrán cuidado de poner en su gorra un pedazo de tela roja. Hubiéramos pensado que conociendo M. de Sacy esta devocion de los pueblos modernos, no pensaba en ella sin conmoverse un poco; pero por lo visto, M. de Sacy solo trata de reirse de los partidarios de la Edad Media. «Sus estravagancias, dice, bastarian á consolarme de algunas de las amarguras de la época »presente.» ¡Carácter dichoso y fácil de distraer! Una de las amarguras de la época presente es la de ignorar si la sociedad tiene seis meses de existencia delante de sí, y aun la de ignorar si solo tiene un dia. Francamente, la ilusion de que M. de Sacy es víctima al pintarnos el vigor y las virtudes de la sociedad actual nos subleva, y no queremos dejar que se distraiga con los vicios y las debilidades que reinaban en la Edad Media. Una sociedad que ha estado en poder de Caussidière, que ha temblado ante Pornin, que ha puesto su esperanza en M. de Lamartine, que aun hoy tiene que contar, no sin alguna razon, con los decretos de Mazzini, y que seria infaliblemente arruinada, saqueada, perdida acaso, si un solo hombre faltara en

ella, no tiene, hablando francamente, motivos para manifestarse, ni en poco ni en mucho, orgullosa.

¡Pobres hombres de talento! Necesitan de la Religion, lo saben, lo confiesan; saben tambien que no hay religion sin Iglesia... y tienen miedo de la Iglesia. No se podria decir lo que les turba y les horroriza mas, si el verla vivir, ó el verla morir. Si vive, les salva, pero les domina; porque no puede salvarlos sino apoderándose por su concurso del alma de las masas que ellos han separado de ella. Si sucumbe, ¿quién les salvará? Esta perplejidad les obliga á recurrir en las discusiones á ambigüedades y fingimientos que deben de mortificar mucho su amor propio. ¿A qué puede atribuirse, por ejemplo, que M. de Sacy, persona por otra parte tan distinguida, muestre contra la Edad Media un fanatismo que le arrastra hasta el punto de sostener la misma tésis, y hasta el punto de emplear los mismos argumentos que sostienen y emplean los mas miserables escritores de la prensa revolucionaria?

M. de Sacy sabe perfectamente lo que fue la Edad Media; no quiere mostrar sino sus defectos, pero conoce tambien sus glorias y su viri-

lidad. Sabe con qué energía esa civilizacion luchó contra sus enemigos interiores y esteriores; con qué fuerza y con qué sabiduría fundó sus instituciones; con qué generalidad y con qué prontitud tendia á su perfeccionamiento. Conoce las grandes miserias de los siglos siguientes, la miseria absoluta del nuestro. No ignora, en fin, que, apreciando segun la historia y segun la equidad las obras de la Edad Media, nosotros no deseamos que renazca, ni lo que en ella era malo, ni lo que de ella es imposible. En el fondo no nos cree ni mas feroces ni mas amigos de la ignorancia, ni mas enemigos de la verdadera y esencial libertad que lo que lo es él mismo. ¿Por qué, pues, parece que nunca ha abierto la historia y se empeña en no querer comprendernos? ¡Ah! ¡Es porque ve como nosotros por encima de todo en la Edad Media, una sola cosa, la Iglesia romana, á la que nosotros veneramos y á la que él tiene la inmensa desgracia de no poder amar!

La Iglesia romana es la gran figura, el gran poder, la inteligencia y la virtud de la Edad Media, el espíritu que se eleva sobre el caos para aclararle y ordenarle perfectamente. Ella es la que funda, ella la que combate, ella la que

enseña, ella la que corrige, ella la que gobierna. Todas las almas fuertes, todos los corazones grandes, todos los talentos elevados, le pertenecen por completo; ella los ha criado, educado, inspirado; ellos la obedecen y la aman, y emprenden y ejecutan, por amor de ella, la obra sublime de que solo ella tiene el instinto supremo y perseverante.

Se trataba de reunir, de coordinar, de fundir los elementos bárbaros, impulsados de todas partes por la cólera divina sobre el cadáver del imperio, y de dar al mundo, en lugar del *caput mortuum* pagano, una fuerza jóven é inmortal que habia de ser la república cristiana. Seguramente, en la duracion de esa obra, y con la multitud y la diversidad de los obreros, no pueden faltar cosas que provoquen la burla, la sátira y la censura. El edificio mas perfecto no es, durante largo tiempo, sino un conjunto de obras informes, de paredes á medio construir, de peñones mal labrados echados unos sobre otros sobre un terreno estéril y fangoso, y en el que algunos obreros se embriagan de cuando en cuando. Aun hoy la catedral de Colonia está sin concluir, y en los talleres el obrero bebe y blasfema arreglando los peñones que cubren el suelo

y que muy pronto brillarán simétricamente en los aires. Y qué, ¿prueba algo nada de eso contra el arquitecto? La Iglesia romana es el arquitecto del mundo cristiano, y esto es lo que incomoda á M. de Sacy. No ha podido construir sino con la verga en una mano y la espada en la otra, la verga levantada sobre algunos obreros indóciles, la espada vuelta contra los enemigos del esterior. M. de Sacy les echa en cara, ya la indocilidad de los obreros, ya la agresion de los enemigos; les echa en cara el haber sido atacados y el haberse defendido, el haber encontrado resistencias y el haberlas dominado. ¿Desearía acaso que hubiera sido aniquilado por las invasiones musulmanas, ó que las herejías le hubieran obligado á abandonar su obra cuando apenas habia sacado el diseño de ella? No; pero no le gusta que le atribuyan esa gloria; no le gusta que se deplore haya quedado sin concluir la obra; no le gusta, sobre todo, que se hable de volver á emprenderla, aun cuando se le pruebe y él mismo vea, que de ello depende la salvacion del mundo. Para hablar francamente, M. de Sacy no quiere que se admire el papel de la Iglesia en lo pasado, por temor de que ese papel no se repita en lo porvenir.

A ese desvarío de su ánimo, y de ningun modo á la debilidad de sus conocimientos ó á algun cansancio de su razon, atribuimos el asombro que finge esperimentar cuando oye á los cristianos poner á San Luis muy por encima de Luis XIV, y cuando supone en ellos la intencion de querer reconstituir el feudalismo.

Sobre esto último se le podria asegurar que el feudalismo aun vive; no el feudalismo antiguo, es verdad, pero sí otro, menos fecundo, menos humano, menos protector del pobre, menos útil al Estado, no mucho mas instruido, é incomparablemente mas ávido y orgulloso. El *Diario de los Debates* no es el que menos ha contribuido á formar ese feudalismo moderno; él lo sostiene tambien ahora, y nosotros lo combatimos.

En cuanto á San Luis, estamos lejos de admirarle bastante, porque hay en ese noble Rey una magnanimidad de prudencia y de virtud que nuestro siglo no puede comprender, aun bajo el punto de vista del siglo: el *Diario de los Debates* le desprecia demasiado. San Luis y su época pueden sostener la comparacion, no solamente con todo lo que es de nuestro tiempo, sino tambien con otros tiempos mas bellos

y mas ricos en grandes hombres. Que se separen del debate los progresos de la química y de la mecánica, frutos de un largo trabajo anterior; que se separen las obras maestras literarias, accidentes felices de poca importancia en cuanto á lo esencial de la fuerza de las naciones y de la dicha de los individuos; que separado esto, se vaya al fondo de los hombres y de las cosas, y encontramos desde luego leyes admirablemente sabias, una administracion vigilante, una política generosa, un reino muy ordenado, la hacienda próspera, las letras cultivadas y sujetas, las ciencias cubiertas de honores, la justicia y la virtud sobre el trono, un pueblo que ama á su Rey, y á este Rey venerado en toda la tierra. Si el arte de gobernar es el mas bello de los artes y el compendio de la sabiduría humana, ¿quién lo poseyó mejor que San Luis? San Luis era devoto, tenemos que convenir en ello; pero M. de Sacy parece creer que era ignorante, siendo todo lo contrario: San Luis era mucho mas instruido que Luis XIV. Se nos tiene que conceder que sus costumbres eran mas puras, y la mayor pureza de las costumbres resulta de una alma mas fuerte, de un talento mas verdaderamente ilustrado. Nos parece que en ese reinado,

en el que todo floreció, y en el que solo el mal fue comprimido, las artes no permanecieron inactivas. No se construyó á Versalles; pero se elevó la Santa Capilla. El Rey no se presentaba en los torneos y en los bailes; pero se le veia en el campo, en las iglesias, en los hospitales y bajo la encina de Vincennes, donde administraba justicia. A su alrededor habia muchos frailes y pocos poetas, es verdad; pero no se encontraba ninguna cortesana. No sufria que sus poetas le compararan á Dios ni al sol, y sus frailes le decian la verdad. Uno de esos frailes se llamaba el hermano Vicente de Beauvais; pero acaso M. de Sacy no ha oido nunca su nombre. El hermano Vicente de Beauvais era un sabio á cuyo lado se eclipsan los sabios de Luis XIV. Es sabio un hombre cuando sabe todo lo que en su época se puede saber; cuando posee perfectamente esos conocimientos, cuando está en disposicion de ordenarlos y de armonizarlos. Esto es lo que era, y esto es lo que hizo el hermano Vicente de Beauvais, á quien San Luis suministraba libros, y que redactó en escelente y clarísimo lenguaje una enciclopedia, cuya erudicion estraordinaria podria admirar á mas de un miembro de la Academia de Ciencias. Vicente de Beauvais era

de la estatura de sus contemporáneos, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Roger Bacon y algunos otros á quienes M. de Sacy no tendrá el mal gusto de despreciar, porque se podria, con el mismo fundamento, despreciar á Buffon y Cuvier. El siglo que esos grandes hombres iluminaban, no los desconocia, ni eran en él mas ignorados que lo fue, en tiempo de Luis XIV, Racine, á quien se preferia Pradon; y si no tenian toda la popularidad que en nuestros dias ha ganado M. Sue, tenian acaso mas discípulos y oyentes que lectores tiene hoy M. Guizot. Todo esto preparaba sin duda los esplendores del Renacimiento, y se hubiera podido dos siglos mas tarde aprender el griego sin perder el espíritu cristiano. ¡Ay! las personas que sabian perfectamente el griego en la Edad Media, eran los prudentes y útiles sabios de Bizancio, que tan brillante figura hicieron ante los turcos. ¡Estraordinaria semejanza la de los sabios de Bizancio con los literatos conservadores de nuestros dias en presencia de los socialistas!

M. de Sacy desprecia decididamente la política de San Luis. En vez de permanecer en su casa gobernando tranquila y agradablemente

como Luis XIV, «fue, dice, á hacerse apresar »en Egipto, y á morir de la peste en Túnez.» Realmente no se puede exigir mas de un redactor del *Diario de los Debates*, admirado y encantado todavía de los últimos prodigios de la sabiduría constitucional. Sin embargo, el Rey ó el Emperador francés que para abatir el poderío inglés, ese islamismo de nuestra época, se espusiera á encontrar la muerte en Egipto ó en otra parte, no haria una locura muy perjudicial ni á la Francia ni á su posteridad. En suma. San Luis, muerto «por la peste en Túnez», legó á sus hijos cinco siglos de poder, y supo conquistar para su nombre una gloria inmortal, cosa que no han logrado obtener los Reyes que han dicho: *Cada uno para sí, cada uno en su casa*, y que por política han abandonado la causa de la justicia y vendido la cristiandad. Muchos, despues de tomarse ese gran cuidado de no hacer nada por los demas, han encontrado que nada habian hecho para ellos, y ni siquiera han podido morir en su reino.

M. de Sacy deberia, por su propio interés, no hablar de las «estravagancias» del pasado, considerando un poco los resultados de la sabiduría que las opone. Toda la barbarie de la Edad Me-

dia no impide ver en los siglos posteriores espantosas manchas de sangre, y aun mas espantosas manchas de vergüenza. Nunca llegaron las guerras de la Edad Media á estremos tan salvajes como la destruccion de la Vendée, ordenada por los filántropos y teo-filántropos de la Convencion. Ni San Luis, ni ningun príncipe verdaderamente cristiano, ha hecho ni permitido se haga nada de ese género.

Habia en la Edad Media sectas sanguinarias y terribles á las que combatia la Iglesia; hay en nuestro tiempo otras que los filósofos han formado, que la política sostiene, y á las que la civilizacion anima. Se veia tambien á algunos fanáticos abandonar los placeres del mundo y los bellos cuidados de la ambicion, dar sus bienes á los pobres, fundar un monasterio, tomar la cruz ó ponerse á correr el mundo con los pies descalzos, predicando la penitencia y siguiendo á un Bernardo, a un Domingo, á un Francisco de Asís. Esto es risible sin duda, y esos hombres eran unos pobres locos; pero ¿qué piensa M. de Sacy de las gentes que siguen á Saint-Simon, Fourrier, Cabet, Proudhon y otros? Esos nombres representan hechos bastante graves y bastante vivos, para no permitir á una persona

formal admirar mucho el progreso y adorar esclusivamente el moderno espíritu humano.

Desearíamos que M. de Sacy nos hiciera el favor de pensar un poco en ello; comprenderia entonces mucho mejor nuestras ideas y nuestras palabras, y veria que no abrigamos malos designios contra él al desear, no como le acomoda decir, la reconstitucion de la Edad Media, sino un renacimiento de aquel espíritu de la Edad Media que ponia á los pueblos en las manos de los San Bernardos, en lugar de arrastrarlos hácia guías de otra especie á quienes M. de Sacy conoce como nosotros, y contra los que se defenderá mal cuando el dia en que sea necesaria la defensa, dia cuyo advenimiento se está apresurando demasiado, llegue por último á lucir.

Pero volvamos á nuestro objeto.

VIII.

La Europa queria ser católica, y no podia serlo sin la preponderancia del poder pontificio. En mil ocasiones, llegando, como no podian menos de llegar, á gozar de la soberanía personas de voluntad perversa ó ignorante, se hubiera roto la unidad magnífica y necesaria que podia sola libertar al mundo de la anarquía y de la barbarie; y era tan materialmente imposible se prescindiese de un juez de la fe, como era materialmente imposible que las decisiones de ese juez de la fe no tuvieran una sancion temporal. Esta sancion es la que ha recibido el nombre de poder temporal de los Papas sobre los Reyes, espresion á la que dan los enemigos de la Iglesia un sentido completamente falso. Se creeria al oirles, que los Sumos Pontífices, arrogándose sobre las coronas un poder no sujeto á reglas durante siglos, se ocupaban, por capricho,

en atormentar á Reyes intachables, ya citándoles ante su tribunal por una fruslería cualquiera, ya enviándoles con el mas fútil pretesto esos terribles legados, con su mas terrible baston, ya deponiéndoles por docenas sin razon ni causa, ya reemplazándoles por las personas que mejor les parecian, del mismo modo que los Reyes cambian los gobernadores de sus provincias. El error no puede ser mas grosero. Ni esas cuestiones eran tan frecuentes como se supone, ni se entablaban por capricho como se dice, ni se decidian tan brusca y rápidamente como se asegura. Lejos de eso, aun con respecto á los príncipes de paises en los que gozaba de la soberanía feudal, el Papa obraba siempre como Papa, como juez de las infracciones cometidas contra esa fe religiosa que era en todas partes el arca de salvacion comun, la fortaleza de las libertades públicas, el fundamento de los Estados, la ley de los pueblos. El Papa tenia pura y simplemente el poder que los tribunales han tenido en todas partes y en todos los tiempos sobre los bienes temporales de los malhechores convictos y confesos de sus fechorías. Y sino, dígasenos, ¿qué se descubre en el orígen de todas esas cuestiones? Ya lo hemos dicho: un tra-

tado violado, una esposa legítima abandonada, bienes de la Iglesia robados, Obispos encarcelados, pueblos que gemian bajo el despotismo; pero nunca el capricho del Papa quitando á un Rey la corona para dársela al primer advenedizo. M. de Sacy puede, si gusta, sacar á relucir la historia de los príncipes que atrajeron sobre sus cabezas los rayos del Vaticano: de seguro no encontrará entre esos Reyes ni víctimas inocentes, ni oprimidos, ni desgraciados á quienes se haya despojado de un derecho evidente y de una posesion legítima; sino, por el contrario, príncipes que no eran ni bienhechores de la especie humana, ni solícitos por ninguna libertad constitucional; que no eran príncipes, en fin, á quienes la Academia pudiera dar un premio Monthyon ni aun de los de tercera clase, y cuyas ideas de seguro no patrocinaria ni aun *El Diario de los Debates*.

¿Y eso qué importa? dirá M. de Sacy. Y aun cuando así fuera, ¿por qué habian de entremeterse los Papas en los asuntos de esos soberanos?

Se entremetian en ellos por muchas razones, todas escelentes: en primer lugar, porque estos soberanos se mezclaban en los asuntos de la Iglesia, asuntos que en todas partes correspon-

dian á los Papas; en segundo, porque la doctrina de esos soberanos, reducida á asegurar que los pueblos les pertenecian en cuerpo y alma, no era la doctrina ni del Papa ni de los pueblos, los cuales creian pertenecer preferentemente á Dios, considerándose súbditos de los Papas con mejores títulos que súbditos del poder temporal. Esta es hoy la cuestion de los católicos polacos con los Emperadores de Rusia, que no quieren reconocer en ellos el derecho de conservar su culto al tratar de imponerles el suyo, y se apoderan de sus hospitales, de sus monasterios y de sus iglesias, cosas todas que la conquista no ha podido darles el derecho de arrebatar.

Pretensiones de este género eran las que daban causa á las escomuniones y á las deposiciones de los soberanos, y pretensiones de este género son las que hoy les pierden con mas seguridad castigados por la revolucion; porque los Papas perdonaban al arrepentimiento en tanto que los revolucionarios son implacables. El derecho que contenia á los príncipes bastaba en ocasiones para sostenerlos; el juez se convertia en un patrono leal. Lo que se hacia en favor de los pueblos, se hacia tambien en favor de los

soberanos; el Papa se ponia de su parte, bien contra un competidor ilegítimo, bien contra una faccion sublevada.

Para todos estos conflictos que hoy no tienen mas juez sobre la tierra que la fuerza, existia, pues, en la Edad Media un juez que obraba en nombre de Dios y en virtud de su derecho; juez que instruia la causa, oia á las partes, trataba de conciliarlas; juez que rogaba, advertia, amenazaba; juez que, por último, castigaba.

Con frecuencia, á la verdad, el juez encontraba terribles resistencias; y este es el punto en que M. de Sacy triunfa, y del que se aprovecha para maltratar á los «espíritus fogosos de nuestra época» que admiran esa bella institucion de justicia entre los pueblos y los Reyes. «Sueñan »(esos espíritus fogosos) con una edad de paz y »de concordia en la que los Sumos Pontífices »habrian hecho reinar la justicia sobre la tier»ra, sometiendo los pueblos á los Reyes y los »Reyes á la Religion. Dios no hizo este milagro. »La historia de la Edad Media es una historia »humana por los cuatro costados. Los Reyes se »resistian; los Papas abusaban de su poder; tu»vieron lugar espantosos escándalos, la guerra, »la anarquía, la sublevacion desolaron enton-

»ces el mundo, tanto ó mas que en otra época »cualquiera. Hé aquí la verdad.»

No, no es esa la verdad; pero salvo el abuso que los Papas se dice hacian de su poder, se aproxima la pintura bastante á la verdad.

Durante la Edad Media, la historia de los hombres ha continuado siendo una historia humana; no podemos disputar sobre este punto. Dios no hizo el milagro de quitar á los hombres el libre albedrío y de privarles del derecho de elegir entre el bien y el mal; esto es tambien incuestionable. Muchos de entre ellos prefirieron el mal al bien; lo reconocemos de buen grado. De ello resultaron espantosos escándalos, cosa muy natural; y la guerra, la anarquía, la sublevacion desolaron al mundo, no en mayor grado, ni aun siquiera en grado igual que en épocas recientes; pero en grado bastante para entristecer á su buen corazon; tambien confesamos esto último.

¿Qué deduciremos de ello? ¿Cree M. de Sacy que el Pontificado tiene la culpa de todo, ó bien, para ser *moderado* perfecto, cree que el Pontificado no ha hecho nada para impedir que ese estado de cosas empeorara?... M. de Sacy visita un presidio en compañía de un falanste-

riano. Se les enseñan los presidiarios, se les cuenta su historia; allí no hay sino ladrones, asesinos, parricidas, malvados, rebeldes á todas las leyes, reincidentes endurecidos contra todos los castigos; su número es considerable. Delante de esa multitud repugnante, el falansteriano pregunta para qué sirven las autoridades y la justicia, añadiendo que es preciso abolirla, puesto que no ha podido impedir que tantos hombres fueran perversos y cometieran tantas maldades.

¿Qué responderia á esto M. de Sacy? Responderia al falansteriano con mas talento del que, en vista de lo que dice contra los Papas, debemos suponer en él: Querido amigo, las autoridades y la justicia sirven para impedir que los hombres que estais viendo sean nuestros doctores, nuestros Pontífices y nuestros amos. Al volver á la ciudad vereis un número de personas honradas que gozan de libertad, número incomparablemente mayor que el de los malvados que arrastran aquí sus cadenas. Sin la justicia y sin la autoridad, que sin embargo no pudieron impedir el mal que han causado, esos malhechores dominarian al mundo, y en vez de violar las leyes hubieran ellos fabricado las le-

yes y la moral, con lo que al presente no seria la tierra sino un inmenso presidio en el que usted y yo arrastraríamos el grillete bajo la vara de sus capataces.

Esta es la respuesta que nosotros daremos á M. de Sacy. El Pontificado ha encontrado en su camino muchísimos malvados muy hábiles y muy atrevidos, y no ha podido ni domar ni convertir á todos ellos; pero ha, no sin trabajo, domado y convertido á algunos; y en suma, lejos de haber llegado al caso de hacer ellos las leyes, se han visto precisados á obedecer las hechas contra ellos.

El sueño, sueño por cierto perdonable, de establecer sobre la tierra la justicia y la paz no se ha realizado, es verdad; pero acaso ¿no ha habido algunas dificultades que haya resuelto, y no ha habido innumerables dificultades contenidas en su camino? ¿No se ha visto someterse á ningun Rey ni á ningun pueblo apaciguarse? Por ventura, la pureza de la fe conservada, la libertad de la Iglesia salvada, la severidad de la disciplina mantenida, el celo por toda clase de estudios sin cesar animado y estimulado, el paganismo vencido, el islamismo rechazado en medio de tantas catástrofes y de

tantas guerras intestinas, ¿no ha servido de nada á la civilizacion?

Si M. de Sacy lo cree así, la historia lo desmiente radical y absolutamente. Que recorra en la imaginacion la época que media desde Cárlo-Magno á Lutero; que evoque á los grandes Reyes, á los grandes guerreros, á los grandes doctores de esa época, y verá que la mayor parte de los anillos de esa cadena se compone de santos. Pero que separe del mundo al Pontificado; que reduzca á los Papas á no ser sino Obispos de Roma, sin autoridad fuera de su diócesi, ó sin que ejerzan sino un patriarcado ilusorio bajo la vigilancia de un Rey cualquiera, y la cadena se rompe: á la unidad de espíritu que anima á los héroes, á los políticos, á los doctores, á los pueblos, reemplaza la anarquía; y la Europa se queda sin alma. Dividida en mil sectas, entregada á los sofistas, á los tiranos, á los eunucos, llega á convertirse en un lago de fango en el que quedan enterradas para siempre la civilizacion y la libertad.

IX

No comprendemos en verdad por medio de qué razonamiento ha llegado á persuadirse M. de Sacy de que la sociedad en general y los individuos en particular, obtuvieron algunas ventajas del movimiento religioso del siglo XIV, época en la que los Reyes *empezaron*, segun dice, á cansarse de ser escomulgados, sabiendo ponerse, gracias á Felipe el Bello, al abrigo de los rayos pontificales, inútiles en adelante.

Los emancipadores, digan lo que se quiera, hacen siempre una triste figura; la emancipacion no aprovecha á su pais ni aun siquiera á ellos mismos. ¿Puede darse hombres mas desgraciados en su vida y en su muerte que Cárlos el Malo, Ladislao de Nápoles y otros por el estilo?

Detengámonos en prueba de ello á considerar á dos solamente de entre ellos, á Felipe el Bello

y á Luis de Baviera, personajes que no puede desconocerse se hubieran evitado cometer grandes crímenes, evitando tambien sufrieran los hombres grandes desgracias, de haber cambiado de conducta modificando la que seguian ante la escomunion.

«Luis de Baviera, dice M. de Sacy, reina »treinta años, á pesar de las Bulas de escomu»nion y las sentencias en que se le deponia.» Reina, es cierto, pero no como Rey, sino como bandido; multiplica sus crímenes y sus felonías, llega á ser traidor, insaciable, ridículo, dejando, entre sus aliados de Italia, la reputacion de un pérfido y de un ladron, y en Roma, donde pretendió hacer un Papa, la de un histrion despreciable. Silbado su Papa en todas partes, se depone él mismo, y va, poniéndose un cordel al cuello, á obtener el perdon del Papa legítimo. A pesar de ser Emperador de Alemania y Rey de los romanos, Luis de Baviera solo figura en la historia como un rebelde, anonadado perperpetuamente ante sus mismos súbditos por la majestad del Pontífice, que se hallaba en una ciudad desconocida, lejos de Alemania y lejos de Roma; y despues de treinta años de llevar una vida mas de aventurero que de Emperador,

muere un dia repentinamente sin dejar mas posteridad que una hija, que fue Isabel de Baviera. Véasele, pues, aplastado como un reptil, que ni siquiera ha agotado todo su veneno; véasele confundido, llevando á la tumba sus planes sacrílegos y su odio diabólico. M. de Sacy nos dirá que no es uno dueño de morir cuando quiera ni del modo que quiera. Cierto; pero cuando se desea dejar tras de sí realizada una gran cosa; cuando se desea legar á la posteridad un gran nombre, es preciso saber vivir de modo que pueda desafiarse esa probabilidad de muerte. La muerte súbita es, no solo la mas terrible de las muertes que puede alcanzar á un escomulgado, sino tambien la mas impolítica. Solo con ella queda un sistema arruinado en el ánimo de los pueblos. ¿Hubo nadie que llorara á Luis de Baviera? ¿Hubo alguno que se figurara que con la muerte del Emperador, el mundo habia perdido la menor cosa? Y, salvo Isabel de Baviera, digna hija de tal padre, ¿qué quedó de él en la tierra?

Felipe el Bello fue tan atrevido como Luis de Baviera. Ambicioso y avaro, no pudo vivir en paz con sus vecinos, impuso tributos exorbitantes para sostener sus injustas guerras, fabricó

moneda falsa, despreció las exhortaciones y las advertencias del Papa, atrayendo, por último, sobre su cabeza la escomunion. «Se burla de ella, »dice M. de Sacy que sigue en esto á la historia, »contestando á las terribles Bulas de Bonifa»cio VIII con cartas burlonas é insultantes.» ¡Insultantes, en efecto, para su memoria; porque nunca soberano alguno ha firmado injurias mas innobles! Felipe el Bello consiguió tambien otros triunfos que M. de Sacy enumera. Sus agentes Nogaret y Sciarra Colonna (uno de esos Colonnas que sostenian con el Papa cuestiones *puramente civiles*), fueron en su nombre á insultar al Vicario de Jesucristo hasta sobre el trono pontificio, hasta en presencia del altar, donde él les esperaba sin otra guardia que su Crucifijo.

Despues de haber insultado al Papa vivo por el acto mas brutal y mas cobarde que se conserva unido á la memoria de una persona real, Felipe concibió la esperanza de escarnecerle muerto. El segundo sucesor de Bonifacio se hallaba bajo su cruel proteccion. Felipe estaba en la fuerza de la edad (cuarenta y seis años), era muy temido y muy obedecido, acababa de enriquecerse con los despojos de los Templa-

rios, y tenia tres hijos. Si alguna vez algun Rey de Francia pudo creer que la Santa Sede llegaria á ser una dependencia de su Corona, fue Felipe. Pues bien; un dia sale de caza; un puerco se enreda en las piernas de su caballo, el caballo cae; Felipe ha muerto. Ese fabricante de moneda falsa no fabricara como deseaba una falsa Iglesia. Dios le quita su cetro, se lo quita tambien á su posteridad; en pocos años mueren sus tres hijos sin dejar descendencia masculina. De Felipe el Bello, como de Luis de Baviera, no queda mas que una hija, Isabel, Reina de Inglaterra, parecida á la otra Isabel, mujer célebre entre las mujeres infames. Isabel fue quien suscitó esas guerras en que la Francia hubiera perecido, si Dios no nos hubiera dado á Juana de Arco, jóven de baja esfera, pero educada en la fe de los Pontífices romanos...

M. de Sacy puede reirse de esto; no nos quitará la conviccion de que esas *Bulas atronadoras* de Bonifacio VIII, Bulas de las que él se burla un poco, siguiendo el ejemplo de Felipe el Bello que se burló de ellas mucho, *atronaron*, sin embargo, á Felipe, anonadando sus planes, su corona, su familia, y alcanzando sus efectos á la Francia, cómplice demasiado dócil

de la iniquidad del Rey. Dios vela. ¡Y qué puede quitarse al Papa, si no se le quita á Dios!

Aun prescindiendo de toda consideracion religiosa, M. de Sacy hace muy mal en mostrarse tan condescendiente respecto de Felipe. En ninguna parte ni á los ojos de nadie puede pasar ni pasa Felipe por hombre honrado, ni aun siquiera por buen político. La Francia, bajo su reinado y por su causa, se envileció de un modo estraordinario. Algunas confesiones de Sismondi interesarán á nuestro sabio adversario en su cualidad de galicano.

«Por la primera vez, dice el historiador gine»brino, la nacion y el clero se conmovieron tra»tando de defender las libertades de la Iglesia »galicana. *Avidos de servidumbre*, llamaron *li»bertades* al derecho de sacrificarlo todo, *hasta »su conciencia*, á los *caprichos* de sus señores, »rechazando la proteccion que les brindaba un »jefe estranjero independiente *contra la tiranía*. »En nombre de esas libertades de la Iglesia se »rehusó al Papa el derecho de protestar contra »los *tributos arbitrarios* que el Rey imponia al »clero, el de reclamar contra el *encarcelamien»to arbitrario* del Obispo de Pamiers, el de opo»nerse al *despojo arbitrario* de las rentas ecle-

»siásticas de Reims, de Châlons, de Laon, de »Poitiers. Se rehusó tambien al Papa el dere»cho de dirigir la conciencia del Rey, el de ha»cerle advertencias sobre la administracion de »su reino, y el de castigarle, ya por medio de »las censuras, ya por medio de la escomunion »cuando *violaba sus juramentos*. La corte de »Roma *habia, sin duda alguna*, manifestado una »ambicion usurpadora, y los Reyes debian pre»caverse contra su omnipotencia; *pero* hubiera »sido *muy de desear* para los pueblos que sobe»ranos despóticos como eran los de aquel tiem»po hubiesen reconocido un poder venido del »cielo y superior al suyo QUE LES CONTUVIE»RA EN LA CARRERA DEL CRIMEN...»

Así, pues, ni el orígen de la *libertad* galicana tuvo nada de glorioso, ni sus consecuencias tuvieron nada de felices, al menos para los pueblos, pudiéndose decir que la emancipacion de los soberanos y la esclavitud de los pueblos tienen una misma fecha.

Que M. de Sacy estudie los actos del Pontificado secular y nacional en los paises en que reemplazó al Pontificado eclesiástico y romano, y es seguro que dirá, como Sismondi, que los soberanos debian *sin duda alguna* precaverse

contra la corte de Roma, *pero* que hubiera sido *muy de desear* para los pueblos que estos no hubieran consentido en que de ese modo se cuidara de sus intereses.

En cuanto á los Reyes, si es verdad que su poder ha llegado á ser mas libre y mas grande, no deja tambien de serlo que al mismo tiempo ha llegado á ser mucho menos sólido. Los Reyes empezaron por emanciparse de los Papas; los pueblos á su vez se han emancipado de los Reyes, y desde esta última emancipacion se ha destituido á muchos mas Reyes que los que se destituyeron antes de la primera. Estas destituciones realizadas por los pueblos sin que el Papa se haya mezclado para nada en ellas, no por eso han sido menos reales. Añadamos que nunca se han realizado sin grandes disturbios, y que para nada se ha tenido en cuenta en ellas, ni las reglas de la justicia ni las del procedimiento. A falta de otra prueba, el mismo M. de Sacy puede servir de testigo, M. de Sacy, que ha sido un *destituidor* de un Rey en 1830, una especie de Rey destituido en 1848, y hasta pudiéramos decir que un destituidor del pueblo (porque al pueblo tambien se le destituye) entre 1848 y 1851. ¿No es esto cierto, y aquí entre nosotros,

no es verdad que el Papa en sus destituciones procedia con mas formalidad y con mayores escrúpulos?

Los *espíritus fogosos* que sueñan con someter el mundo á la justicia, no realizarán su absurda utopia; pero otras utopias en las que la justicia se ve muy poco atendida se hallan en via de ensayo para reemplazarla. En primer lugar tenemos á la utopia cesariana que resucita el derecho humano tal cual lo comprendia Luis de Baviera, es decir, la utopia que presenta á César como Rey y Pontífice; señor de los bienes, señor de los cuerpos, señor de las almas, señor de todo, en una palabra, ley viva. En segundo lugar tenemos tambien la utopia proudhoniana que reconstruye la civilizacion tal cual la entendian los gnósticos y los maniqueos, y tal cual la practican los cafres; es decir, que no quiere ni Rey ni Pontífice, ni Dios; utopia en la que solo el individuo, cualquiera individuo que reuna la condicion de ser el mas fuerte, es el Rey, el Pontífice y el Dios, todo junto. Así, pues, quien tenga la fuerza será señor de los bienes, señor de los cuerpos, señor de las almas, señor de todo; en una palabra, ley viva. ¡Progreso! ¡Gran progreso! ¡Admirable progreso!

En plena barbarie, en el campamento de Carlo-Magno, formado de pueblos que habian sido bautizados la víspera, todas las voces se unian para entonar el cántico de los ángeles: *Gloria á Dios, paz á los hombres.* Hoy del seno de la Europa civilizada se levanta mas salvaje que nunca y repetido por todos los ecos del mundo el grito pagano: *Gloria á la fuerza, guerra á los débiles, muerte á los vencidos.* En todas partes alguna mano insolente con su fuerza se estiende sobre el bien ajeno, usurpa la libertad del estraño. El ruso despoja al polaco, el anglo-americano despoja á sus vecinos y trata de despojar al español, el suizo protestante despoja al suizo católico, el inglés despoja la tierra. El derecho del débil pisoteado, no encuentra auxilio en ninguna parte; la fuerza no tiene escrúpulos, la debilidad no tiene esperanza. Es gracioso ciertamente que ante esta perspectiva un literato, un pensador, un conservador, venga á mostrarnos su regocijo porque el Papa no destituye á los Reyes. ¡Ah, señor mio! Mostradnos, pues tan contento estais, mostradnos en Europa un Rey que nada tenga que temer por su corona, un pueblo que nada tenga que temer por su libertad, un propietario que nada tenga que te-

mer por su casa; porque hoy tambien ¡ay! se destituye á los propietarios. Verdad es que nadie está libre de ser destituido; y hasta los mismos periodistas, hasta esos Reyes, esos Papas de ayer que destituian á los Reyes, que trabajaban por destituir al Papa y que pasaron grandes miedos cuando creyeron haberlo logrado, hasta á esos se les destituye; hoy, de hecho, están destituidos. ¿Quién los restaurará? ¿Será un Czar? ¿Será Proudhon?

Un baluarte queda á la civilizacion, un defensor tiene la libertad humana, civilizacion y libertad amenazadas á la vez por todos los despotismos unidos: su defensor, su baluarte es el Pontificado. Todos los poderes regulares, es decir, todos los poderes protectores, se hallan conmovidos; solo el Pontificado tiene la seguridad de no perecer. Porque es puro, porque ha sabido llenar su mision, porque no ha faltado ni á Dios ni á los hombres, Dios no le abandonará; y los hombres, hartos de haber sufrido á tantos señores insensatos ó malvados, desengañados de haber defendido tantas causas triviales y absurdas, irán á postrarse á sus pies, pidiéndole les otorgue el consuelo de combatir por la justicia, y la satisfaccion de morir por la

verdad. Que formen un gran ejército ó que formen un corto rebaño, nada importa. Ejército ó rebaño, no estarán en él sino aquellos que han creido inquebrantablemente en la palabra de Jesucristo, aquellos que han amado invenciblemente su ley, aquellos que han obedecido fielmente á su Vicario, y que de este modo y siempre han vencido, para la salvacion del mundo, á la fuerza y al espíritu del mundo. Dios ha hecho este milagro, no ha cesado de hacerlo, lo seguirá haciendo siempre; y hé aquí cómo se continuará la historia de los actos de Dios por la mediacion de los Soberanos Pontífices, mediacion que constituye hace ya diez y ocho siglos, y que constituirá hasta el fin de los tiempos, el fondo mismo de la historia del género humano.

X.

Tales son nuestras ideas sobre el Pontificado; las de M. de Sacy son distintas, están espresadas con alguna oscuridad, y no nos parece que el concebirlas ha debido de costarle grandes ni largas cavilaciones.

M. de Sacy quiere que los Papas sean santos; pero santos que tengan una santidad á su gusto; es decir, una santidad que consista en no hacer nada. Un Papa santo al gusto de M. de Sacy no restableceria la gerarquía en los paises protestantes, ni se cuidaria para nada de la disciplina católica, ni sostendria á los Obispos desterrados por el capricho del poder secular, ni escomulgaria á nadie, ni pondria en el *Indice* ningun libro, sobre todo ningun libro francés. Estos actos, aunque religiosos, tienen un sabor de monarquía temporal y sus consecuencias son políticas. Por medio de esos actos un pueblo conserva ó vuelve á recobrar la fe, permanece

:

unido, ó vuelve á ser dócil á la voz del jefe de la Iglesia. Nada, nada, los Papas deben abstenerse de todo eso. Se podrá preguntar ¿qué queda por hacer á los Papas si tales cosas se les prohibe? Les quedan condiciones, dice M. de Sacy, para hacer en el mundo un papel muy brillante.—¿Qué papel?—El papel, añade M. de Sacy, de los San Leon y de los San Gregorio, Papas que no destituian á los Reyes, y que no por eso eran menos grandes.

M. de Sacy ha leido muy ligeramente la vida de esos Papas modelos, Papas que fueron muy grandes, que fueron muy santos, y que á nosotros nos satisfarian; pero á quienes M. de Sacy no puede conceder su estimacion.

Si San Leon no destituyó á los Reyes, hizo algunas otras cosas que á M. de Sacy deben de parecerle mucho peores, tales como destituir á gran número de doctores maniqueos, pelagianos y priscilianistas que no exigian otra cosa sino que les dejaran esplicar tranquilamente su doctrina. Aun hizo mas, les castigó, y hasta ¿por qué no hemos de decirlo? los destruyó. Se le ve ordenar su persecucion en Roma y en España; se le ve imponer á los fieles la obligacion de denunciarlos; se le ve presidir sus cau-

sas judiciales. Él mismo interroga á los sospechosos, se esfuerza en obtener de ellos una confesion ó una retractacion; perdona á los arrepentidos, condena á los demas, y los entrega al brazo secular. Decididamente San Leon no realiza el tipo del Papa santo tal cual comprende ese tipo y lo desea M. de Sacy.

Hay entre los Papas muchos Santos cuyo nombre es Gregorio. El primero de ellos, San Gregorio el Grande, brilla por la dulzura y por la suavidad entre todos esos padres del género humano que se han ido sucesivamente sucediendo en la cátedra de San Pedro. A pesar de su carácter, intervino mucho en los asuntos de su época, y de fijo hubiera merecido las censuras del *Diario de los Debates*. Fue un celoso guardian de los derechos de la Iglesia romana contra toda pretension eclesiástica ó secular. Trabajó singularmente contra los herejes de Africa y contra los cismáticos de la Iliria. Como lo ha hecho Pio IX, San Gregorio el Grande se permitió enviar algunos Obispos á los ingleses, y tambien á los bátavos, con la mision de combatir la religion que dominaba en esos paises. ¡Cuántas invasiones! San Gregorio hizo mas; reprendió al Emperador.

El Emperador Mauricio habia prohibido á los empleados del Estado que entraran en el sacerdocio y á los militares que abrazaran la vida monástica. El Papa reformó ese decreto advirtiendo á los superiores eclesiásticos recibieran, á pesar del decreto imperial, á todos los que se presentaran de la clase de los comprendidos en esos decretos. El decreto imperial no se llevó á ejecucion en lo que tenia de contrario á la libertad religiosa. Los Emperadores exigian tambien que el Papa y los Obispos nuevamente electos obtuvieran, es decir, compraran su consentimiento. Esta pretension llegó á ser mas tarde la cuestion de las investiduras; San Gregorio la rechazó. «Ese error *execrable*, esa simonía, dice, es la »que ha seducido al poder real, *si real puede »llamársele; porque no hay razon que permita »contar entre los Reyes al que destruye el impe»rio y no le gobierna*, y al que separa de la so»ciedad de Cristo á aquellos á quienes puede »esclavizar en su propia perversidad... *Cegado »por su ambicion el Emperador,* pasa de los límites que han fijado nuestros padres; su *estrava»gante vanidad* pretende someter á la cabeza de »todas las iglesias, á la Iglesia romana, usurpan»do un poder terrestre sobre la señora de las

»naciones: *ut caput omnium ecclesiarum, Roma-*
»*nam Ecclesiam, sibi vindicet, et in domina gen-*
»*tium terrenæ jus potestatis usurpet.*» ¡Qué lenguaje! Separemos, separemos pronto á San Gregorio el Grande del número de los Papas, á quienes puede tolerar M. de Sacy.

Cien años despues, otro Gregorio, San Gregorio II, luchaba abiertamente contra el Emperador Leon Isauro y escomulgaba á ese protector de los iconoclastas, despojándole del derecho de percibir los tributos de Italia. Pero puede ser que M. de Sacy encuentre en estos abusos circunstancias atenuantes; porque al fin Leon Isauro no dejaba de tener defectos. En una ocasion hizo quemar una biblioteca que contenia treinta mil volúmenes, y no perdonó tampoco del fuego á los bibliotecarios que eran muchos. Aparte de esto, Leon Isauro era un gran emancipador de coronas y uno de los príncipes que mas han trabajado por sacudir el yugo pontificio. Ciertamente sino hubiera quemado á tantos bibliotecarios, ó si solo lo hubiera hecho por inadvertencia, M. de Sacy estaria en la obligacion de hacerle las mismas caricias que á Luis de Baviera y que á Felipe el Bello; pero de todos modos, habiendo San Gregorio II escomulgado

á una testa coronada, ya es un Papa que no puede incluirse entre los modelos que debe de seguir el Pontificado.

Pasemos á San Gregorio III. Este Papa, despues de haber tratado inútilmente de convertir, de atraer al buen camino á los iconoclastas griegos, los escomulgó solemnemente en un concilio, y en seguida envió las llaves de la confesion de San Pedro á Cárlos Martel, como un signo de la soberanía (*ad regnum*) sobre Roma y sobre la Italia, sustraidas por ese acto á la dominacion de Byzancio. En otros términos, San Gregorio III destituyó al Emperador de Oriente de sus dominios de Italia.

¿Cuál de esos tres Gregorios, todos tres Santos, es el Papa de M. de Sacy? Hay en verdad un cuarto Gregorio, San Gregorio VII; pero M. de Sacy le ha borrado en muchas ocasiones de su catálogo de modelos, á pesar de que ni ha hecho mas que los otros, ni los otros hubieran hecho menos que él, de haberse encontrado en la misma situacion y en frente de los mismos adversarios. Es evidente que la santidad de los Gregorios y de los Leon, no es la santidad que M. de Sacy canoniza. Esos santos Papas son demasiado grandes hombres; se han ocupado mu-

cho de la política; M. de Sacy sueña con Papas que reciban sus inspiraciones de otras fuentes. Un Papa abstraido y retirado, que se esté siempre con las manos juntas, los oidos tapados, y sobre todo, con la boca bien cerrada, inmóvil y mudo sobre el borde de la sepultura, en la que cayera todos los dias algun pedazo de la Iglesia mutilada; hé aquí el ideal de su Papa. ¡Cuán dulce seria obedecer á un Papa que no mandara nada, que no prohibiera nada, que dejase santamente que el Pontificado muriera de consuncion! Por desgracia, solo un Papa se ha aproximado á esta perfeccion; ese Papa fue el bueno y santo ermitaño Pedro de Murena, y hasta ese incurrió en la falta de abdicar. ¡Pero qué importa; hé aquí el Papa de las gentes ilustradas; el único que á M. de Sacy y al *Diario de los Debates* agrada; el único ante el cual la razon superior del siglo XVIII abjura las antiguas quejas del género humano contra el Pontificado!

XI.

Permítanos M. de Sacy decírselo una vez mas al terminar esta obra, emprendida con un verdadero deseo de hacerle un favor: le gusta hablar de la Iglesia y de los Papas; pero esas son cuestiones en verdad que necesita todavía estudiar mucho mas que lo que hasta ahora las ha estudiado.

La Iglesia y el Pontificado son de institucion divina, y como tales han sido, son, serán, lo que Dios ha querido que fuesen: dignas de veneracion, dignas de admiracion, dignas de amor. Basta reflexionar un poco para convencerse de ello, y para convencerse tambien de que no hay pretension mas vana y que conduzca mas directamente al absurdo que la de querer, sea destruir, sea simplemente reformar, esas divinas creaciones. Pero es preciso hacer ese estudio con un espíritu de respeto, de obe-

diencia, de humildad, firmemente persuadidos de que, sino se prepara la inteligencia y el corazon de ese modo, hemos de ser engañados por necesidad, cayendo en un estado peor que el de la ignorancia; cayendo en el error. En vez de elevarnos hasta las majestuosas y bellas contemplaciones de la historia, caemos en el laberinto de los sistemas, llegamos á la infecta region de los libelos, en la que, recogiendo sofismas sobre sofismas, tratamos á nuestra vez de construir sistemas pueriles, cuentos miserables, con los que queremos entretener al público mas vulgar. No puede haber profesion mas desgraciada; y no hay de seguro ninguna que sea mas inútil. El tiempo en que esas cosas estaban en moda ha pasado, y nadie tiene hoy bastante gracia para divertir sobre este punto á las personas ilustradas. Voltaire hace un siglo entregaba la Iglesia á la canalla mas vil; hoy Voltaire es el lote de esa vil canalla.

Diez y ocho siglos hace que los documentos históricos se han llenado de oscuridades; y sobre ser oscuros abundan en ellos los vacíos. Muchos de los cronistas que en esos siglos ha visto el mundo no han sido como los que hoy estamos viendo, sino difamadores pagados, ó ne-

cios sin ningun conocimiento ó con conocimientos inexactos: millares de sectarios han añadido sus falsas interpretaciones á los falsos testimonios de los cronistas. En fin, acaso tambien algunos Papas hayan faltado á su mision en su conducta política ó privada. En todo eso no puede haber ni hay motivo para reirse y para sutilizar; porque en nada de eso se encuentra la historia. A todas las conclusiones que se quiere sacar de estos hechos aislados, ó falseados ó corrompidos, la verdadera historia responde por veinte denegaciones victoriosas. Y aun diremos mas; aun diremos que en el caso de que la historia las apoyara en vez de desmentirlas, la razon debería de creer en la falibilidad de la historia protestando contra ella, antes que poner en duda la palabra de Jesucristo, que tan claramente fundó el principado de San Pedro y que tan claramente prometió estar con él hasta la consumacion de los siglos. Ante las oscuridades de la historia digámonos prudentemente que sabemos las cosas mal, que un dia las sabremos mejor, que un dia algun testigo irrecusable vendrá á justificar á la Iglesia y á atestiguar que Dios ha cumplido su juramento.

Al pedirla esto, no se exige de la razon huma-

na un gran esfuerzo. ¡Cuántas falsedades sólidamente establecidas no hemos visto estos últimos cincuenta años, estos últimos veinte años, venir á tierra presentándose de pronto á combatirlas testigos tan irrecusables como inesperados! Para asegurar por otra parte que la palabra de Dios subsiste, no hay mas que dirigir una mirada sobre el mundo: el sucesor de San Pedro se halla sobre la Silla de Pedro, conduce á los corderos, conduce á las ovejas, y no hay rebaño en el mundo que tenga mas pastores que los que Él les ha mandado. Las puertas del infierno están abiertas como lo han estado siempre; pero no han prevalecido. ¿Existe, por ventura, un pueblo de los que en otros tiempos se haya arrancado por fuerza la fe de Pedro, en que esa fe no haya vuelto á penetrar? ¿Dónde está el debilitamiento? ¿Dónde está la decadencia? Y sin embargo se han visto épocas, las últimas no están muy distantes de nosotros, en las que el mundo entero ha abandonado á la Reina y á la madre de las Iglesias; pero Jesucristo no la ha abandonado, y vedla ahí radiante como siempre. Si está hoy con ella, ¿por qué no ha de haber estado ayer? Si un solo dia la ha abandonado, ¿cómo ha podido llegar al dia siguiente?

Dudemos de nosotros mismos y no dudemos de Dios; pues solo así cuanto vemos en el mundo aparece claro.

CLEMENTE XIII Y CLEMENTE XIV.

Cien años hace que bajo Clemente XIII empezó la tragedia concluida bajo Clemente XIV con la abolicion de la Compañía de Jesus. Un siglo lleno de acontecimientos terribles ha trascurrido desde entonces, sin que por eso se haya olvidado esa catástrofe. Las pasiones que la produjeron la aplauden todavía, acusando á la inocencia que hizo de víctima en ella; y va en ocasiones tan lejos la violencia del ataque, que hasta la defensa corre á veces el peligro de perder aquella mesura y gravedad propias de la tranquila fuerza del derecho, y que la pasion y la venganza no conocen.

Dos Papas intervinieron en esa cuestion, dominándola desde la altura en que la tiara se encuentra colocada. Esos dos Papas no observaron la misma conducta. Clemente XIII de-

fendió á los Jesuitas como á buenos y fervorosos sacerdotes; Clemente XIV no les condenó, pero los sacrificó como á súbditos turbulentos, aborrecidos del mundo, y cuya existencia era un obstáculo perpetuo para la paz de la Iglesia y del mundo. ¿Cuál de esos Papas hizo lo que debia hacer? Hé aquí el problema de cuya solucion se trata. Para resolverle en toda justicia y con todo respeto, basta con buscar los hechos en su orígen; con estudiar en sus modificaciones sucesivas la situacion que crearon; con reconocer, como es justo, la presion cruel que ejerce siempre la necesidad. Procediendo de este modo, se esplica el contraste que ofrece la gloriosa resistencia de Clemente XIII y la política de su dulce y desgraciado sucesor. Clemente XIII es el héroe muerto sobre la brecha: Clemente XIV es el vencido que, cercado por todas partes, abandonado de todo el mundo, sin ninguna esperanza de socorro, firma llorando la capitulacion.

Pero la pasion no admite razonamiento ninguno que sea equitativo, y uno ú otro, Clemente XIII ó Clemente XIV sufren sus ataques. Si el que habla es un enemigo de los Jesuitas, el Papa que les defendió aparece como un anciano

tenaz, muy virtuoso, esto no puede negarse, pero sin prudencia; que no hizo sino irritar á sus adversarios por un intempestivo alarde de valor, comprometiendo á la Iglesia por una adhesion casi pueril á derechos ya caducos. Los Jesuitas eran, á su juicio, intrigantes, especuladores, poco menos que rebeldes, dignos de la muerte, y Clemente XIII por no haber sabido abandonarles oportunamente, estuvo á punto de perderlo todo. Por el contrario, Clemente XIV, tan valeroso y mas prudente, al herir á los Jesuitas lo salvó todo, y él es el gran Papa. Así hablan los enemigos de los Jesuitas, que, como es sabido, se hallan en todas partes. A su vez algunos de sus amigos creen de su deber no guardar consideracion al Papa que los condenó: y segun lo que dicen, en la conducta de Clemente XIV hubo bastante cobardía, y aun algo de criminalidad; pues olvidando que ese Papa bajo la presion mas cruel, resistió durante cuatro años, y, por decirlo así, hasta su muerte, no se detienen en arrojar sobre su conducta una sospecha de simonía.

Los Jesuitas no aceptan la responsabilidad de los estravíos de un celo que á tal punto llega. El P. Ravignan ha querido poner muy en claro las

intenciones de los dos Papas, que, constantemente animados del mismo deseo, se vieron obligados á seguir distinta conducta, el uno confiando en la fuerza del derecho, el otro en la habilidad de las negociaciones: el uno mas grande, el otro mas digno de lástima: el uno cumpliendo con heroismo todo su deber, el otro comprometido en un paso formidable, cediendo al fin, pero sin escederse de sus derechos y sin comprometer el porvenir.

No es difícil, guiado por la obra del P. Ravignan, encontrar la decision de la justicia sobre esta cuestion con tanta frecuencia subvertida y enconada.

I.

La destruccion de los Jesuitas fue el primer acto en que se manifestó ostensiblemente la conjuracion formada en el siglo XVIII contra el cristianismo y el órden social. Muchas gentes entraron en ella sin creer que iria tan lejos. El odio y los proyectos de los jansenistas diferian del odio y de los proyectos de los filósofos; los gobiernos se proponian otra cosa que los Parlamentos; pero todos estaban de acuerdo para rebajar á la Iglesia, unos con el designio de despojarla y esclavizarla, otros con la idea secreta de destruirla para siempre.

Los Jesuitas formaban el cuerpo religioso mas activo, mas influyente, mas considerado; ascendian en número á veinte y dos mil, pertenecientes á las familias mas ilustres y mas respetables de Europa; ocupaban las cátedras, los confesonarios, las misiones; en todas las cien-

cias brillaba un Jesuita entre los hombres que mas las ilustraban. En medio de la relajacion general de las costumbres, relajacion ya entonces calificada de *progreso*, los Jesuitas habian conservado inquebrantablemente la ortodoxia, é irreprochables en cuanto á las costumbres, sometidos á las decisiones de la Iglesia, combatian sin descanso para hacerla respetar, rechazando todo lo que se separaba de ella, fueran las teorías filosóficas, fueran las ideas jansenistas, fueran, por último, los principios protestantes. Esas falsas doctrinas, hostiles entre sí, pero que encontraban en los Jesuitas un adversario comun, se volvieron unidas contra ellos. La misma coalicion hemos visto en tiempo de Luis Felipe: lo socialistas, los republicanos, los conservadores, enemigos jurados entre sí, se unian contra los Jesuitas, palabra que para ellos significaba otras muchas cosas. El *Nacional* les decia: *Lo único que se os debe es el destierro*: y el *Diario de los Debates*: *¿Qué nos importan vuestras virtudes si nos traeis la peste*? Por peste entendian la educacion cristiana de la juventud.

Voltaire, en el último siglo, creia que era de urgente necesidad curar á la Europa de esta

peste, y cada uno en su medida, jansenistas y parlamentarios, pensaban lo mismo. En casi todos los tronos católicos habia por entonces Reyes ineptos ó licenciosos, que dejaban el cuidado de los negocios á ministros malvados ó incrédulos. Se declaró, pues, la guerra á los Jesuitas, guerra sin justicia, y por consecuencia sin piedad; guerra cuyos escesos tuvieron por cómplices en la Europa entera á casi todos los depositarios del poder, y á todos los señores de la opinion.

Pombal empezó la persecucion, y las atrocidades que cometió, y que Voltaire, riéndose, encontraba demasiado terribles, lejos de sublevar las conciencias, escitaron en ellas una infame emulacion. Aun en nuestros dias, ese Pombal, ese hipócrita insolente y sanguinario, ha encontrado quien le escusara y hasta quien le manifestara admiracion. Un historiador de sus maldades ha alabado su gran carácter. Pombal recurrió á las mentiras, á los tormentos, á las hogueras, para arrojar á los Jesuitas de Portugal y de sus colonias. Mil ochocientos de entre ellos fueron encarcelados, desterrados, muertos, pero nunca juzgados; porque si Pombal habia encontrado verdugos, no se atrevió, á pesar

del terror que inspiraban, á buscar jueces. De ciento veinte y cinco Jesuitas encerrados en los terribles calabozos del Tajo por Pombal, no quedaban cuarenta á la caida de este; é interrogados sobre el crímen que se les habia imputado, no pudieron responder mas sino que setenta de sus compañeros encerrados al mismo tiempo que ellos, y sin duda por las mismas razones, se habian visto libres por la muerte.

En Francia los mismos jueces cometieron la iniquidad. Los Parlamentos informaron de oficio contra la Compañía de Jesus; Choiseul les ayudó y les alentó; Mad. de Pompadour intervino en su favor. Luis XV, aunque con algun disgusto, y despues de haber tratado de resistir inútilmente á la voluntad de su ministro y de su querida, les dejó hacer lo que quisieron. El P. Ravignan trata de escusar á Luis XV. «Luis XV, dice, en medio de sus orgías, conservaba algunos instintos de honor y de fe, y personalmente no sentia ningun odio contra los Jesuitas.» A nuestros ojos es el colmo de la ignominia ver la injusticia, poder impedirla y dejar que se cometa. Para nosotros, entre todos los perseguidores de los Jesuitas inocentes, el mas culpable es incomparablemente ese Rey de

Francia que no los aborrecia, y que no habia perdido por completo el sentimiento de los reales deberes que gravitaban sobre él. Pombal era feroz; Choiseul era frívolo; Cárlos III estaba obcecado, y los demas eran un hato de ambiciosos corrompidos y de sectarios serviles, ademas de que todos iban á ganar en la empresa satisfaciendo su pasion y contentando sus deseos: solo Luis XV, viendo y desaprobando la iniquidad, llegó á ser cómplice en ella por libertarse únicamente del fastidio que le hubiera causado el tener una voluntad honrada y decidida.

Pombal daba cierto viso de justicia á sus persecuciones: acusaba á los Jesuitas de haberse separado de las leyes de su santo instituto. Los Parlamentos franceses, no encontrando nada que echar en cara á los Jesuitas personalmente, imaginaron juzgar y condenar al instituto mismo; lo que era añadir á la injusticia un ultraje intolerable para la Iglesia. Los incrédulos se reian de estas contradicciones tan degradantes para los tribunales como para los gobiernos. «Un cambio podia arreglarlo, decia Voltaire; »que se envie á los Jesuitas de Francia á Portu»gal para observar su instituto, y á los de Por»tugal á Francia para no observarlo.»

Por último, á fuerza de connivencia entre los Parlamentos, muchos de los cuales se declararon contra los Jesuitas, segun dice De Brosses, presidente del de Dijon, «por no provocar conflictos,» y á fuerza de edictos obtenidos del Rey, no solamente se disolvió la Compañía, sino que se desterró de Francia á los religiosos. Segun los términos del edicto de 1764, debian abjurar el instituto, ratificar por juramento las odiosas calificaciones con que los anteriores edictos les habian marcado; y en caso de negativa, se les privaba de la pension de *cuatrocientos* francos concedida á su perjurio. Todos la rehusaron, aplicándoseles las prescripciones del edicto. «Debo salir del reino, escribia uno de ellos. He »pasado treinta y cinco años formando ciuda»danos, y yo ceso de serlo; siéndome preciso á »los setenta de mi edad buscar un lugar de »asilo, y concluir en un pais estraño una vida, »de la que he consagrado al servicio de la patria »cuarenta y dos años.»

Al trasmitir el ministro al embajador del Rey Cristianísimo en Roma el edicto que sancionaba tamañas atrocidades, le decia que «por mas de »que el Rey estuviera persuadido de que la con»servacion de la religion en Francia no dependia

»de la Compañía de Jesus, sin embargo, *conside-*
»*raba su asociacion útil al Estado y á la Iglesia,*
»*sea para la edificacion, sea para la enseñanza*;
»pero que *razones superiores*, fundadas en la
»tranquilidad pública, habian comprometido al
»Rey á esplicar sus intenciones como trata de
»hacerlo.» Esas *razones superiores*, por cuya virtud millares de buenos y pacíficos ciudadanos se vieron condenados á la miseria en el destierro, estaban reducidas á la voluntad de Choisseul, ratificada por la de la Pompadour. La tranquilidad pública no exigia tal medida, y hasta el mismo partido de los filósofos lo atestigua por la pluma de Duclos.

«Si las operaciones del Parlamento de Paris,
»decia Duclos, no hubieran sido confirmadas
»por un edicto arrancado casi por fuerza al
»Rey, dudo mucho que los demas Parlamentos,
»escepto el de Ruan, hubieran seguido su
»ejemplo. No temo asegurar, y he visto las co-
»sas muy de cerca, que los Jesuitas tenian y
»tienen aun mas partidarios que enemigos. La
»Chalotais y Monclar han dado únicamente im-
»pulso á sus Compañías, y en las otras ha sido
»necesario echar mano de otros muchos resor-
»tes. Hablando en términos generales, las pro-

»vincias echan muy de menos á los Jesuitas, y »volveria á vérseles en ellas con gran satisfac»cion.»

Los Borbones de Italia tenian ministros imbuidos en esa impiedad italiana, sin rival en cuanto á malignidad. El ejemplo de la Francia les iba seduciendo, y una persecucion mas brutal todavía que la de la Francia, les permitió atreverse á todo.

D. Cárlos de Borbon, Rey de España, era, dice el P. Ravignan, «un príncipe sinceramente »cristiano, virtuoso y celoso del bien; pero á »quien la misma naturaleza de su carácter no »ponia en guardia contra influencias engaña»doras.» ¡Dios preserve á los pueblos de esos buenos Reyes que confian en ministros perversos! El ministro principal de Cárlos III era el conde de Aranda, á quien los filósofos de la época consideraban como al único hombre del que por entonces pudiera enorgullecerse la España. «Él es, escribian en alabanza suya, quien »ha querido hacer grabar en el frontispicio de »todos los templos una lápida que contuviera los »nombres de Lutero, Calvino, Mahoma, Gui»llermo Penn y Jesucristo.» Sea dirigido por los consejos de ese ministro *tolerante*, sea por-

que lo hubiese resuelto por sí mismo, es lo cierto que Cárlos III estaba decidido á deshacerse de los Jesuitas.

El 2 de abril de 1767, el mismo dia, á la misma hora, al Norte y al Mediodía, en Africa, Asia y América, los gobernadores generales de las provincias y los alcaldes de los pueblos abrieron unos despachos cerrados con el mismo triple sello. El contesto de esos despachos era el mismo: se ordenaba á los gobernadores y alcaldes, bajo las penas mas severas, se dice que hasta bajo la de muerte, trasladarse á mano armada á las casas de los Jesuitas, cercarlas, arrojarlos á ellos de los conventos trasportándolos en calidad de presos á tal ó cual puerto ya de antemano designado. Los cautivos debian ser embarcados en el momento, dejando sus papeles bajo sello y sin que llevaran consigo mas que el breviario y las ropas. Esta órden se ejecutó en todas partes al pie de la letra. «El ar»resto y embarque se hicieron con una precipi»tacion *necesaria acaso*, pero bárbara. Diez mil »sacerdotes próximamente, de todas edades, »hombres de ilustre nacimiento, doctos perso»najes, ancianos achacosos, privados de los ob»jetos mas indispensables, fueron conducidos á

»la bodega de un buque, que se dió á la vela »sin objeto determinado ni direccion precisa.» (Saint-Priest, *Hist. de la caida de los Jesuitas.*)

Este acto salvaje llenó de estupor al mundo entero con tanta mas razon, cuanto sus motivos permanecieron ignorados, habiendo el Rey *juzgado oportuno reservarlos en el fondo de su real corazon*. Los filósofos, aunque agradablemente sorprendidos al ver que la monarquía cargaba con tamaños crímenes, temieron que tal abuso de poder escediera su objeto. Voltaire escribia á D'Alembert: «¿Qué me decís del Rey de Es»paña que arroja tan bruscamente á los Jesui»tas? Aunque, como yo, estareis persuadido de »que para ello ha tenido escelentes razones, ¿no »pensais que hubiera hecho bien en decirlo y »no reservarlas en su *real corazon*? ¿No creeis »que se debia permitir á los Jesuitas justificar»se, sobre todo sabiendo que no pueden justi»ficarse? Por último, ¿no os parece que se po»dia hacer con mas razon una cosa tan razo»nable?»

La razon que Voltaire hubiera querido conocer, otros muchos la han buscado inútilmente: el Rey de España la llevó al tribunal de Dios. Se hacen hipótesis mas ó menos ingeniosas.

Cárlos III, se dice, se habia dejado persuadir por una infamia de sus ministros, de que los Jesuitas se proponian atacar la legitimidad de su nacimiento y el honor de su madre, princesa que siempre les habia protegido. M. de Ravignan acoge esta especie.

Pero Voltaire habia hecho demasiado honor á la humanidad de los jansenistas, de los librepensadores y de los parlamentarios de Portugal, de Francia y de España. La persecucion española no produjo en ellos ninguna reaccion de humanidad ni de justicia. Por un nuevo edicto, el Parlamento de Paris ordenó que los Jesuitas que no hubieran prestado los juramentos exigidos, salieran del reino en el término de quince dias. Se les llamaba en él los *ci-devant*, los *soi-disant* Jesuitas; algunos años despues se ha dicho los *ci-devant*, los *soi-disant* nobles. En ese edicto se suplicaba al Rey lo hiciera general para todo el reino, alejando á todos los Jesuitas de su persona y de su familia. La corte obedeció, llevándose el edicto á ejecucion. Los Papas han ordenado con frecuencia á los Reyes despidieran á sus concubinas; las Asambleas nunca les han hecho despedir sino á confesores y á religiosos.

En Portugal, Pombal, no teniendo ninguna

otra cosa que hacer, se atrevió á reclamar del Papa la estincion total de la Compañía de Jesus.

Los italianos á su vez se abandonaron á sus deseos. Los Jesuitas fueron arrojados de Nápoles, de Malta, de Parma, y echados en las fronteras de los Estados-Pontificios sin víveres y casi sin ropa. El embajador francés en Roma habia aconsejado se empleara esa táctica para obligar al Papa á suprimirlos ya que no podia mantenerlos.

Al fin del año 1768, la destruccion de la Compañía se habia realizado en todos los Estados de la casa de Borbon, á pesar de los deseos de los fieles, á pesar de las advertencias de los Obispos, á pesar de las protestas del Papa. Esa destruccion se llevó á cabo sin apariencia siquiera de justicia, y hasta, salvo en Francia, sin sombra de juicio; pero en todas partes con la misma barbarie, con la misma iniquidad. En todas partes tambien la espoliacion coronó la obra de la persecucion, y los gobiernos, dignos precursores del Comité revolucionario de *Salvacion Pública*, se apoderaron de los bienes de las víctimas. Pero las pasiones no estaban satisfechas aun, y por medio de una violencia inaudita ejercida sobre la Santa Sede, iban á exigir que ese institu-

to religioso, en el que no se podia encontrar un crímen, fuera borrado del libro de la Iglesia por la mano del Vicario de Jesucristo. Quiso esto, lo obtuvo, y esta fue la última victoria de la raza de San Luis.

Solo faltaban veinte años para el primero de la revolucion, para 1789.

Apartemos nuestras miradas del espectáculo de los verdugos; levantémoslas hasta las víctimas. No hablo aquí de la Compañía de Jesus; habia una víctima aun mas augusta, mas santa, mas desolada; habia un hombre cuyo corazon se hallaba atravesado mas profundamente por estas flechas salvajes y que bebia mas amargamente el cáliz sin cesar lleno que le presentaban unos despues de otros todos esos malvados. Ese hombre era el Sumo Pontífice. Tenia de Dios la mision de guardar la justicia y de defender á los oprimidos, y su alma se hallaba á la altura de su mision. Padre de la familia cristiana, á toda ella amaba entrañablemente. El celo por la justicia no le impedia sentir aun mas angustias por los que hacian el mal que por los que sufrian sus consecuencias; porque si estos últimos iban al martirio, los primeros iban al castigo. Que el Sumo Pontífice combata bajo el nombre

de Clemente XIII, ó ceda bajo el de Clemente XIV, él es siempre la gran víctima, la víctima que el arte deberá necesariamente velar, porque no hay espresion digna de su dolor incomparable.

II.

Clemente XIII, célebre por su ciencia y su virtud fue electo el 6 de julio de 1758; era Cardenal desde 1737, y Obispo de Padua desde 1743. La eleccion del Sagrado Colegio recayó en él despues que la Francia hubo hecho escluir con estrépito al Cardenal Cavalchini, como sospechoso de ser demasiado favorable á los Jesuitas y de haber votado por la canonizacion de Belarmino.

La Compañía de Jesus habia ya sido herida en Portugal, y el nuevo Pontífice conocia la disposicion de ánimos que dominaba en las cortes de Europa. Sin embargo, la lucha parecia todavía posible; debia por lo tanto ser emprendida. Clemente XIII la empezó en el momento con valor, pero no con impetuosidad, ni tampoco, como se ha dicho, sobre el solo asunto de los Jesuitas. Su accion fue mesurada y pacien-

te, y aunque se le habia hecho saber cuál era el estado de cosas de Portugal, guardaba silencio estudiando ante Dios el modo de hacer llegar la razon á un enemigo apasionado. Pombal le provocó pidiéndole que ratificara sus tiránicos escesos. La paciencia de Clemente no se desmintió á pesar de esto, contestando que el Rey de Portugal debia dar jueces á aquellos á quienes acusaba. Pombal no podia ni queria que hubiera jueces; queria deshonrar á la Santa Sede, obligándola á que consagrara una injusticia; y dijo, por lo tanto, que las pretensiones de la corte romana eran injuriosas para el Rey de Portugal.

Entre tanto, la verdad aparecia radiante por todas partes. Si el Papa hubiéra podido dudar de que los Jesuitas eran irreprensibles, las cartas que le escribian los Obispos de la Península y de todas partes del mundo le hubieran convencido de ello. Se le encontraba demasiado calmoso, demasiado prudente; y muchos Obispos le advirtieron vivamente que se trataba de la causa de la Religion; que los enemigos de la Compañía de Jesus eran tambien en mayor escala enemigos de la Iglesia. Estos gritos de alarma parecian inspirados por el temor de que

faltara al Pontífice la firmeza. Un breve dirigido al Obispo de Constanza respondió á esas advertencias.

«Con el amparo de Dios, decia el Papa, ninguna solicitacion, ni súplica, sea pública, sea privada, nos hará faltar á los deberes de nuestro ministerio en las comunes necesidades de la Iglesia, ó en las aflicciones particulares de nuestros queridos hijos los miembros de la Compañía de Jesus. Nos ponemos nuestra confianza en Aquel que manda á la mar y á sus tempestades.»

Esta declaracion motivada por las reclamaciones del episcopado, fue el programa del Pontificado de Clemente XIII. Añadamos que habia llegado ya á ser necesaria. Los perseguidores esplicaban altamente el silencio del Jefe de la Iglesia, tomándolo por una aprobacion tácita de sus obras y de sus designios. ¡Táctica bien conocida y con frecuencia empleada! Poco despues dijeron que el Papa desafiaba al espíritu del siglo, á la opinion de los pueblos y al poder real.

El Papa, sin embargo, nada habia hecho aun respecto á Portugal, longanimidad que irritaba á su ministro, quien queria romper con la Santa

Sede; pero que por no chocar con violencia con los sentimientos del pueblo, aun entonces profundamente católico, queria que el rompimiento pareciera salir de Roma mismo. Pronto creó brutalmente el pretesto que le faltaba, y bajo el pretesto de que el Nuncio habia incurrido en una omision de etiqueta respecto del Rey, lo hizo coger y arrojar fuera del reino.

Aun á esta injuria terrible y á otras muchas que la siguieron, resistió la paciencia de Clemente XIII. Los proyectos de Pombal no se ocultaban ya á nadie; marchaba derecho al cisma. Llenó de protestantes la Universidad de Coimbra; dejaba introducir y traducir los escritos mas incendiarios de los filósofos franceses, y encarcelaba á un Santo Obispo que habia prohibido el poema obsceno de Voltaire. Tenia, en fin, indudablemente, el designio de corromper y de pervertir á la nacion. Clemente XIII, por su parte, queria salvar á ese pobre pueblo, y sus esfuerzos por conseguirlo fueron constantes. Escribia al Rey las cartas mas conmovedoras: «Animado de un pensamiento que creemos ve»nir de arriba, decia, Nos nos hemos decidido »á hacer, por decirlo así, una irrupcion en vues»tra alma de hijo por la violencia de nuestro

»amor paternal, á fin de volver á traer, por la »bendicion de Dios, á Vuestra Real Majestad á »las buenas relaciones antiguas.» Pero el libertinaje habia embrutecido á ese príncipe. Clemente XIII no se desdeñaba ni aun de escribir al mismo Pombal, citándole estas palabras de la Escritura: *Ten piedad, hijo mio, de la ancianidad de tu padre, y no le aflijas en los últimos dias de su vida.* Pombal obligó al Rey á responder insípidas injurias haciéndole firmar la frase de que las cartas del Papa «salían de una »oficina de obrepcion y de subrepcion.» La correspondencia de los Reyes de esta época con el Soberano Pontífice, es notable por un sello de orgullo tan necio como grosero; la de los ministros entre sí es innoble, y creeríase al leerla que se trataba de malhechores que aplaudian el éxito de sus complots en un lenguaje digno de sus sentimientos. Nada puede compararse con la brutalidad de Pombal, que devolvió un dia al Papa una de sus cartas, haciéndole escribir por el Rey que no era posible procediese de un Pontífice tan santo y tan venerado. Indudablemente habia algo del maton de taberna en ese tirano, que por otra parte es ciertamente el cortesano que mas se ha parecido á los

descamisados de la Revolucion. Durante diez años estuvo desgarrando con sus uñas venenosas el corazon del Soberano Pontífice, é insultando á esa majestad paternal; y así es cómo prolongó el rompimiento, á pesar de las quejas del pueblo, primero tímidas, despues públicas y generales, dice Saint-Priest, uno de los admiradores del ministro. Por fin, hasta el mismo Rey espresó su descontento, cediendo Pombal aunque de mala gana.

Las relaciones con Roma se restablecieron bajo Clemente XIV; pero el mal estaba hecho, y era irreparable. La fecha de este rompimiento es tambien la de la rápida decadencia de Portugal. Los admiradores de Pombal no quieren considerar los resultados históricos de lo que admiran. En 1750 Portugal era un Estado floreciente, considerado en Europa, poderoso en las Indias: hoy se sabe lo que ha llegado á ser en las Indias y en Europa. Ya no tiene misioneros, ni navegantes, ni ciudadanos; pero tiene en cambio periodistas, oradores de tribuna, soldados de partido, en tanto que sufre indeciblemente con la llaga de las revoluciones mas incurables allí que en ninguna otra parte. Pombal perdió á ese pueblo corrompiendo su savia

católica. Clemente XIII le hubiera salvado.

En el mismo momento en que el Papa veia al Portugal salir del rango de las naciones católicas, la Francia vino á aumentar su angustia. Se le pidió por de pronto que modificara, ó mas bien, que destruyera la Compañía, nombrando un Vicario del General para la Francia. La debilidad de carácter de Luis XV habia sugerido este espediente; la firmeza de Clemente XIII le rechazó, y se cree que entonces fue cuando pronunció una palabra valerosa, imputada con frecuencia como una esclamacion de orgullo al General de la Compañía: *Sint ut sunt, aut non, sint*: que sigan siendo lo que son, ó que desaparezcan. Esta era tambien la opinion de todos los Obispos del mundo, y particularmente la de los de Francia; porque Clemente XIII, aunque sin esperimentar la menor duda sobre la plenitud de su autoridad, acogió los consejos del episcopado, escitándole continuamente á que se los presentara. El Papa, pues, representó oficialmente al Rey que la consecuencia de la mutacion propuesta seria la inevitable disolucion de un cuerpo tan útil á la religion, principalmente á causa de su completa dependencia del Jefe de la Iglesia; dependencia, añadia, que nunca, ni

en ningun reino, ha turbado la tranquilidad, y que solo es temible para los malos.

Clemente XIII se aprovechaba de todas las circunstancias para repetir sus consejos y sus exhortaciones, escitando á los Obispos á que se dirigieran al Rey, suplicando al Rey que escuchara á los Obispos, que favoreciera la causa de los inocentes, que era, mas aun que la causa de estos, la causa de la religion y de la sociedad. Su fe le inspiraba amenazas proféticas. «Temed, »decia, que el mismo Jesucristo no vengue á su »Iglesia ultrajada: *no existe ningun peligro que »no se deba temer en el mundo.*» Pero, ¿podia acaso alguna palabra en el mundo despertar la conciencia de Luis XV?

Ante ese Rey que abandonaba sus deberes, el Papa no quiso olvidar los suyos. Entre todos los soberanos convertidos unos en perseguidores, otros dispuestos á serlo, los demas indiferentes, el Papa resolvió sostener los derechos de la Iglesia, y ya que no pudiese salvar la vida ó la libertad de los justos oprimidos, salvar al menos su honor. Consuela el alma ver en medio de una guerra tan desgarradora la perseverante magnanimidad de ese santo anciano. Atacado por todas partes á la vez, invencible por la pa-

ciencia, por la mansedumbre, por el valor, hace frente á todos los peligros; su voz se levanta para animar, para orar, para reprender, para castigar; tierno y casi agradecido para aquellos que cumplen con sus deberes, dulce para los que pecan por debilidad, terrible para los que pecan por maldad de corazon.

Los jansenistas habian forjado el célebre libelo titulado *Estracto de las aserciones*, en el que se acusa á los Jesuitas de haber enseñado y cometido todos los crímenes; y por edicto del Parlamento se habia enviado este libro infame á todos los Obispos. Clemente XIII lo condenó, condenando tambien una instruccion pastoral de Fitz-James, Obispo de Soissons, que se habia atrevido á recomendar su lectura; y contentándose con amonestar secretamente á otros dos Obispos, los únicos con Fitz-James que al parecer se hubieran colocado de parte de los Parlamentos. La misma dulzura empleó con respecto al Provincial de los Jesuitas de Paris, que sin consultar al General y sin consultarse á sí mismo, firmó, con la vana esperanza de amortiguar la persecucion, el compromiso de enseñar los cuatro artículos de 1682, debilidad por lo demas gloriosamente rescatada poco tiempo despues.

No llegaron á cinco de cuatro mil que eran los Jesuitas los que consintieron en prestar el juramento que se exigió de ellos para permitirles permanecer, no en sus casas, sino en su patria.

Cuando por último los Parlamentos consumaron la iniquidad, condenando á la Compañía de Jesus como á un instituto *irreligioso é impío*, el Papa, prescindiendo ya de toda consideracion humana, condenó á su vez esa sentencia injustísima. En presencia del Sagrado Colegio, declaró *vanos, sin fuerza y sin ningun efecto*, los edictos por medio de los que los magistrados seculares intervenian en el gobierno de las almas reprobando lo que la Iglesia habia aprobado. Para que no se ignorase su decision, la dió á conocer á los Cardenales franceses. «Despues de »haber esperado largo tiempo, les dijo, con do»lor, con humildad y con paciencia, y recurrien»do á los medios mas dulces para evitar ese »golpe funesto, he debido por fin vengar á la »Iglesia.»

A la Iglesia era en efecto á la que los Parlamentos acusaban y difamaban; puesto que por el órgano de los Papas y del Concilio de Trento, la Iglesia habia autorizado, alabado y bendecido, durante dos siglos, el Instituto al que los

Parlamentos acusaban de impiedad. Pero el Sumo Pontífice no vengaba solamente á la Iglesia. Siguiendo el ejemplo de todos los Papas que han sostenido combates de este género, ponia á salvo la libertad de la conciencia cristiana. ¿Dónde estaria ya el mundo si hubiera sido dado á los poderes seglares juzgar sobre tales materias, decidir sobre los medios de salvacion, decretar que este ó el otro género de vida es santo, y que otro tercer género no lo es? El Papa no se escedió de sus derechos; su represion era legítima, oportuna, necesaria. ¿Son estos los actos de fanatismo que se echan en cara á Clemente XIII? Todos los Papas hubieran obrado lo mismo en su caso; la libertad cristiana lo consigna en sus anales, y Dios lo ha revalidado. Cuando del Vaticano descienden actos de ese género, como el rayo desciende del cielo, el error al que hieren, la pusilanimidad á la que embaraza, el sofisma al que desconciertan, y el orgullo al que anonadan, se unen para protestar, los unos contra el derecho, los otros contra el uso de ese derecho; pero Dios no atiende á esas protestas, sino que ratifica visiblemente, en el tiempo fijado, esos decretos siempre injuriados y siempre inquebrantables. ¿Qué son hoy los

edictos de los Parlamentos? Una mancha en la historia de esta magistratura. Lo que subsiste es el decreto pontificio que les declaró «*vanos*, »*sin fuerza y sin ningun efecto*.»

Clemente XIII tenia la prevision, hablemos con mas propiedad, la certidumbre del resultado. La confianza en el triunfo de la justicia, templaba en su alma la angustia de los castigos á que marchaba el mundo; y esa confianza se engrandecia con los peligros, hasta con los furores que veia multiplicarse y exasperarse á su alrededor. El Parlamento dió edictos de proscripcion aun mas crueles que Luis XV al sancionar tan cobardemente como los primeros por su edicto calificado á su pesar de *irrevocable*, mandó que para nada se mentasen en todo el reino. El Parlamento pretendió imponer el mismo silencio al Papa, y escribió al embajador de Francia en Roma: «*Por celo por la Re*»*ligion*, y por benevolencia hácia los Jesuitas, »Su Santidad debe prescribirse á sí mismo el »silencio que el Rey ha ordenado que se guar»dara en sus Estados.» Al Papa le pareció por el contrario que ese era el momento de hablar; publicó la Bula *Apostolicum*, en la que, por el honor de la Iglesia injuriada, por

la salvacion de la inocencia oprimida, por la gloria del Dios de justicia, por el consuelo de su corazon de padre, y, en fin, por la justa satisfaccion de sus hermanos los Obispos del mundo católico—que llenan la mision que les fue confiada por Dios, mision que á toda consideracion humana se sobrepone, —aprueba y confirma el instituto de la Compañía de Jesus.

La Bula *Apostolicum* fue un gérmen de resurreccion colocado en una tumba abierta muy de antemano; tuvo ademas, como todos los actos de Clemente XIII, un efecto inmediato, muy importante en esta época desgraciada: la energía del Sumo Pontífice levantó ó robusteció los ánimos espuestos á ceder. Fortificados por ese gran ejemplo, los Obispos se prepararon á sostener los asaltos mas rudos. Fija la mirada en el cielo, vieron venir la tempestad, conocieron qué mano la enviaba, y no les cogió de sorpresa. Durante esos años de respiro, ya llenos de tormentas y de truenos sordos, se formaron los confesores y los mártires, cuya constancia debia salvar la civilizacion católica.

La vigilancia de Clemente XIII no se desmintió un solo instante, apareciendo siempre

de pie sobre esa cima desde la que su mirada, abrazando al universo, veia en todas partes á los poderes humanos conjurados contra la Iglesia de Dios. Todos los dias, y, por decirlo así, todas las horas del dia, se declaraba un nuevo enemigo, al paso que un enemigo antiguo se mostraba mas implacable. Vió nacer en Alemania, protegidos hasta por el mismo poder episcopal, la secta de los Febronianos «que ocultaban su perfidia ba»jo la máscara de la piedad, anonadando la au»toridad del Sumo Pontífice, bajo el pretesto de »atraer con esta condescendencia á los hetero»doxos á la unidad católica; condescendencia »maravillosa en virtud de la cual no son los he»rejes los que se convierten, sino los católicos »los que se pervierten (Bullar).» Vió á la España, pais con el que habia contado, esceder en un solo golpe á la Francia y al Portugal; vió á Nápoles imitar á la España, arrastrando á Malta donde dominaba un órden religioso; vió á Parma feudataria de la Santa Sede y vió á Venecia, su patria, seguir la misma via de rebelion y de defeccion; vió, en fin, á la poderosa casa de Borbon, establecida en cuatro reinos, tomar las armas contra su heróica debilidad, apoderarse de Aviñon, de Benevento y de Ponte-

Corvo, tratando de obligarle por esos medios á él, Pontífice soberano, á que se escusara con el duque de Parma, á quien habia reprendido en virtud de su doble autoridad espiritual y temporal.

Estas crueldades no le abatieron, no le separaron de la causa de la justicia; y continuó hablando como si contase con la obediencia del mundo entero. Su digno ministro Torregiani escribia á los Nuncios: «Las violencias no le im»pedirán recordar á los Reyes sus hijos cuál es »su deber.» El filósofo Duclos da testimonio de esta calma, cuya causa se escapaba á su comprension. Habia visto en Roma al Cardenal Torregiani. «Cuando no puede negar, dice Du»clos hablando del ministro, las pérdidas de »autoridad que la corte de Roma sufre todos »los dias entre las potencias católicas, responde: »*Nosotros tenemos la palabra de Jesucristo: la* »*Iglesia es inquebrantable.*» Por supuesto que Duclos compadecia sinceramente, en su cualidad de filósofo, tan exagerado fanatismo.

Clemente XIII se hallaba en los 76 años de edad, contando ya once su laborioso pontificado; y seguramente los Reyes, que hacia once años le estaban causando tantas angustias, po-

dian esperar llegara el dia de su muerte; pero prefirieron apresurarla.

A principios del año 1769, sus embajadores pidieron la supresion de la Compañía de Jesus al Papa, que habia publicado la Bula *Apostolicum*. El embajador de España dió el primer golpe; Clemente XIII le manifestó noblemente su sorpresa y su dolor; los de Italia y Francia se le presentaron en seguida; los despidió por toda contestacion. La Memoria remitida por el embajador de Luis XV, terminaba así: «Esta pe»ticion debe de ser tanto mas favorablemente »aceptada por nuestro Santo Padre el Papa, »cuanto se la dirigen tres monarcas igualmente »ilustrados y *celosos* por todo lo que se refiere *á* »*la prosperidad de la Religion, á los intereses de* »*la Iglesia romana, á la gloria personal de Su* »*Santidad* y á la tranquilidad de todos los Esta»dos cristianos.»

¡Cuánto no afectaria al ya afligido y sincero corazon del Pontífice una hipocresía tan repugnante!

«Su Santidad, escribia Torregiani, no puede »comprender cómo las tres cortes tienen el »triste valor de añadir á todos los dolores que »ya le afligian un nuevo dolor, sin mas objeto

»que el de atormentar mas y mas su alma.» Y el Cardenal Negroni decia á los mismos embajadores: *Este último paso abrirá la tumba al Pontífice.*

En efecto, la siguiente semana Clemente XIII sucumbió de repente, al finalizar un dia empleado en el ejercicio del ministerio pontifical y en la oracion: sucumbió como esos héroes que no cuentan sus luchas, y á los que la muerte no puede arrebatar sino de pié y cubiertos con sus armas. El dia último de su vida fue el 2 de febrero, fiesta de la Purificacion. Clemente XIII habia bendecido y distribuido por último acto pontifical los cirios, segun el ceremonial de esa fiesta: los cirios, bello símbolo de la llama santa que le habia animado, y que trasmitia al morir, sin temer que el mundo tuviera bastantes tempestades para apagarla. Esa llama habia llegado hasta él á través de diez y siete siglos tempestuosos; él la trasmitió á sus sucesores en el momento en que los vientos contrarios iban á desencadenarse nuevamente con mas violencia que nunca; y sin embargo, esa llama es aun la luz del mundo.

La gran figura de Clemente XIII ha podido comunicar algunas inspiraciones sublimes al ge-

nio afeminado de Cánovas. Sobre la tumba del ilustre Pontífice, obra maestra, lamentable dajo ciertos puntos de vista, Cánovas ha figurado dos leones que pintan bien ese dulce é indomable carácter. Uno de los leones derrama lágrimas enérgicas y tiernas de esas que la ofensa tiene algunas veces el privilegio de arrancar á la bondad desconocida y al derecho impotente: el otro leon, en una actitud de calma augusta, espera sin ardor y sin miedo que suene la hora de la victoria ó de la muerte. Bajo este doble aspecto es como los contemporáneos de Clemente XIII le han contemplado, igualmente sorprendidos de la energía y de la paciencia del Pontífice, que de su propia admiracion. Han dicho que era un Papa de la Edad Media, perdido en un siglo de la nueva. En un sentido los que eso han dicho se han equivocado: Clemente XIII fue un Papa de todas las edades, es decir, el guardador de la justicia y de la verdad, un Papa que usó, segun la sabiduría inspirada por Dios, de los derechos que se le habian conferido, para defender tan sagrados objetos. El humilde Pío VII, un pobre fraile, supo resistir á un adversario que él solo era mas temible que lo que lo fueron en 1769 todos los Reyes. Y en nuestros dias,

tan amenazadores aun, aunque embellecidos inesperadamente, Gregorio XVI y Pio IX, en presencia de las sediciones y de las revoluciones, de las sectas y de las herejías, de las empresas políticas y de la incredulidad, han sido y son tambien unos Papas de la Edad Media. Su fe es la misma, hablan el mismo lenguaje, se dirigen á conseguir el mismo objeto; son como los de esa Edad, el apoyo de los Obispos perseguidos, y el obstáculo ante el que retroceden, se detienen ó se desvian los enemigos de la Iglesia.

Ahora veremos si el Papa Clemente XIV tuvo ó no tuvo ese carácter comun á los Vicarios de Jesucristo.

III.

Como hemos visto, el plan de la destruccion de los Jesuitas se habia concebido en las cortes en tiempo de Clemente XIII. Las cortes en el fondo comprendian que la opinion estaba conmovida con los abusos de poder respecto de esos religiosos; y que si el Papa á su vez las heria, llegarian á encontrarse hasta cierto punto al menos justificadas. Por lo demas, no ignoraban que era escusado pensar en obtener buenamente el llevar á efecto tal medida; no ignoraban que era preciso *arrancarla*. Choiseul escribia á Aubeterre: «Nada conseguiremos de »Roma en este Pontificado; el ministro es demasiado terco, y el *Papa demasiado imbécil*. Es »preciso limitarse á seguir los negocios corrientes con una verga de hierro, para oponerla á la »cabeza del mismo metal que gobierna la Santa

»Sede. Despues de este Papa, trataremos de te-
»ner uno que convenga para el caso.»

La historia del Cónclave que dió un sucesor á Clemente XIII es muy complicada y muy delicada para que la contemos en este lugar. El P. Ravignan la espone con la claridad que reina en todo su libro; y, á Dios gracias, esa exacta noticia de la eleccion hace ver que la parte del mal fue en ella muy inferior á la del bien. Ciertamente las potencias por sus embajadores y por las hechuras que tenian hasta en el seno del Sagrado Colegio, multiplicaron los atentados contra las santas reglas del Cónclave y contra la libertad de la Iglesia. Abusando de un favor concedido antiguamente por el bien de la paz, escluyeron á todos los Cardenales que parecian amantes ó simplemente favorables á los Jesuitas, cansando á los electores por sus intrigas. Pero á pesar de eso, cuando el nombre de Ganganelli salió del escrutinio, se encontraron en frente de lo desconocido.

Se ha hablado de contratos empezados á celebrarse y de compromisos ya adquiridos. Es cierto. El Rey de España, por medio de su embajador Azpuru, de quien hizo despues un Arzobispo, se atrevió á querer poner la tiara á precio;

pero los Cardenales de las mismas coronas rechazaron ese pensamiento como imprudente, y sobre todo como infame. El napolitano Orsini y el francés Bernis se hallaban en el número de los celosos; y sin embargo, el primero escribia al segundo: «Persisto en sostener lo que se ha »convenido: sois Arzobispo, y yo soy sacerdo»te; no podemos tratar de hacer un Papa simo»niaco.» En cuanto al billete en forma de consulta canónica, segun el cual se supone que el Cardenal Ganganelli decia que el Papa podia en conciencia abolir la Compañía de Jesus, diremos: Primero, que este, en todo caso, no seria un acto de simonía, siendo evidente el derecho del Papa para decretar esta supresion, que acaso ante la conciencia podia parecerle un deber; y segundo, que no solamente este grave documento no se ha presentado, sino que, lo cual basta para convencer que jamás ha existido, nunca se ha hecho mencion de él en las correspondencias que cambiaban entre sí los agentes de los gobiernos, correspondencias en las que se decian todo lo que tenian que decirse con la grosera familiaridad que ya hemos visto. En un tiempo en que su astucia buscaba y encontraba los medios mas capaces de imponer por fuerza

su voluntad al Santo Padre, ni siquiera aluden á ese medio, que hubiera sido decisivo. Durante cuatro años esperaron, en un verdadero delirio de odio y de orgullo, el triunfo que el Papa rehusaba siempre otorgarles. Y de ser verídico el hecho, preguntamos nosotros: ¿hubieran concedido tan largo plazo á un cómplice, y el Papa en ese caso hubiera consentido en pedirle ó tomarle?

Ganganelli, buen sacerdote y buen religioso, pero á causa de su orígen oscuro y de su pobre condicion, personaje muy poco importante hasta el último dia del Cónclave, se hallaba incluido en el pequeño número de los Cardenales que las coronas no habian juzgado necesario separar de la eleccion. Sea porque se le juzgara de un carácter dócil é incapaz de resistencia, sea porque se creyera que á su juicio la resistencia era menos necesaria, sea, en fin, porque las Coronas no podian separar á todo el mundo, fue elegido. En efecto, restringida como habian dejado la eleccion de los electores, no quedaban, separando á Ganganelli, sino hombres á quienes el mayor y mejor número de los Cardenales no hubieran nunca consentido en dar su voto. Ganganelli fue, pues, elegido por unanimidad.

Tan complicada y tan peligrosa para toda la Iglesia era la situacion hacia largo tiempo, que un alma recta y piadosa podia poner en la balanza hasta los estrictos intereses de la justicia, admitiendo la idea de una transaccion sobre bases que ella misma hubiera rechazado en otro tiempo. En todas las grandes crísis aparecen caractéres apropiados á estas transacciones perentorias, caractéres que se persuaden de que podrán arreglarlo todo, obteniendo alguna cosa de todo el mundo: ilusion por otra parte tan natural, que en estos casos siempre llega un momento en que los partidos mas contrarios aparentan ceder en sus pretensiones. Los *celosos*, formados en la austera escuela de Clemente XIII, y que querian rehusar todo á las Coronas; los hombres de partido que querian cederlas todo; y los políticos que creian necesario concederlas alguna cosa, cayeron de acuerdo sobre el nombre de Ganganelli, en quien nadie, hasta los últimos dias del Cónclave, habia pensado seriamente. Solo el bienaventurado Pablo de la Cruz, amigo de Ganganelli, habia profetizado cuál seria el resultado del Cónclave.

Ganganelli era bueno, sabio y de costumbres puras, pero era irresoluto y acaso tímido. La

presion de las potencias se hizo sentir muy pronto de un modo ofensivo, y apenas habia llegado á esperar conseguiria fácilmente algun arreglo, cuando se empeñaron en quitarle hasta esas horas de ilusion. Las felicitaciones de los soberanos con motivo de su advenimiento contenian ya algunas amenazas. Los embajadores tuvieron órden de seguir activamente el asunto de la abolicion. Choiseul, que se figuraba no faltar á la cortesanía respecto al Santo Padre, deseaba que se le dieran dos meses de término para decidirse. El Cardenal Bernis era el encargado de conducir á buen término la empresa como embajador. «Vuestra Eminencia, le escri»bió Choiseul, abogará por el éxito de su pre»tension con el celo, la actividad y la fuerza de »que es capaz; pero le prevengo que pasado el »término, no se podrá impedir que los sobera»nos rompan *estas comunicaciones con* un Papa »que nos entretiene ó que *nos es inútil.*»

El principal móvil de esta pasion, la causa de esta insistencia implacable no era otra para Choiseul que la vanidad. Mas tarde escribia á Bernis: «*Yo no sé si ha hecho bien en espulsar á los Je»suitas de Francia y de España*: y creo de todos »modos que se *ha hecho mal*, una vez despedi-

»dos ya esos frailes, intentar en Roma una pre-»tension estrepitosa con el objeto de conseguir »la supresion de la Orden. Lo que sé es que se »ha intentado; lo que sé es que los Reyes de »Francia, España y Nápoles se hallan en guerra »abierta con los Jesuitas y sus partidarios. ¿Se-»rán ó no serán estos suprimidos? ¿Conseguirán »los Reyes sus deseos? ¿Obtendrán los Jesuitas »la victoria? *No se puede, en verdad, mirar este »cuadro sin ver toda su indecencia*, y si fuera »embajador en Roma, me avergonzaria de ver »que el Padre Ricci era el antagonista de mi se-»ñor.» Así hablaba este ministro filósofo, dispuesto á soportar muy pronto tan filosóficamente la *indecencia* de ver á los Reyes del Norte repartirse la Polonia á las barbas de su *señor*, detentador de Aviñon. Bernis, príncipe de la Iglesia, le respondia:

«Parto del principio en que nos encontramos. »Es preciso que los Reyes de Francia y de Es-»paña ganen la batalla que han empeñado con »el General de los Jesuitas. El Papa solo es quien »puede hacérsela ganar, y se trata de decidirle »á que lo haga. Es Obispo, debe seguir las for-»mas canónicas, cuidar del clero y de su mis-»ma reputacion. Es príncipe temporal y se halla

»obligado á guardar consideraciones con las »cortes de Viena y de Turin, y tambien con la »Polonia. Todo esto pide tiempo.»

Si solo del tiempo se hubiera tratado, Bernis lo hubiera concedido gustoso. Era mas frívolo que malvado; no aborrecia á los Jesuitas, y amaba casi al Papa, cuyas angustias le conmovian; pero su vanidad de negociador, escitada por los sarcasmos de Choiseul y la pasion de la España, le hacian olvidar fácilmente la justicia y la piedad. Llegó á ser, por los sentimientos afectuosos que mereció del Papa, su perseguidor mas hábil y su mas peligroso consejero. Sugirió contra los Jesuitas ciertas medidas, ciertas severidades y ciertas perfidias que tenian el doble objeto de entretener á las cortes y de herir á la Compañía poco á poco, sin darla ese golpe supremo, ante el cual era de temer que la conciencia del Papa retrocederia por largo tiempo y acaso por siempre. Así fue cómo llevó con bastante rapidez al Santo Padre hasta el punto de dar un paso que le ligaba de una manera casi irrevocable.

El Nuncio apostólico de Paris habia dicho al Cardenal secretario de Estado que era de temer que Cárlos III, si el negocio se demoraba, toma-

se alguna resolucion estremada, y aun que su juicio se desarreglase. Aprovechándose Bernis del desaliento producido por esta noticia, escitó vivamente al Papa á que escribiera al Rey de España, dándole en fin la seguridad de que seria satisfecho en sus deseos. El Pontífice, afligido y alarmado, siguió este peligroso consejo, prometiendo al Rey presentarle *muy pronto* un plan para la *estincion absoluta de la Sociedad*. Esta carta está escrita de propia mano de Clemente XIV el 30 de abril de 1769, sétimo mes de su advenimiento. Bernis canta victoria.

«La cuestion no está ya en saber , dice, si el »Papa desearia ó no evitar la supresion de los »Jesuitas , sino en saber si despues de las pro»mesas formales hechas al Rey de España pue»de dispensarse de ejecutarlas. La carta que yo »le he hecho escribir le liga de una manera tan »fuerte, que á menos que la corte de España no »cambie de modo de pensar, el Papa se ve obli»gado á acabar la obra. Podria esperar que el »tiempo le diera algunas ventajas; pero hasta »las dilaciones están limitadas. Su Santidad es »demasiado ilustrado para no comprender que, »si el Rey de España hiciera imprimir la carta »que le ha escrito , se deshonraria rehu-

»sando cumplir su palabra y negándose á supri-
»mir una Sociedad cuyo plan de destruc-
»cion ha prometido comunicar, y á cuyos miem-
»bros considera como peligrosos, inquietos y
»turbulentos.»

Tal era en efecto la situacion. Sin embargo, aun en esta situacion casi desesperada, Clemente XIV creyó poder, sino salvar á la Compañía, evitarse por lo menos el pesar de destruirla. Todos los documentos dan testimonio de ello, y la conducta del Papa lo prueba mejor todavía. Enfermo, devorado de inquietud, atormentado durante el dia por los agentes de las potencias, y durante la noche por sus propios pensamientos, rodeado de intrigas, y temiendo hasta por su vida, Clemente XIV tuvo valor para luchar tres años.

«El Papa empleaba todos los recursos, dice »M. de Saint-Priest, para poner de su parte á »los soberanos, sin asociarse á la venganza que »querian tomar de los Jesuitas. Un dia insistia »sobre la dignidad del Sumo Pontífice, que no »puede, que no debe ceder nunca á la fuerza; al »dia siguiente alegaba la necesidad de profundas »reflexiones antes de decidirse á adoptar medidas »de tanta importancia. Encerrado con canonistas

»consumados, compulsaba los libros, las Memo»rias relativas á la Sociedad, y hacia que le lle»varan de España, para ganar tiempo, la cor»respondencia de Felipe II con Sixto V. Despues »de haber agotado todos los medios de este gé»nero, se estraviaba en un laberinto de frívolos »pretestos, ya fingiendo temer el resentimiento »de María Teresa, ya apelando hasta á los go»biernos separados de la Iglesia, como la Rusia »y la Prusia, ya, en fin, prometiendo espulsar á »los Jesuitas despues de haber obtenido el con»sentimiento unánime de todas las cortes. Este »modo de proceder tan escesivamente lento, y »que presentaba dificultades inauditas, agrada»ba á su debilidad, porque esperaba salvarse á »fuerza de tiempo y de dificultades. Su posicion »le sugeria otros espedientes igualmente inacep»tables. Prometia no dar sucesor á Ricci, no ad»mitir mas novicios, y hablaba hasta de reunir »un Concilio, para descargar sobre él el cuidado »de decidir esta importante cuestion.»

Al reproducir este cuadro de una verdad conmovedora, no es necesario protestar contra las espresiones de un historiador que no respeta ni la mas alta dignidad ni el mas alto infortunio. Donde él habla de la debilidad del Papa, no se

ve sino los tormentos de una alma justa, impotente para tomar un partido que la satisfaga. Contentar á las potencias era cosa fácil: no se necesitaba para ello sino una palabra que el Papa tenia plenamente el derecho de pronunciar. Romper con ellas, escapar á sus lazos, abandonarlas á su pasion, todo eso dependia tambien de una palabra; pero esos Reyes se hallaban en un camino terrible, decididos á adoptar el cisma, para lo cual tenian hasta los patriarcas nacionales designados. La conciencia, pues, que abogaba en pro de los Jesuitas, protestaba tambien contra ese rompimiento con los príncipes. Los que acusan de debilidad á Clemente XIV sin ponerse en su lugar, no ven la situacion como á él se le aparecia; y, ¿quién puede figurarse conocerla mejor? ¿Debia correr el riesgo de esa eventualidad formidable del cisma que se hubiera realizado por una defeccion general ó por una persecucion que pusiera á la Europa y á la Iglesia á sangre y fuego? ¡Hé aquí el problema que atormentaba sin cesar la conciencia de Clemente XIV! ¡Que los que nunca han vacilado al tratarse de asuntos de menor importancia condenen sus indecisiones!

El Papa diferia siempre, trataba siempre de

ganar tiempo, de apaciguar, valiéndose de medias satisfacciones, el odio de los príncipes contra los Jesuitas. Se les arrojaba de Bolonia, se les arrebataba del Seminario romano, se les espulsaba de su colegio de Frascati; Bernis se satisfacia con todo; la España no se contentaba con nada. «Todo eso, decia Moñino, embajador de »Cárlos III, no se hace por nuestra corte; y nues»tro Rey no tiene ninguna parte en ello. No le »gusta que se corten simplemente las ramas, »quiere que se dé á la raiz un golpe decisivo, ya »designado y ya prometido... *En vano se ator»menta á esas pobres gentes.* Solo una palabra »basta: Abolicion.» Este Moñino, despues conde de Floridablanca, habia sido enviado á Roma para poner á toda costa término á la lentitud de Clemente XIV. Con formas moderadas y religiosas, era firme en sus designios, y llevaba su orgullo hasta una especie de ferocidad. Asustaba al Papa, y hasta el mismo Bernis que le tenia miedo, y escribia á Paris: «Moñino ama á la Reli»gion y á la Iglesia y venera al Papa; pero á to»do prefiere el honor de su corte y el suyo pro»pio.» Ahora bien; el *honor* de Moñino exigia que los Jesuitas fueran destruidos, puesto que su corte le habia enviado para conseguirlo.

Decia á Bernis, y Bernis iba á repetírselo al Papa, que en caso de una negativa se corria, ó el peligro de un rompimiento estrepitoso con la Santa Sede, ó el de un rompimiento tácito tal vez mas peligroso. No dejaba un momento en paz al Papa, siempre delicado y siempre lleno de terror; rechazando con altanería todo lo que no fuese la supresion de los Jesuitas. Se atrevió un dia á decirle que la restitucion de Aviñon y de Benevento seria el precio de la abolicion, á lo que Clemente respondió «que un Papa gobernaba las almas, pe»ro no traficaba con ellas;» y entrando en su cuarto, su dolor estalló en sollozos, diciendo: ¡*Dios se lo perdone al Rey Católico*!

Contristado por último Bernis con esas persecuciones de que siempre era cómplice, habia escrito á su corte: «Conozco la sensibilidad del »Papa; si se le amenaza ó se le violenta, no re»sistirá largo tiempo, y perderemos el mejor de »los Pontífices, sin saber con quién reemplazar»le.» El mismo Clemente decia: *Este asunto me matará*. Se cuenta que un dia, poco menos que suplicando á Moñino, le enseñó sobre sus brazos descarnados las señales de un tumor que con la fiebre que padecia iba estendiéndose por

todo su cuerpo y amenazaba su vida... *¿Pero y el honor de la corte y el suyo?*

Aun quedaba un último apoyo al Papa: María Teresa no veia en los Jesuitas de sus Estados ese espíritu turbulento de que en todas partes les acusaban estar dominados, sino que al contrario, como católica, admiraba sus virtudes, y como Reina apreciaba sus servicios en la enseñanza, en el ejercicio del santo ministerio, y en sus misiones entre los griegos cismáticos de Hungría y de Transilvania. Acababan de convertir á siete mil familias socinianas del pais de Sikdon, que se habian reunido á la Iglesia juntamente con sus ministros. Clemente XIV, á quien esta noticia habia dado algun consuelo, supo de pronto que María Teresa consentia en la supresion de la Orden, reservándose disponer como la acomodara de los bienes que poseia en sus Estados.

Entonces se apagaron las últimas esperanzas del Papa. No tenia ya apoyo, ni recursos, ni protector que invocar, ni dilaciones que pedir, ni nada, en fin, que esperar de ninguna resistencia ni de ninguna súplica. No era posible seguir el combate; debia tomarse un partido: ó ceder á los orgullosos sin piedad que le perse-

guian, ó exasperarles irremediablemente por una negativa que de fijo no salvaria á los Jesuitas, y que no por eso dejaria de trastornar toda la Iglesia en todo el universo, desde el centro de la Europa hasta las misiones mas remotas. Inútil es querer indagar qué proyectos pasaron por la mente, qué dudas terribles desolaron el alma del Pontífice. El célebre Breve *Dominus et Redemptor*, que concedia á los príncipes la *abolicion* de la Compañía de Jesus, pero no su condenacion, fue firmado, publicado y ejecutado en los Estados romanos. El Breve lleva la fecha del 13 de julio de 1773; su significacion á los Jesuitas tuvo lugar el 16 de agosto. Un año despues murió el Papa, sin haber visto restablecerse la tranquilidad en la Iglesia, sin haberla podido conquistar por sí mismo. Pensando en este gran sacrificio, acaso inútil, se decia y se repetia: «La violencia me ha forzado; la violen»cia es la que lo ha hecho todo. ¡*Compulsos fe»ci*! ¡*Compulsos feci!*»

No le acusemos de haber cedido á esa violencia. Desde las agresiones de Pombal hasta la firma del Breve, el Pontificado habia resistido 16 años. Durante ese período, se ensayaron todos los medios, se agotaron todos los recursos; la

situacion, lejos de mejorarse, se empeoraba todos los dias. Clemente XIII y Clemente XIV hablaron sucesivamente á la conciencia, á la fe, á la razon de los soberanos; trataron inútilmente de hablar á su corazon, todo fue inútil. Los príncipes les respondieron sirviéndose de hombres como Pombal, Choiseul, Aranda, Tannuci; empleando en sus negociaciones diplomáticos como Auveterre, que era un soldado brutal; cristianos como Azpuru, legistas como Moñino, sacerdotes como Bernis. *Pobre Papa*, esclamó San Alfonso de Ligorio al saber la dolorosa noticia; *pobre Papa, ¿qué podia hacer?* Ese santo aplaudió anteriormente la resistencia de Clemente XIII, y se inclinó ante la decision de Clemente XIV. *Povero Papa, che potera fare?* Y un momento despues: *Voluntad del Papa*, añadió, *voluntad de Dios*; guardando en seguida un constante silencio sobre el asunto.

Seria sin duda de desear hoy que Clemente XIV, al rehusar á los deseos de los soberanos la condenacion de la Compañía de Jesus que abolia, no los hubiese dado el gusto de hablar de los Jesuitas con una dureza poco conforme á su carácter y al infortunio que gravitaba sobre ellos. Pio IV, segun se dice, ha espresado la opinion

de que se hubiera podido limitar á disolverles diciendo simplemente que lo hacia por satisfacer á las coronas y sin consideraciones de ningun otro género. Pero por ventura, ¿hemos asistido nosotros á los largos consejos que el Papa tuvo con su conciencia ante Dios? Es preciso recordar que aun así, el Breve pareció demasiado suave á esos corazones orgullosos, que figurándose que en él los Jesuitas eran demasiado considerados, echaron en cara al Papa no haberlos escarnecido. Solo por estas razones no se recibió el Breve en Francia, y el Papa no ignoraba que eso habia de suceder. El mismo espíritu que le hizo tomar sobre sí sollozando la responsabilidad de la disolucion, con preferencia á dejar pendiente sobre la Iglesia este cruel asunto, legándolo á su sucesor, pudo decidirle tambien á afligir á la Compañía de Jesus por severidades aparentes, pero que sin embargo nada tenian de positivo, y que impidieron que los soberanos trataran de exigir aun mas en adelante.

Voluntad del Papa, voluntad de Dios. El tiempo ha demostrado, en suma, cuán prudente habia sido esa medida tan examinada. Inclinémonos ante aquello que no podemos comprender,

antes que esponernos á juzgar temerariamente. No echemos en cara ni á Clemente XIII el haber resistido demasiado, ni á Clemente XIV el haber cedido demasiado. Los dos se dirigieron por un sincero deseo del bien, en una situacion que no fue la misma para uno y para otro; Clemente XIII debió sostener el combate, Clemente XIV debió firmar la capitulacion y dar en rehenes á sus hijos. Si se censura al uno ó al otro, se puede censurar en toda ocasion todos los combates, todas las resistencias y todas las transacciones.

IV.

Los Jesuitas se honraron por su pronta y heróica obediencia, obediencia tan pronta y tan heróica que podria decirse que todos ellos habian pronunciado la palabra de San Alfonso de Ligorio. Lo mismo habian hecho desde el principio de la lucha, sin que en ese largo combate dâdo contra ellos y en favor de ellos, se les viera aparecer; esperaron en silencio y murieron en silencio. Doloroso es decir que no se ha querido comprender la majestad de esta actitud. Segun M. Alberto de Broglie, «su inferioridad durante la crísis les hace tan poco dignos de interés »como poco dignos de odio eran; no mostraron »grandes talentos.» Ciertamente la Compañía de Jesus no podia presentar un solo hombre comparable á Pombal, á Choiseul y á los demas grandes hombres y personas de talento de esa época; pero los Jesuitas tenian buenos maestros

en todas las escuelas, apóstoles en todas las misiones, mártires en todos los calabozos; y la persecucion, sea cualquiera el modo en que la sufrieran, no logró, entre veinte mil Jesuitas, encontrar veinte apóstatas. Esto presenta indudablemente cierta grandeza. Si los Jesuitas hubieran querido defenderse, es de creer que hubieran podido hacerlo; habia entre los veinte mil muchos jesuitas capaces de escribir, de hablar y de hacerse escuchar; pero prefirieron imitar á su Maestro que no se ocupó en mostrar *grandes talentos* delante de sus jueces: *Jesus autem tacebat*. El P. Ricci representa la Compañía toda entera, y sus mayores apasionados no pueden desear verla mas realzada que lo que lo estuvo con esa representacion. Es grande, muy grande verse perseguido sin razon, cautivo sin juicio, y sufrir todo esto sin quejarse, abriendo solo la boca en presencia de la muerte para dejar en el mundo una protesta de inocencia y una palabra de perdon. En igual caso los grandes oradores, los grandes escritores del siglo hubieran aturdido al mundo con sus quejas y con sus anatemas, y hubieran sido mucho menos grandes y mucho menos elocuentes que lo que lo fueron los Jesuitas con su silencio.

Algunos Jesuitas, sin embargo, levantaron la voz; pero lo hicieron para justificar al Sumo Pontífice, dejando en claro tanto su derecho evidente á disolver la Compañía de Jesus como los motivos que para realizar tal disolucion habia tenido. «Se nos ha echado al mar, decia uno de »ellos cuando ya no habia medio de escapar de »la tempestad. ¡Ah! Si la union de la Iglesia so»lo por el derramamiento de nuestra sangre »pudiera ser establecida, deberíamos bendecir »la mano que nos sacrificara. No temo decirlo »en nombre de todos nosotros: iríamos con ale»gría á recibir la muerte; y si cualquiera de los »que fueron Jesuitas ha pensado, hablado ó es»crito alguna otra cosa, no tenia, es seguro, »sino el nombre y el hábito de la Sociedad, y »nada de su espíritu.» Ese modo de pensar unánime de los Jesuitas en el siglo XVIII ha inspirado el libro del P. Ravignan, libro escrito con el mismo respeto hácia la verdad y hácia los Papas, quienes, para aparecer como son, *solo necesitan de la verdad.*

Añadamos que para los Jesuitas de nuestros dias ya no hay mérito, ni en comprender los motivos imperiosos que dictaron el Breve de supresion, ni en honrar al Papa que le promul-

gó. Esta trágica historia ha tenido un epílogo que la esclarece de un modo singular. ¿No podria decirse que el Breve concebido en términos que heria á la Sociedad sin condenarla y ejecutado de un modo que la abatia sin destruirla, ha sido, despues de todo, la que verdaderamente la ha salvado? El Breve á pesar de una dureza de espresiones acaso necesaria, la conservó el honor; y á pesar de unos rigores de ejecucion inevitables, la dejó una existencia real; de suerte que, de hecho, estaba mas bien desterrada que abolida. Y así es cómo la Compañía de Jesus permaneció á la vez ausente y presente, bastante abatida para que sus perseguidores la olvidaran ó despreciaran, y bastante vigorosa para volver á recobrar en su dia toda su antigua vida.

La Compañía ha vuelto á renacer en efecto sola, ó poco menos, entre todos los poderes que se habian coaligado contra ella. Los hombres habian comparecido ante el tribunal de Dios, los imperios habian sufrido la Revolucion; pero no todos los Jesuitas de 1773 habian muerto cuando el Papa Pio VII restableció la Compañía de Jesus en Rusia el 7 de marzo de 1801, en el reino de Nápoles el 3 de julio de 1804, en todo el universo el 7 de agosto de 1814. En esta fe-

cha aun se encontraban algunos Jesuitas de todos los paises, italianos, españoles, portugueses, franceses, alemanes que volvieron de todas partes, despues de una dispersion tan larga á recobrar las reglas y el hábito cuya pérdida habian llorado tanto. Si los Jesuitas fueron perseguidos aunque inocentes, ¿qué reparacion ha podido presenciar el mundo que fuera mas completa? Un Papa los abolió por la tranquilidad de la Iglesia: por el bien de la Iglesia otro Papa volvió á restablecerlos. Habian sido espulsados de Francia, de Portugal, de España y de Nápoles como sediciosos y enemigos de la autoridad: volvieron á esos paises siendo lo que habian sido, porque, dice el protestante Juan de Müller, «se habia comprendido que el baluarte comun »de toda la autoridad cayó con ellos,» y porque toda autoridad sentia la necesidad de reconstruirlo. En España, un decreto del Consejo de Castilla invalidó los procedimientos de Cárlos III; en Francia la razon pública supo tratar justamente á la pasion de los Parlamentos; en Portugal, teatro de su martirio, los Jesuitas encontraron entre piedras en una capilla arruinada un cadáver que hacia mas de cincuenta años esperaba una sepultura. Ese cadáver era todo

lo que quedaba de Pombal, que murió desterrado de la corte, execrado del pueblo y comido por la lepra. Nadie habia querido enterrarlo en sagrado: un Jesuita ofreció el Santo Sacrificio por el reposo del alma de Pombal, *de cuerpo presente* en la augusta ceremonia, y dió una tumba á su cadáver.

EL PODER TEMPORAL

DE LOS PAPAS.

M. Guéroult, director de la *Presse*, de acuerdo con muchos amigos suyos, pide la supresion del poder temporal de los Papas. La cosa es tan poco sorprendente, como poco nuevas son las razones en que se apoya para pedir esta insignificante reforma que ya Mazzini, despues de otros muchos de su escuela, habia tratado de establecer en la época del último triunvirato romano; ese hecho brillante de los *pensadores* modernos. Por lo demas, esas razones que ni aun en boca de Mazzini parecian nuevas, tampoco parecieron fuertes: Mazzini queria «libertar» á Roma, siendo él mismo el libertador. Roma no ha olvidado ni olvidará fácilmente lo que con ello

ganó. Los amigos de M. Guéroult sienten la necesidad de libertar al mundo al mismo tiempo que á Roma; pero este plan mas vasto no ha sido, hasta ahora, acogido por los ánimos, ni para realizarlo se han quitado los obstáculos y los inconvenientes visibles que ofrece la operacion.

Es indudable que todos los revolucionarios quedarian encantados con que se destituyera al Papa, para castigarle, como suelen decir, por haber destituido á los Reyes. Lo triste es que ya hoy los Reyes se muestran tan poco dispuestos á dejarse vengar por los revolucionarios, como poco dispuestos los pueblos á confiar á esos mismos personajes el cuidado de vengar á sus Reyes. La opinion de los pueblos claramente manifestada en este siglo, es la de que tienen derecho á ser gobernados. Se les ha visto con gran unanimidad hacer grandes sacrificios de sangre, de dinero y de amor propio para no verse privados de ese derecho. Los revolucionarios no niegan esto, ¡oh! de ningun modo, estando por el contrario dispuestos á suministrar á los pueblos cuantos gobiernos quieran; solo que los pueblos quieren tener Reyes para estar seguros, al paso que de no su-

frir á tantos señores, de que estos, como Reyes, han de ser mas decentes y menos hambrientos que los que quieren reemplazarlos.

El pueblo romano, á pesar de todo lo que se ha intentado para hacer que se avergonzara de obedecer al mas grande de los Reyes y al mas dulce de los amos (si es que puede darse los nombres de Rey y amo á quien no es en realidad sino un pastor), el pueblo romano, seducido por los ambiciosos, y habiendo por fin caido en su poder, no ha tenido otros sentimientos que ese sentimiento general de los pueblos. Así fue que apenas se vió *libre* de sus nuevos señores, cuando volvió á pedir su Papa, que es lo que todas las naciones pedian tambien con gran ansiedad. El mundo, apenas el Papa dejó de sentarse en su trono, parecia privado del pararayos en lo mas fuerte del huracan, y espuesto á ser víctima de los caprichos de las centellas y exhalaciones.

Por su parte los Reyes, muy dispuestos á permanecer siendo Reyes, han comprendido que el gobierno temporal del Papa es la garantía de las coronas, cosa que les hará soportable el que ese gobierno temporal siga siendo al mismo tiempo la garantía de las libertades.

Ante este acuerdo de los pueblos y de los Reyes, no parece probable que los escritores revolucionarios se hallen próximos á conseguir su objeto, que es el de *libertar*, ya sabemos cómo, al mundo, quitándole de su frente la tiara, corona mas que real de la humanidad regenerada. Se les puede, por lo tanto, dejar que se desaten contra el gobierno temporal del Papa: tiempo y trabajo les ha de costar hacer la mas ligera melladura en esa lima.

Esto no quita que lo que están haciendo ofrezca un triste y un peligroso espectáculo. No es prudente que unos sofistas lentamente repletos de todo el veneno de la incredulidad, puedan dia por dia predicar la subversion á un pueblo cuyo sentimiento moral y cuyo buen sentido han debilitado tantas revoluciones. Esto es perjudicial, sobre todo para el poder secular, al que no ha sido dicho: *No prevalecerán*; pero como es una de las leyes y una de las desgracias de la vida humana el ver tales cosas y el encontrarse al pie de los árboles el gusano que los roe, vale mas una conformidad filosófica que inspire el desprecio á tales actos.

Nos parece, aparte de eso, que en esta cuestion tan sencilla, gran número de perso-

nas, cándidas en demasía, se atormentan razonando falsamente, y que la mas pequeña cosa podria atraerles á no separarse de lo que el sentido recto de las cosas indica; y hé aquí por qué vamos á hacer para su uso y, ¡Dios lo quiera! para su provecho algunas observaciones sobre el poder temporal del Sumo Pontífice. Si las atienden, conocerán hasta qué punto desvarian al querer la supresion de ese poder: primero, porque nunca lo conseguirán, pues esa institucion es antigua y sólida, es una roca de granito contra la que se han gastado hasta ahora infinitos años; segundo, porque esa institucion es demasiado útil á la Iglesia para que Dios no continúe empleando en su favor los auxilios que visiblemente la han fundado y conservado; y tercero, porque la humanidad la necesita hasta el punto de que, si nuestros revolucionarios llegasen, cosa inverosimil, á conmoverla un poco, sus mismos nietos se ocuparian en volver á asegurarla.

I.

Jesucristo poseerá el mundo, porque Dios le ha dado el mundo. Jesucristo se apoderará de él segun sus derechos y su manera por una lenta conquista, como se ha apoderado de todo lo que ya posee. Decimos lenta, no para Él, sino para nosotros, que esperamos entre trabajos ese dia. En cuanto á Él, tiene el tiempo, y toda la duracion del tiempo no es sino un rayo de su eternidad.

Pero no es como Dios, sino como hombre, como él quiere hacer esa conquista, á fin de probar por su lentitud cuán poca cosa es el hombre por sí, y por su victoria siempre creida imposible, cuál es la grandeza del hombre en la mano de Dios.

Para manifestar desde luego esa grandeza y ese poder, Él quiso en primer lugar apoderarse de Roma, que era lo que el mundo conocia de

mas grande y de mas poderoso. Aquel á quien Él instituyó su Vicario en la tierra, prometiendo estar con él hasta el fin de los siglos, Pedro, uno de esos artesanos duros y groseros, que se llamaba á sí mismo la escoria del mundo, descendió del Calvario á Roma y tomó posesion de ella, inaugurando una serie de milagros aun mas grandes que los que el mismo Jesucristo habia hecho. Tomó posesion de Roma, prenda de la posesion del mundo, y su entrada en la Ciudad Eterna fue el acto posesivo de Jesucristo sobre la herencia que le habia sido dada.

Hé aquí la obra de Dios; veamos ahora la obra del hombre, mezclada de grandeza y de miseria.

El primer árbol que Pedro plantó en su dominio fue la Cruz, sobre la que se hizo clavar con la cabeza hácia abajo, como para estar mas cerca de las catacumbas en donde iban á echarse y establecerse las raices de su real é imperecedera grandeza. Al lado de la Cruz de Pedro se derramó la sangre de Pablo; y así fue cómo esos nuevos soberanos, durante tres siglos, fundaron á esa Roma que les habia sido dada, regándola con su sangre y sus fatigas en mayor abundancia que lo que la habian regado con la

sangre y con las lágrimas de los pueblos vencidos, los antiguos soberanos.

Por fin, las catacumbas llegaron á encontrarse llenas, bastante llenas para enriquecer con sus sagrados despojos á todos los altares que se levantaron mas tarde en el mundo; y el misterioso reinado del Apóstol empezó á hacerse público. Los Emperadores abandonaron á Roma y llevaron á Bizancio el centro del imperio, con el vano título de Soberanos Pontífices, pontificado de dioses ya renegados, dejando al Obispo de Roma solo y de pie sobre el Vaticano en presencia del Capitolio vacío y al lado del Senado, que ya no era sino una sombra. Trascurrieron algunos siglos mas, y la ciudad no tenia realmente mas jefe que ese sacerdote, pues si aun la habitaban algunos literatos y algunos senadores apegados al culto de los ídolos, no existia mas pueblo que el pueblo cristiano, ni mas lugares de asilo que las iglesias.

Un dia, despues que ya se habia visto á Alarico apaciguado y á Atila lleno de terror, se presentó Totilas, Rey de los godos, que se llevó cautivo al Senado, dejando la ciudad desierta. Belisario acudió apresuradamente, llevando por última vez las águilas romanas, á sus muros, y

resonando las trompetas en el Capitolio ante una soledad que asustaba al general victorioso. Ni las cohortes, ni el Senado, ni el pueblo romano, volvieron á aparecer ; las estatuas derribadas y deshechas no fueron colocadas sobre sus pedestales ; los arcos de triunfo no se levantaron de sus ruinas: nada de lo que habia sido Roma quedaba ya en Roma.

Pero el principio de vida que Pedro llevó á Roma, sobrevivió á la devastacion de Totila, como habia sobrevivido al poder de Claudio y de Neron. El Obispo de Roma volvió á Roma, donde el Senado no debia volver mas; el Obispo volvió, y volvió con el pueblo cristiano; y el siglo siguiente, San Gregorio I podia escribir: «El Pastor de Roma se halla tan ocupado por »los asuntos esteriores, que no sabe ya si es »Obispo ó Rey.»

Hasta mas despues, al aproximarse los tiempos de los Pipinos y de los Carlomagnos, ese trono de hecho y de derecho no tomó su verdadero nombre; pero siglos antes de la época en que los Papas, para salvar á la Italia y conservar la civilizacion al mundo, debieron quitar á los cobardes Emperadores de Bizancio esa parte del imperio que solo ellos les habian conservado,

Roma no era ya gobernada, protegida, reconstruida y alimentada sino por sus Obispos.

Leon Isauro fue verdaderamente quien, por su fanatismo respecto á la herejía de los iconoclastas, colocó la corona temporal sobre la frente de los Papas, promoviendo la tempestad que separó definitivamente de Bizancio las últimas posesiones del imperio en Italia. Leon Isauro era tonto y avaro, y es notable que se observe siempre, ó gran inepcia, ó algun otro vicio, ó las dos cosas á la vez, en esos príncipes que rompen con la Iglesia. El Emperador hizo derribar en Constantinopla las imágenes del Salvador; los pueblos de Italia rompieron sus bustos, sin asustarse de las coronas que los adornaban. Amonestado por el Papa, Leon Isauro le amenazó con hacerle ir á Constantinopla cargado de cadenas. ¡No conteis con los pueblos, le contestó el Papa! Leon no sabia lo que era un Pontífice.

Los Emperadores bizantinos habian llegado á formar una de esas iglesias exóticas amadas de los literatos que quieren siempre una religion para el *pueblo*. Gibbon, aunque gran literato tambien, cediendo á su conciencia de historiador, hace ver la diferencia entre el Pontí-

fice de Roma y el funcionario de Constantinopla: «En tanto, dice, que el Patriarca de Constantinopla, esclavo, pasaba alternativamente, »segun el capricho de su señor, de un convento »á la Silla patriarcal y de la Silla patriarcal al »convento, el genio y la independencia de los »Papas se escitaban por el hecho mismo de su »posicion peligrosa en medio de los bárbaros »de Occidente.»

Gibbon es un filósofo y un hereje, y la filosofía y la herejía son dos vendas. Hemos dicho ya, al responder á M. de Sacy, lo que era el *genio* de los Papas y dónde encontraban la fuerza de su *independencia*.

Gibbon continúa y dice la verdad sin mostrarse mas justo: «La eleccion popular (la de »los Papas) les hacia muy queridos del pueblo »romano; la miseria pública y privada encon»traba alivio en sus grandes rentas, y la debili»dad ó la negligencia de los Emperadores les »obligaba á velar constantemente por la seguri»dad material de Roma. En medio de las mayo»res calamidades, el Obispo aparecia *insensible*»*mente* revestido de las *virtudes* y la *magnani*»*midad* del príncipe, y todos, hulanos, grie»gos ó sirios, tomaban el mismo carácter ó

»adoptaban la misma política al subir á la Cá-»tedra de San Pedro. Así fue cómo Roma en-»contró despues de la pérdida de sus provincias »y de sus legiones, su supremacía en el genio y »en la fortuna de sus Pontífices.»

¡Qué de precauciones para fijar los hechos y poderlos interpretar, prescindiendo del milagro de la fe y de la asistencia divina! Gibbon, al describir los tiempos espantosos en medio de los que se realizó ese período que esplica sin comprenderlo, se espresa así: «Sola la influen-»cia de la Religion podia suplir á la falta de le-»yes; el tumulto y la violencia de las Asam-»bleas, en las que se debatian los negocios par-»ticulares y los negocios generales, no podian »moderarse sino por la autoridad del Pontífice. »Sus limosnas, sus exhortaciones, su *correspon-»dencia* con los Reyes y los Prelados de Occi-»dente, los servicios que recientemente habian »hecho, la gratitud y el juramento de los ro-»manos debian acostumbrar á considerarle co-»mo al primer magistrado ó príncipe de la ciu-»dad. A pesar de su humildad completamente »cristiana, se daba ya á los Papas el título de »*Dominus* ó señor, y se encuentra un busto con »esa inscripcion en las monedas de esa época.

»Así, pues, *su dominio temporal se encuentra* »*fundado sobre* mil años de respeto, y su mas »bello título á la soberanía es la eleccion del »pueblo, *al que libertaron de la esclavitud.*»

Escuchemos despues de esta confesion de un hereje las palabras conmovidas de un Obispo: «Roma es la obra del amor, dice el Obispo de »Tula, de la inteligencia, de la abnegacion de »los Sumos Pontífices. La han formado con sus »lágrimas y con su sangre; la han adornado con »colores celestiales; les pertenece á ellos esclu»sivamente. Como padres, como artistas subli»mes, como nobles defensores, poseen todos los »títulos, al mismo tiempo que tienen todos los »derechos sobre ella.»

Así se ha formado el gobierno temporal de los Papas. Ningun gobierno ha salido jamás tan legítimamente, tan profundamente y tan lentamente de la naturaleza de las cosas. Sin emplear nunca la fuerza material, y cuando en todas partes la veia, al contrario, brutalmente conjurada contra él, sin ningun medio, sin ningun proyecto de engrandecimiento, llegó á establecerse sin siquiera notar que se establecia. Y esos siglos de tempestades que nada dejaron en pie ni en su lugar en el mundo; esos siglos que arras-

traron consigo las instituciones, los imperios, los pueblos y los dioses con la accion y el desbordamiento de la fuerza salvaje; esos siglos trabajaron para la construccion maravillosa del trono de Roma con la misma fidelidad con que destruyeron las obras mas poderosas del mundo antiguo. ¡Santo milagro, y por eso mismo aun mas manifiesto y mas brillante! ¡Obra de Dios, ejecutada por la mano de los hombres, y no de los hombres que querian realizarla, sino de aquellos que no la veian, que no la adivinaban, que no la deseaban, pues que hasta aquellos que deseaban obedecer á Dios y á quienes empleaba tambien la Providencia, no tenian mas objeto que conservar y estender el dominio espiritual de la Iglesia y no asegurarla su dominio temporal! Los bárbaros y los Emperadores llevaron por turno su piedra, colocándola y cimentándola en el lugar indicado por el Arquitecto invisible, que solo conocia el plan de la obra, que solo marcaba la hora en que debia concluirse, que solo habia elegido los materiales con que debia concluirse; y decimos que los bárbaros y los Emperadores por turno, porque tanto como los bárbaros, los Emperadores por sus traiciones, por sus infamias y por sus empresas sacri-

legas, llegaron á ser los fundadores asiduos de esa monarquía, que ni habia tenido ni tendrá precedentes análogos en el mundo. En algunas costas, las olas multiplicando sus embates han formado por sí mismas el dique que las contiene, dique al que combaten sin tregua, y al que en los dias de tormenta cubren con sus espumas; pero que no pueden destruir, porque á menos de que Dios cambie las leyes del mundo, la mar no tendrá sino furores impotentes, deteniéndose ante los límites que Dios por esas mismas leyes les ha obligado á darse.

Hasta despues de concluida la obra, los hombres no la vieron; pero encontrándola buena la regularizaron. Desde ese lugar ignorado que se llamaba Roma, lugar al que Emperadores viles hacian atormentar por sus subalternos cuando los bárbaros la abandonaban, el Pontificado habia creado varias naciones católicas, entre otras la de los francos. Tal fue el resultado de lo que Gibbon llama la *correspondencia* de los Papas con los pueblos de Occidente. El Oriente iba perdiéndose en la herejía, el Occidente tenia por Reyes bárbaros herejes. «Entonces, dice Ba»ronio, Dios suscitó de entre los infieles un prín»cipe que fuera suyo, y se formó un pueblo

»privilegiado que protegiera á su Iglesia contra »los asaltos de la herejía y el torrente de la bar»barie. Parece, en efecto, que la nacionalidad »francesa tuvo este doble objeto.» La nacion de Clodoveo, en correspondencia con los Papas, habia llegado á ser la nacion de Carlo Magno.

«Todo lo que aparece en la escena terrestre, »dice el Obispo de Tula, es para la ejecucion »de un plan eterno. Cuando Dios quiere em»plear á un hombre como un instrumento di»recto y amado, pone en su corazon una piedad »filial hácia la Iglesia; y si para hacerle fácil su »duro ministerio, deben separarse algunos obs»táculos, esos obstáculos serán separados; al »hombre le serán concedidas rápidas victorias »sobre las cosas malas. Y si es necesario sobre»saldrá de entre la multitud y subirá á sentar»se en el rango supremo, á fin de que su accion »sea mas efectiva y espedita.» Tal fue Carlo Magno; «ese hombre tan grande, segun De »Maistre, que la grandeza se personificó en su »nombre, y que la voz del género humano la »llamó grandor en vez de grandeza.» Durante la época de Carlo Magno, la dinastía iconoclasta de los Isauros, habia continuado en Bizancio por un Copronimo, que mereció en el trono el

vergonzoso sobrenombre que le habian dado en la niñez, concluyendo en un Flavio Constantino, que fue vendido por sus cortesanos, batido por sus tributarios y destronado por su madre, que le hizo sacar los ojos.

Carlo Magno dispuso cincuenta y tres espediciones militares, que por lo general mandó en persona. En todas partes sus ejércitos victoriosos abrian el camino al Evangelio, objeto en muchas ocasiones esclusivo de sus campañas. Las costumbres llegaron á ser mas dulces, las artes y las ciencias florecieron, la verdadera libertad civil empezó á aparecer, la civilizacion que los enviados de los Sumos Pontífices habian introducido, llevándola á las Galias, por decirlo así, en la mano, echó hondas raices en ese fecundo suelo para no separarse de él. Pero Carlo Magno no hubiera sido sino un meteoro, ó mas bien un conquistador, ó un invasor bárbaro como los jefes que tan pronto desaparecieron de los Hunos y de los Godos, sino hubiera amado á la Iglesia. Fue buen hijo suyo, y la Iglesia fue para con él buena madre. Inspirado por su amor cristiano, de sus leyes recibió las luces que tan alto le han levantado, llegando á ser el legislador de la Europa. Nunca

estuvieron mas de acuerdo el Sacerdocio y el Imperio que en ese tiempo solemne; y nunca la política humana ha creado nada que fuese tan poderoso y tan lleno de majestad. Carlo Magno fue á Roma, vió allí la obra de los siglos y la constituyó; el Papa vió á Carlo Magno, reconoció en él al hombre de la Derecha de Dios, y le hizo Emperador. El Pontífice y el Emperador obraron en su respectivo círculo; el príncipe robustecia y reconocia el trabajo del pasado; el Pontífice inauguraba el porvenir.

Un dia de Navidad del año 800, víspera de un siglo nuevo, fue cuando el sucesor de Pedro, Leon III, al consagrar á Carlo Magno instituyó el Imperio de Occidente, el sacro Imperio romano. Hizo esto por su propia y plena autoridad, y solo él podia hacerlo. «Cárlos, dicen los his»toriadores modernos, lo comprendió con una »inteligencia propia de los siglos nuevos.» Añado, ¿pero ellos qué saben? que el jefe de los Francos, por un refinamiento de prudencia, pareció sorprenderse cuando el Papa derramó sobre su cabeza el óleo santo, colocando en su frente la Corona de oro. La filosofía de Carlo Magno no llegaba hasta el punto de dudar del derecho del Soberano Pontífice, ni su prudencia

hasta el punto de temer á los ejércitos de la Emperatriz Irene, viuda de Copronimo y madre de Flavio Constantino. Si pareció sorprenderse en el acto, la sorpresa no fue simulada, se sorprendió realmente, porque el Papa no habia hablado sino á Dios de lo que queria hacer en nombre de Aquel á quien el hombre regenerado reconocia por Señor y Rey de todos los imperios.

«Es costumbre en las ceremonias romanas, »dice el sabio Obispo de Tula, que en la noche »ilustre de la Natividad del Salvador, el Sumo »Pontífice entregue ó destine un casco ó una »espada coronada con una paloma á algun gran »príncipe cristiano. Esta costumbre está llena »de símbolos. Por la Encarnacion el Hijo único »de Dios ha vencido al inventor de la muerte, »y una victoria tan grande está bien represen»tada por la espada. Los dorianos infieles se »atrevieron en otro tiempo á afirmar que el Hi»jo de Dios era una simple criatura humana. »El Evangelio de la noche de Navidad afirma »que Dios lo hizo todo por su Verbo. Por lo »tanto, el Sumo Pontífice entrega una espada, »manifestando el infinito poder en el Cristo »Dios verdadero, igual al Padre, y verdadero

»hombre segun las palabras del Salmo: *Los cie-*
»*los son vuestros y la tierra es tambien vuestra.*
»*Habeis formado el ámbito del globo y su pleni-*
»*tud; el Aquilon y la mar son vuestras criaturas.*
»La Sede de Dios, es decir, la Sede apostólica,
»recibe de Cristo su solidez, y es un compuesto
»de recta inteligencia y de justicia; con estas
»armas Nuestro Salvador, Jesus el verdadero
»Dios ha derrotado á los enemigos de esa Sede,
»á saber: á los herejes y á los tiranos, segun el
»dicho profético: *La justicia y la inteligencia*
»*son los elementos de vuestra Sede.* Por último,
»la espada representa el poder supremo confe-
»rido por Jesucristo al Pontífice, su Vicario en
»la tierra, segun los testos sagrados: *Todo poder*
»*me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra*; y
»en otra parte: *Dominará de un mar á otro*
»*mar, y desde las orillas del rio hasta las estre-*
»*midades de la tierra.* El casco con la paloma
»es el emblema de la proteccion del Espíritu
»Santo, estendida sobre el hombre valeroso,
»honrado con los dones del Sumo Pontífice.

»Tal es el bellísimo sentido de esta ceremo-
»nia. La mano armada de la espada, la cabeza
»cubierta con el casco misterioso, el noble cris-
»tiano debe de mostrarse hasta la muerte in-

»trépido defensor de la Fe y de la Sede apos-»tólica.»

Tal se mostró Carlo Magno y en ello estuvo su grandeza, que es inmortal. Su raza ha perdido el Imperio, y ha concluido; el Imperio ha caido; de sus leyes y de sus instituciones apenas queda señal. Otro guerrero, otro Emperador menos grande y menos feliz ha venido á borrar con su nombre la memoria de los pueblos. Para las letras, las ciencias y las artes, de suyo ingratas, Carlo Magno no es sino un protector antiguo, ignorante y grosero; pero en el establecimiento anónimo del poder temporal de los Papas, su mano permanece y permanecerá siempre visible, como si ocho siglos no hubieran levantado la obra sino para que él tuviera la gloria de coronarla, y como si en la serie de las edades ninguna tempestad, por violenta y poderosa que fuera para destruirla, pasase sin aparecer vencida por el genio y la piedad de Carlo Magno.

XI.

Estos esfuerzos contrarios han durado mil años casi sin interrupcion. Contarlos, seria hacer la historia de la Europa; porque así como no ha trascurrido ningun siglo sin presentar algun ejemplo de ellos, así tambien ningun pais ha hecho un papel importante en la historia sin tomar parte en estas luchas del espíritu de Satanás, que quiere constantemente abatir lo que ha edificado y sostiene constantemente el Espíritu de Dios. El combate reposa en peripecias y vicisitudes inauditas. ¡Cuántos auxilios inesperados! ¡Cuántos amigos ingratos! ¡Cuántos cambios imprevistos! Aun en nuestros dias hemos visto esos golpes del infierno y esas contraminas de Dios, cuya maravillosa historia se halla escrita de antemano para la eternidad. Cuando el Papa está en Roma tranquilo, si es que esta palabra humana puede aplicarse aquí, so-

bre su trono de justicia y suavidad, perpetuamente aborrecido por la iniquidad, es cuando los sediciosos argumentan y los necios recogen ávidamente los argumentos. ¿Por qué ha de tener un trono el Papa? ¡Su reino no es de este mundo! ¿Por qué tiene un pueblo y saca tributos ese sacerdote del Dios pobre y mortificado? No es justo que un pueblo, por pequeño que sea, se vea privado de las instituciones de otros pueblos, sea súbdito de sacerdotes, no pueda ni aun morir bajo el mando de sus guerreros, ni agitarse á la voz de sus tribunos, ni lanzarse en estas ó las otras empresas siguiendo á sus hombres de Estado. Y al mismo tiempo, ó en defecto de esto, algun príncipe ambicioso contando su ejército y adivinando los malos instintos de la multitud, se dice: «No tengo sino los cuer»pos, y el Papa gobierna las almas. Si el Papa »fuera súbdito mio, si lo tuviera en mis domi»nios y bajo mi accion, ó si no hubiera Papa, »todo, cuerpos y almas, me perteneceria; por »que sin Papa, el mundo es propiedad de la »fuerza, y la fuerza es mia.»

Así es como se forma la tempestad; las nubes se amontonan, la tormenta estalla, el incendio aparece; pero entonces los ojos se abren,

y hasta los ciegos ven claro. Cuando hace diez años el Papa estaba desterrado y la república se instalaba en Roma á puñaladas, por todas partes se oian los consejos mas sanos sobre la necesidad social y europea de la independencia del Vicario de Jesucristo; y no eran los cristianos los que hablaban así, sino los políticos, los incrédulos y hasta los mismos herejes, aunque mas aferrados en la locura de sus odios, y mas lentos que los demas en prescindir de sus alucinaciones. En ese temblor de tierra que presentó al descubierto los fundamentos del edificio social, todo el mundo pudo comprender su maravillosa estructura, todo el mundo pudo comprender que no habian sido formados por una fuerza humana, y que no habia fuerza humana capaz de reemplazarlos, si llegaban á falsearse ó á fa tar. Los abogados medianos y los literatos á quienes entonces pertenecia el poder, por un estravío humano que a'guna vez suele verse, hombres que la víspera eran enemigos declarados del Pontificado, consternados en aquel momento con los embarazos que esperimentaba, mas avergonzados y mas intimidados aun que inciertos de lo que debian hacer, se decian que el Pontificado no podia desaparecer,

y que era tambien imposible que el Papa fuera nunca súbdito de ningun gobierno, ni aun siquiera su huésped por mas de un instante. Temblando, pero no pesarosos, avanzaban ya la mano para sostener el poder temporal del Sumo Pontífice, cuando perdieron el que ellos disfrutaban.

Un príncipe desconocido, sobrino del último perseguidor del Papado, les reemplazó; y este fue un Bonaparte, que aun tenia que contar con la revolucion sin disgustarla con esceso, quien dió al ejército francés la órden de tomar á Roma, arrojando á la faccion ridícula y odiosa de los revolucionarios que la dominaban, y abriendo sus puertas al Vicario de Jesucristo. Ese príncipe, allá, en su borrascosa juventud, llena la imaginacion de las oscuridades de la época, pero creyéndose destinado á grandes cosas, y siguiendo su destino al azar; ese príncipe, decimos, se habia creido enemigo de la obra de Dios; la consideraba como una obra humana llegada ya á la caducidad que alcanza á todo lo que sale de la mano del hombre.

A pesar de eso habia encontrado en Roma, en su destierro, la dulzura de la hospitalidad pontificia; y allí en muchas ocasiones, su ima-

ginacion, que caminaba sin norte por las alturas del pensamiento, pudo meditar sobre ese poder de los Papas, espuesto á tantos peligros, combatido por tantos enemigos, en apariencia tan frágil, y sin embargo indestructible. Paseándose un dia por la campiña de Roma, la ciudad se le apareció como nunca la habia visto, como la Ciudad Eterna. Del conjunto de monumentos que apercibian sus ojos, vagaba con el pensamiento por la historia, interrogando al pasado y preguntándole los secretos al porvenir. El Capitolio le hablaba de la república, los arcos de triunfo le hablaban de los Emperadores, la vasta ruina del Coliseo le mostraba todo el poder, y al mismo tiempo toda la debilidad de la fuerza. La cúpula de San Pedro lo dominaba todo, presentando su cruz que lo vió pasar todo, y el desterrado se dijo: « ¡Hé ahí la eternidad de Roma! Ahí es donde está Dios, y Dios no está en otra parte.» ¡Quién sabe si esta palabra salia de su corazon en un momento de contemplacion, sin que creyera que debia volver mas á su mente; quién sabe si esa palabra le ha hecho Emperador!

En todo caso, Dios le eligió para realizar, en lo que se referia á Roma, el voto de los pueblos,

y no como ha sucedido otras veces, para contrariarle ó forzarle. Fueran cuales fuesen sus sentimientos particulares, hiciéralo aconsejado por la política, hiciéralo inspirado por la fe, ello es que lo que hizo era lo que debia hacer, y la corona imperial se halló, como en tiempo de Cárlo Magno, sobre la tumba violada de los Apóstoles, ofrecida por la Providencia á quien la volviera la libertad. Ni aun los menos avisados se equivocaron entonces. Como la locura ocupaba entonces el trono, la razon recorria las calles, sublevada contra ese poder indigno que la habia sorprendido. En el mismo recinto en que algunos meses antes los ministros de Luis Felipe habian escarnecido las reclamaciones de la Iglesia respecto á la libertad de enseñanza, una Asamblea republicana aplaudia con entusiasmo al orador católico, que decia: *La Iglesia es una madre*, y que cubria de ignominia á las gentes cuyas manos parricidas habian herido á esa madre. En tiempo de Luis Felipe nadie se cuidó de las palabras de Guizot, calvinista, cuando al contestar á las amenazas de los revolucionarios, dijo que lo que habia resistido á Lutero y á Voltaire, resistiria mejor á Mazzini. Algunos meses despues, ya bajo la república, se

comprendió perfectamente á Pellegrino Rossi al decir á los romanos: «La independencia del do»minio pontificio se halla garantida por la con»ciencia de todos los católicos. Los tesoros de »toda la Europa han levantado los monumentos »de Roma, y Roma, cabeza y centro del catoli»cismo, pertenece á los cristianos mucho mas »que á los romanos. Estad seguros de que no »dejaremos decapitar á la cristiandad ni reducir »á su Jefe fugitivo á pedir un asilo que podia »costar muy caro á su libertad.» Pellegrino Rossi decia esto, Pellegrino Rossi, otro antiguo enemigo del Pontificado, que alcanzó la dicha de morir por él, asesinado por los libertadores de la conciencia humana, y cuyas últimas palabras fueron estas: «La causa del Papa es la causa de »Dios.»

En esta esplosion de los sentimientos públicos que en nada diferian de la razon cristiana, se buscaba, se repetia, se reimprimia todo lo que en todos tiempos habian dicho los sabios y los políticos sobre la conveniencia particular de la independencia del poder temporal de los Papas. Dejando á un lado á los maestros de la sabiduría, cuya autoridad es para nosotros superior, los San Bernardos, los Baronios, los Be-

larminos y los Suarez, conténtemonos con elogiar entre la multitud algunos testimonios que nuestros adversarios no puedan recusar.

Un orador del Concilio de Basilea, citado por el protestante Rancke en la *Historia del Pontificado*, decia: «En otro tiempo mi opinion era la »de que seria muy útil separar el poder tempo»ral del poder espiritual; pero ahora he reco»nocido que el signo esterior sin el poder es »ridículo; que el Papa sin el patrimonio de la »Iglesia no representa otra cosa que un servi»dor de los Reyes y de los príncipes.»

Fleury decia tambien: «Desde que la Europa »se halla dividida entre varios príncipes inde»pendientes unos de otros, si el Papa hubiera »sido súbdito de uno de ellos, se debiera temer »que los otros no quisieran reconocerle por »Padre comun, siendo frecuentes los cismas. »Se puede creer por lo tanto que es debido á »un efecto particular de la Providencia que el »Papa sea independiente y señor de un Estado »bastante poderoso, para no ser oprimido fácil»mente por los demas soberanos; á fin de que »siendo mas libre en el ejercicio del poder es»piritual, contenga mas fácilmente tambien á »los Obispos en sus deberes.»

El protestante Muller decia por su parte: «Si »el Papa se hubiera quedado en Aviñon, hubiera »llegado á ser un gran limosnero de Francia, á »quien ninguna otra nacion, escepto la Francia, »hubiera reconocido.»

El presidente Hénault: «Era necesario, para »el reposo general de la cristiandad, que la San»ta Sede adquiriese un dominio temporal. El »Santo Padre no se halla hoy como al principio, »no es súbdito del Emperador. Desde el mo»mento en que la Iglesia se propagó por el uni»verso, fue imposible que estuviera sometida á »las órdenes de nadie. La Religion no basta »para imponer á tantos soberanos; y Dios ha »permitido por lo tanto justamente que el Pa»dre comun de los fieles, siendo independiente, »obtenga el respeto que le es debido.»

Napoleon I: «El Papa se halla fuera de Paris, »cosa bien dispuesta; no está en Madrid ni en »Viena, y hé aquí por qué toleramos su autori»dad espiritual. En Viena y en Madrid se dirá »de seguro lo mismo. ¿Creeis acaso que si el »Papa estuviera en Paris, los austriacos y los »españoles consentirian en admitir lo que deci»diera? Podemos, pues, tenernos por felices con »que no resida entre nosotros, y con que resi-

»diendo fuera no resida entre nuestros rivales, »con que habite, en fin, esa antigua Roma, lé- »jos de la mano de los Emperadores de Alema- »nia y de Francia y de los Reyes de España, »teniendo la balanza entre los soberanos católi- »cos, inclinada siempre un poco mas hácia el »fuerte; pero rechazándola en el momento en »que el mas fuerte se convierte en opresor. El »trascurso de los siglos es quien ha hecho esto, »que está muy bien hecho. Para el gobierno de »las almas, el Pontificado es la institucion mas »escelente que se pueda imaginar.»

Napoleon III: «Deploro con todo mi corazon »que el hijo primogénito de Luciano Bonaparte »(el príncipe Canino, uno de los triunviros) no »haya comprendido que la soberanía temporal »del jefe de la Iglesia se halla tan íntimamente »ligada con el brillo del catolicismo, como con »la libertad y la independencia de la Italia.»

Tambien se citaba á los enemigos del Pontifi- cado antiguos y nuevos, recordando sus anti- guas esperanzas y los lazos de que se habian servido, cuyo resultado, que habia llegado á ser inminente, causaban el terror del mundo.

Antes de la Revolucion, Federico II escribia á Voltaire: «Se pensará en la fácil conquista de

»los Estados del Papa, y entonces la palma es »para nosotros, y la escena se ha concluido. To- »dos los potentados de la Europa, no queriendo »reconocer un Vicario de Cristo sometido á otro »soberano, crearán un patriarca cada uno para »su Estado... Poco á poco todos se alejarán de »la unidad, acabando por tener en su reino una »religion y una lengua aparte.»

¡Oh doctores y propagadores de la fraternidad, que quereis que cada Estado tenga su religion y su lengua aparte, y que la conciencia y la sangre de los hombres quede á merced de la ambicion de los Reyes, escuchad esas palabras! Alabándose hace poco tiempo Mazzini de lo que habia hecho en Roma, decia, con el imbécil candor del crímen: «La abolicion del poder tem- »poral llevará *necesariamente* consigo en el áni- »mo de aquellos que comprenden el secreto de »la autoridad papal, la *emancipacion* del géne- »ro humano de la autoridad espiritual.» Sí, y cuando la autoridad espiritual no sostenga ya la conciencia humana, ¿quién emancipará al género humano de los caprichos de la fuerza material?... ¡Sin duda el puñal de Mazzini!

Pero esa conciencia humana, tan despreciada por esos advenedizos que se enorgullecen de su

puñal, les ha despreciado á ellos á su vez, y haciéndoles ver que el puñal no asesinará á las ideas, y que las conciencias tienen tambien su espada para libertarse de la espada.

«¿Cómo, esclamaba un Obispo, podrá el es»trecho límite nacional sofocar al Monarca uni»versal de las almas? El género humano, naci»do para el sobrenaturalismo, es decir, para te»ner con Dios relaciones de una grandeza y de »una delicadeza inefables, rechaza que se pueda »tener la triste tentacion de turbarlas y de cor»romperlas; quiere marchar hácia su fin sin tro»pezar en su senda con los guardas de la fron»tera humana. La ciudad divina debe perma»necer abierta de dia y de noche; el mensaje »celeste sale y la oracion entra; que sea sin de»recho de visita y á todo momento. Las almas »vuelan hácia sus cimas de todos los puntos del »globo; que no se pida á las nobles viajeras el »color de la bandera que abrigaba sus cuerpos de »tierra; que allí desaparezca el particular, y que »las rivalidades nacidas en el campo nacional »sean ignoradas. Dios sabrá discernir perfecta»mente lo suyo, no obstante la variedad y las »oposiciones nacidas de los climas, de las poli»ticas, de las civilizaciones, de las barbaries. La

»independencia es necesaria á un ministerio que »debe permanecer siendo tan universal, tan im- »parcial, tan lleno de amor; y cosas tan mag- »níficas no pueden ser tratadas de un modo »conveniente bajo la inspeccion de miradas en- »vidiosas.»

Y en medio de los clamores y de las tinieblas del momento, la misma voz episcopal, tan inspirada como sabia y elocuente, no temia anunciar de qué modo el Pontífice desterrado volveria muy pronto á su ciudad profanada, siendo profecía un cuadro del pasado que tomaba en los anales de la Iglesia en la época en que Arnaldo de Brescia habia reinado sobre Roma, como reinaba en ese momento el héroe de los pensadores y de los iluminados de nuestra época: el hombre del puñal, Mazzini.

«Se diria que hay verdaderas resurrecciones »de los furores y de las locuras humanas. Eu- »genio III era un príncipe muy noble y muy »generoso, que no habia querido mostrarse duro »hácia los culpables habitantes de Tívoli. Nues- »tro bien amado Pio IX, al subir al trono rehu- »só dejar que siguieran las severidades decreta- »das contra algunos criminales perturbadores. »Las bandas de Arnaldo degollaron á los fieles

»romanos: los hombres fieles á Pio IX han sido »asesinados. Eugenio se retiró á Viterbo; Pio IX »se halla en Gaeta. Arnaldo, hablador peligroso, »esparcia declamaciones astutas, diciendo en »ellas que el Papa debia ser confinado á la re»gion espiritual. ¿Dicen hoy otra cosa esos sem»bradores de vanas palabras? San Bernardo, ca»tólico y francés, llamaba á Roma una paloma »seducida, sin corazon; la presentaba decapita»da, con los ojos arrancados, con la faz tene»brosa. Mil reproches de ese género llueven so»bre la Roma de hoy; la Francia, en su religio»sa indignacion, no se cuida de medirlos. Eu»genio III en Viterbo, recibe del Norte y del »Oriente y de las tierras occidentales, legacio»nes piadosas que consolaban á su corazon de »la ingratitud de los romanos. ¡Ojalá los tier»nos homenajes de todo el catolicismo y los res»petos del resto del mundo consuelen el gran »corazon de Pio IX! Eugenio en el destierro no »por eso dejaba de ocuparse de los intereses »generales de la Iglesia; Pio IX se consagra es»clusivamente á esta obra á pesar de sus dolo»res. Bien quisiéramos seguir este paralelo has»ta el fin. Puesto que una legítima indignacion »nos ha dictado algunas palabras severas contra

»los violadores de una majestad tan grande, se»remos felices contando de antemano su arre»pentimiento próximo. Sucedió, pues, dice el »historiador, que por la misericordia de Dios »una grande alegria se manifestó en toda la »ciudad con la noticia de la vuelta inesperada »del Pontífice. Una multitud innumerable acu»dió delante de él llevando ramas verdes. Todo »el mundo se prosternaba á su paso, se besa»ban sus huellas. Las banderas flotaban; los »oficiales y los jueces avanzaban unidos. Los »romanos formando un coro armonioso canta»ban estas palabras: Bendito sea el que viene en »nombre del Señor. Así fue cómo al través de »las efusiones de todo un pueblo, el Pontífice »subió al Palacio de Letran. Se acercaba el »tiempo de Navidad, y Eugenio pudo celebrar »esta fiesta.»

Así fue cómo Pio IX un año despues de haber sido arrojado de Roma volvió á entrar en su capital escoltado por un ejército francés, y acompañado de los aplausos del mundo.

Otro Obispo, cuya voz, querida de los católicos de Francia, se ha levantado con autoridad durante estos últimos veinte años en todas las circunstancias en que se han visto comprometidos los

derechos y la gloria de la Iglesia, saca las últimas lecciones de este acontecimiento, preparado y consumado, dice, no por la fe como en otro tiempo las Cruzadas, sino por la política, que calcula á su manera, y mira solo por sus propios intereses. Porque Dios, en efecto, ha querido que hasta la misma política rindiera homenaje á esa autoridad esterior de la Iglesia que por tanto tiempo habia desconocido.

«La política aseguraba que gobernaria bien, »ó por lo menos que gobernaria mejor el mun»do sin la Religion; y ha sucedido que el mun»do no podia gobernarse á medida que se le »privaba de la religion.

»La política habia dicho tambien que la Igle»sia nada tenia que ver con los intereses tempo»rales de los pueblos; y hé aquí que hasta los »mismos intereses temporales de los pueblos »aparecen personificados en el Jefe temporal de »la Iglesia: hé aquí que todos ven en él la mas »alta representacion del órden y de la autoridad, »esas dos grandes condiciones de la vida de los »pueblos, esenciales siempre, y hoy como nun»ca amenazadas.

»En fin, bajo pretesto de impedir que no hu»biera, segun aseguraban, un Estado en el Esta-

»do, los políticos no admitian mas sociedad or-
»ganizada libre y completa, que la sociedad ci-
»vil: y hé aquí que todas las sociedades mate-
»riales vacilan asustadas y se hunden por sí mis-
»mas, en tanto que la sociedad cristiana, des-
»atando poco á poco las ligaduras que la opri-
»mian en medio de los poderes públicos debili-
»tados, reaparece con su disciplina, su sacerdo-
»cio, su unidad, con sus tribunales, sus Conci-
»lios, sus órdenes religiosas, y teniéndose sola
»de pie, llena de juventud, de fuerza y de por-
»venir.

»Y entonces todos esos políticos, viendo á esos
»millones de fieles sometidos á los sacerdotes, á
»esos millares de sacerdotes sometidos á los
»Obispos, á esos centenares de Obispos someti-
»dos al Papa, y á todos juntos, Papas, Obispos,
»sacerdotes y fieles, formando el edificio de la
»Iglesia, comprendieron que habia allí una pie-
»dra firme sobre la cual seria conveniente asen-
»tar las sociedades humanas desfallecidas.

»Y como sabian muy bien que en esta Iglesia
»tan fuertemente constituida, todo reposa sobre
»el Papa, á la misma Iglesia como sociedad visi-
»ble es á la que han restaurado con la restaura-
»cion temporal de su Jefe; y robusteciendo á la

»Iglesia han querido robustecer al mundo ente-
»ro. Véase cómo esa sociedad espiritual á la que
»han estado envidiando durante tanto tiempo, y
»á la que desdeñaban como inútil cuando no la
»perseguian como enemiga, ha llegado á ser á
»sus ojos el modelo mas perfecto, el apoyo mas
»sólido y el refugio mas seguro de todas las so-
»ciedades humanas.»

III.

¿Descenderemos de estas consideraciones que interesan al mundo, y mas que al mundo al destino entero de la humanidad, á considerar los intereses particulares del pueblo romano? Seria una burla. A ese pueblo se le compadece mucho, ó al menos se afecta compadecerle. Es muy desgraciado, segun se dice, porque no le gobiernan como á los demas pueblos, porque no recorre tan gloriosas carreras, porque no puede entregarse á los bellos ensayos que se hacen en otras partes para encontrar la verdad, la gloria, la fortuna, la dicha, la libertad. Nuestros periodistas insisten mucho sobre este punto. ¡Un pueblo que no tiene grandes periódicos! ¡Un pueblo que no tendrá nunca vida política! ¡Seguramente no puede darse un infortunio mas grande; pero qué le hemos de hacer si la salvacion del mundo está á ese precio! El pueblo ro-

mano puede tener, con cuanta abundancia le plazca, la vida de la inteligencia intelectual y espiritual. Es agricultor, pastor, artista; vive bajo su bello cielo y bajo su dulce Jefe, entre los monumentos y las obras maestras, sin ser abrumado por los tributos, sin sufrir el impuesto de sangre. Su vida es la vida del pueblo romano, es la vida de los felices de este mundo, la vida de aquellos para quienes los demas hombres se agitan, combaten y gimen en los trabajos y en las persecuciones. Cuando el inglés esprime á sus compatriotas y á los demas pueblos de la tierra; cuando ha recogido el tributo de las minas de oro y de las minas de carbon; cuando ha vendido al chino para envenenarlo, el sudor y la sangre del indio, sudor y sangre que ha trasformado en opio, va á Italia á buscar el dulce calor del sol, los monumentos, los sucesos y las distracciones del pueblo romano. Pero solo toma el barniz grosero de las alegrías habituales de ese pueblo que es inteligente, que tiene el sentimiento de las artes, que conoce y ama á Dios.

El pueblo romano no se queja, no aborrece á su Rey Pontífice, ni quiere la destruccion de ese imperio paternal. Un corto número de ne-

cios é ingratos rebeldes, corrompidos por la opinion de los estranjeros, literatos medianos y guerreros mas medianos todavía, que se dicen descendientes de los dominadores del mundo, y que se hallan modestamente convencidos de que forman el antiguo Senado y pueblo romano, hé aquí lo que nuestros periodistas llaman el pueblo romano; hé aquí el grupo ilustre y simpático de los *desheredados*, á cuyos intereses se debe sacrificar la paz del mundo. Cuando la tempestad hizo que esos héroes salieran á flote, ni uno solo de entre ellos pudo sostener las miradas del público; la Europa no se ha dignado saber sus nombres; formaban, sin embargo, en conjunto la revolucion romana; y ni el mismo pueblo romano logró conocer durante un instante entre ellos sino algunos demagogos mas furiosos que los otros y bastante felices para haber podido escederse, sin salir á pesar de eso de la medida vulgar, del círculo que recorren la locura y el crímen.

El Papa, y solo el Papa es quien hace que el pueblo romano sea un pueblo y un gran pueblo, un pueblo al que no humilla ese nombre de Roma; un pueblo á la vez conservador é iniciador.

Ciertamente lo que conserva no es poca cosa. La Roma de los Papas no es solamente el santuario de la conciencia cristiana, y por consecuencia el santuario de la libertad, de la que la conciencia cristiana es el último é invencible baluarte; Roma no es solamente el asilo en que se resguardan el respeto y el amor de los pobres y de los pequeños; Roma no es solamente una tierra privilegiada en la que nacen y viven una multitud de tradiciones nobles y de instituciones verdaderamente populares que en otro tiempo poseia la Europa y que volverá á recobrar un dia; es mas que todo eso: la Roma pontificia es aun un laboratorio en que el genio de la caridad concibe, esperimenta y hace consagrar sus beneficiosas concepciones. Allí han nacido todas las obras de misericordia; si han nacido en otra parte, de allí han recibido su fecundidad. Allí, en fin, se halla el centro de la civilizacion universal, puesto que allí se halla el centro del apostolado cristiano. Que los que ya no quieran mas cristianismo, no quieran mas Papa en Roma, lo concebimos; del mismo golpe suprimirian el Apostolado, ó por lo menos contendrian en gran parte sus esfuerzos retrasando inconmensurable-

mente sus demasiado lentos resultados; pero al género humano de la India y de la China, de las profundidades de la América y de la Oceanía, es decir, á siete ó á ochocientos millones de hombres, ¿quién les emanciparia de la autoridad espiritual de los ídolos y de los fetiches? ¿Será tambien el puñal de Mazzini?

Se lo decimos á esos hombres que hablan ligeramente de quitar la corona al Papa, y de enviarlo á él y á la Iglesia á morir de consuncion en alguna aldea, bajo los señores volubles que les darian la sedicion. No son sus ideas las que nos sublevan, esas ideas solo son locas; es su cinismo, es su fanfarronería. La mayor parte de entre ellos afectan una cólera que no sienten y unos terrores que no esperimentan; están llamando á señores bajo cuyo yugo no querrian vivir, y á acontecimientos que les causaria horror presenciar; y no provocan la tempestad sino con la íntima y reservada conviccion de que no estallará, ó de que si estalla pasará como ha pasado sin llevarse el edificio poderoso y venerable que designan á sus furores.

Uno de ellos hacia últimamente observar que los católicos siguen atrevidamente y hasta el fin la lógica de sus principios, en tanto que los

libre-pensadores vacilan y se ocultan, haciendo ver que son cobardes y ligeramente hipócritas. El hecho, muy evidente, se hallaba espuesto en los mismos términos que acabamos de emplear, y el libre-pensador que se entregaba á este esceso de franqueza, deducia la conclusion, muy evidente tambien, de que el catolicismo debia obtener mas de una victoria en el combate que le ofrece el error bajo el nombre del libre pensamiento.

Es lástima que la lengua particular del libre pensamiento no sea franca aun en los mismos momentos en que espresa opiniones sinceras. El libre-pensador en cuestion tenia particular cuidado en llamar á los católicos de la *Edad Media* y al libre pensamiento el *siglo diez y nueve*. Esas calificaciones acarician y esplotan las preocupaciones cuyo humillante auxilio ningun libre-pensador en este tiempo, sea cual fuere su orgullo, sabe rehusar. No nos quejemos de ello: nuestro adversario nos hace ver hasta qué punto la enfermedad que denuncia, la hipocresía y la cobardía del libre pensamiento es general y profunda; puesto que, apelamos á su palabra, ni aun él mismo se halla exento de una ni de otra cosa.

Y ahora, dígasenos: ¿qué causa podria obligar á la Revolucion á ser hipócrita y cobarde, si por una parte no comprendiera que choca con los sentimientos del género humano, y por otra no se adhiriera ella misma, á despecho de sí misma, á las grandes verdades que niega, si en fin, no tuviera, cuando menos, la sospecha de que esas verdades son divinas y eternas?

Nuestro adversario como los demas librepensadores, no tiene ciertamente ninguna razon para creer que los católicos de hoy son hombres mas de la Edad Media que hombres del siglo XIX, que son en ese punto hombres distintos de lo que él mismo es. Suele hablar con frecuencia de «los restos de la Edad Media »que se arrastran todavía en las luces de la ci»vilizacion actual.» El corazon humano y el talento humano son dos de esos restos, que él lleva en sí mismo como nosotros los llevamos en nosotros. Las brillantes ideas que espone no son de su creacion; han sido desarrolladas, combatidas y vencidas durante la Edad Media; aun proceden de mas lejos. Las verdades que se las oponen son nuevas como la naturaleza humana; y las que pueden parecer mas firmes de entre ellas han sido, no inventadas, sino *reconocidas*

hace cerca de mil novecientos años. Esas ideas no han cambiado, como no ha cambiado el corazon del hombre, cuya necesidad y cuya fuerza constituyen, como no ha cambiado el talento del hombre cuya necesidad constituyen tambien. Esas ideas no envejecerán ni en cien años ni nunca; tendrán todo su vigor y toda su juventud en el último dia del mundo. Entonces, despues de haber engrandecido muchas veces á la humanidad ingrata, la volverán á coger para juzgarla en el mismo momento en que ella se figure haberla en fin abjurado. Así es cómo la ley responde por ese castigo soberano al trasgresor obstinado que la niega soberanamente. La humanidad, saliendo de la naturaleza, obligará al Creador á volver su faz santísima, cerrando las edades y rompiendo una obra que no será ya la que Él haya hecho.

Si el siglo XIX no es esa edad perversa, esa edad de la sublevacion suprema y del supremo castigo, no es sino una época de la duracion desconocida de los tiempos; época bajo cierto punto de vista menos difícil que muchas otras, y durante la cual la Iglesia católica, llevando la verdad de Jesucristo, cumplirá su mision de crear á los vivos y de resucitar á los muertos.

La mision es sin duda laboriosa, mas ¿cuándo ha dejado de hacerlo? No vemos ningun tiempo en el que los enemigos de la Iglesia no hayan podido esperar, en el que ninguno de sus hijos no haya tenido que temer; ningun tiempo en el que sus derrotas mas formidables no contengan los gérmenes de sus triunfos próximos.

Hace sesenta años solo se decia la misa en Francia en el fondo de los subterráneos y de los sepulcros; y los libre-pensadores victoriosos, viendo sus filas guarnecidas de sacerdotes apóstatas, cercaban en Valence el ataud de un cautivo que era el *último Papa*.—¿Y qué sucedió?...

Los cristianos lo sabian; ese ataud del último Papa no encerraba el Pontificado. Pio VII habia muerto cautivo; Pio VIII se hallaba libre y vivo elegido bajo la proteccion de las bayonetas rusas; Pio IX nacia. La cuna de Pio IX ha flotado sobre la sangre de los sacerdotes degollados. Vosotros no sabeis lo que colocais en las tumbas, ni lo que Dios pone en las cunas; nosotros lo sabemos. Lo que poneis en las tumbas es la vida; lo que Dios pone en las cunas es tambien la vida. Al ir á la muerte, el cristiano arroja una gota de agua sobre la frente de su hijo recien nacido; ese es el bautismo. Quitadle

esto, y no impedireis que el cristiano ofrezca al menos su sangre que va á derramar para servir de bautismo á sus hijos robados por los verdugos. Nosotros bautizaremos á vuestros hijos, á vuestros propios hijos en defecto de los nuestros, y ellos harán lo que se ha hecho en todas partes desde que la Iglesia ha sufrido: aprenderán el *Credo* sobre la tumba de los mártires. Porque ha de haber mártires, habrá Santos, y los Santos continuarán y desarrollarán la obra de Dios.

Las subordinaciones instituidas por Dios son inalterables; la locura y el crímen multiplicarán en vano sus leyes para violarlas. A despecho de los códigos que pueden imponer los falansterianos y los comunistas, la mujer permanecerá sometida al hombre, el hijo al padre, el adolescente tendrá menos fuerza que el hombre formado, el hombre formado menos prudencia que el anciano; la pasion será gobernada por la razon fria; todo furor, todo delirio, no siendo sino una fuerza que conduce á la muerte, acabará por obedecer á la prudencia, á la templanza y á la paciencia, que son las fuerzas de la vida.

Y esas fuerzas de la vida nadie las posee en

el mismo grado, ni tan plenamente ni tan duraderamente como los Santos. La Iglesia triunfará, pues, por los Santos, aun cuando estos nada añadieran á su fuerza por los milagros; y colocados alrededor del Papa, su jefe visible á quien nunca desconocerán, sea cual fuere la degradacion á que se les reduzca, la Iglesia aparecerá recibiendo su homenaje, signo visible del imperio universal prometido á Jesucristo.

CONCLUSION.

En medio de las fluctuaciones, de las incertidumbres y de las caidas de la política humana, echemos una última mirada sobre lo que Bossuet se atrevia á llamar la política divina. Los triunfos del error nos han rodeado de ruinas; á través de estas ruinas la verdad sigue su camino, estiende y consolida su imperio; consolémonos con este bello espectáculo de la certidumbre y de la duracion de la sabiduría, que en él preside.

¿Hubiera alguno sabido contar hace diez años todos los franceses que proclamaban con completa seguridad y con completa alegría la caida irremediable del dogma católico? Este era el grito de todos nuestros profesores, de todos nuestros escritores, de todos nuestros oradores, grito repetido por todos los ecos de la Europa y

que dominaba el espíritu de todos los gobiernos. Los mas determinados de esos profesores, de esos escritores y de esos oradores llegaron al poder por un golpe inesperado que conmovió al mundo y puso á Roma en manos de sus aliados..... Ellos, ellos mismos arrojaron del mundo á viva fuerza á sus aliados y restablecieron al Papa.

El restablecimiento del Papa por la Francia, y por la Francia en revolucion, hé aquí el acontecimiento del siglo. La humanidad vivirá sobre ese acontecimiento largo tiempo. El hombre se agita, Dios le guia. No basta saber lo que los revolucionarios franceses se proponen: es preciso saber lo que Dios ha de querer. Si Dios quiere, como todo lo anuncia, que su Iglesia sea glorificada, será preciso, no solamente que se resignen á ello, sino que trabajen para ello, y los revolucionarios franceses tanto ó mas que los otros. La tromba formidable que ha pasado sobre el mundo sabia sin duda qué es lo que queria herir, pero no lo que iba á herir. En Alemania ha arruinado al josefismo, desmantelado al protestantismo, é introducido á los Jesuitas que causaban allí mas miedo que entre nosotros. En Italia, á lo que parece, ha

sembrado mas gérmenes de regeneracion que gérmenes de muerte. En Francia ha arrojado al fango las principales cátedras de la impiedad y dejado en pie las de la Religion. Que se nos permita una comparacion vulgar: Dios es como el molinero, que no da paso á las aguas sino para que hagan dar vueltas á la rueda. Aterrorizados por la fuerza y el estrépito del torrente que desencadena, creemos que quiere sumergirlo todo y destruirlo todo; no hay nada de eso. Quiere moler.

Se compadece al Sumo Pontífice. ¡Ah! Si no se considerara, sin duda, sino su situacion temporal, ningun hombre, al parecer, lleva un peso semejante de angustias; pero es preciso elevarse á mayor altura. No consideremos lo que aparecerán en el alejamiento histórico los Mazzini, los Ledru-Rollin, los Palmerston, y ese grupo de subalternos que les sirven de instrumentos. ¡Pobres figuras en suma! ¿Qué valen todos ellos, comparados con los enemigos de otros tiempos? Separado, pues, todo esto, solo queda un Papa santo, venerado, obedecido, mas poderoso en la Iglesia de Dios que lo que ninguno de sus predecesores lo fue nunca; y la cátedra de Pedro, considerada como nunca lo estuvo,

considerada como la clave maestra del órden social. Recorramos la historia de diez y ocho siglos; no encontraremos un Papa, decimos uno, á quien el mundo católico haya saludado mas dócil, mas unánime y mas tiernamente como Obispo de los Obispos, como Pastor de los Pastores, Jefe y Padre de todo el rebaño de Cristo. Estamos en un gran momento de los anales del mundo, asistimos á un espectáculo nuevo, y la posteridad nos felicitará de haber contemplado la aurora de las maravillas que le esperan.

En otro tiempo el poderoso establecimiento temporal de los Obispos, al mismo tiempo que fue un arma escelente en las manos de la Iglesia, fue un arma peligrosa en manos de los enemigos y de los envidiosos del poder espiritual del Pontificado. Con frecuencia la política se apoderó de ella, y los Papas sostuvieron muy pocas luchas sin ver, alrededor de los Reyes cuyas empresas reprimian, á uno ó á muchos de esos Obispos que ocupaban en el Estado un rango tan elevado. Mas irritados contra los Obispos fieles, que agradecidos á los Obispos cortesanos, los soberanos, seducidos, por otra parte, por los bienes de la Iglesia, resolvieron abatir el poder temporal eclesiástico. Pensaban, su

cálculo era justo, y si Dios no hubiera tenido cuidado de desbaratarlo, hubiera tenido pleno éxito, pensaban que una vez destruidos y degradados los Obispos, las coronas darian pronto cuenta de la tiara.

Sin cesar un momento y casi unánimemente han trabajado por conseguirlo durante tres siglos. Han dirigido tan bien sus golpes, han reglamentado hasta tal punto la impiedad, han perseguido tan diestramente; la brutalidad del populacho, la ingratitud de los sabios, la astucia de los administradores y de los políticos, les ha ayudado tan eficazmente, que por último, la destruccion que ansiaban obtener se ha consumado. Todos los bienes de la Iglesia han caido en sus manos; todo el poder político de los Obispos ha pasado á manos del Estado. Nada se dejó á los Obispos de cuanto pudo quitárseles; y entre ello la uncion santa y la mision apostólica. Hé aquí ciertamente una empresa hábil, perseverante y coronada con un raro éxito, gracias á la ardiente complicidad del mundo entero; pero el objeto único de esa política ha fracasado; el objeto era abatir al Papa, y hoy se ve, despues de tres siglos, que tantos esfuerzos solo han servido para engrandecer al Papa y para fortificarle.

¿Cuál es en todo el Colegio de los Apóstoles la cabeza que se eleva contra Pedro y la voz que habla contra él? ¿Quién resiste, quién podrá resistir, quién podria admitir solamente el pensamiento de una resistencia como la que ha habido en todos los otros tiempos? Si en alguna parte, lo que ya parece imposible, un Obispo sostuviera un error, preconizara la política anticristiana de un poder cualquiera y rehusara hacer su deber, el Papa le escribiria: *Hermano mio, os engañais.* Y el rebelde veria al momento á sus partidarios alejarse, á sus discípulos condenarle; quedaria solo y caeria de rodillas. Si quisiera disputar no llegaria á asustar, seria ridículo cuando mas y no se concebiria su tenacidad. El Titan sublevado contra Roma no pareceria ni seria sino una débil cabeza. Tal es hoy en la Iglesia el poder papal.

Una autoridad tan fuerte y tan bien establecida en la Iglesia se halla bien establecida en todas partes. Se ha creido minarla, y se la ha rodeado simplemente de fosos y empalizadas. Se halla allí en el centro de todos los intereses humanos, siendo último baluarte de la civilizacion, de la que fue tambien la fuente primera. No se puede tocarle sin que todo se vea amenazado: si

cayera, todo caeria, y esto todo el mundo lo sabe, y todo el mundo lo ha visto, y todo el mundo lo ha dicho. Es pobre, débil, privado de todo poder material; pero tiene siempre la palabra fecunda que crea los pueblos, las instituciones y los imperios.

A pesar de esta palabra, Mazzini puede volver á tomar otra vez á Roma; puede, si Dios lo permite, coger aun al Papa; Pio IX no será el primer Papa que se haya visto en el destierro, y no seria el primero que se hubiera visto con yerros ó en la cruz; pero al Pontificado Mazzini no lo tocará, porque Dios no ha de permitirlo. Un dia Mazzini, si su destino le lleva á alcanzar tanto honor, será ahorcado ó arrojado á alguna letrina, sea por alguno de sus amigos á quien Dios dará esta mision, sea por un ejército que el Papa fugitivo ó cautivo levante por el solo movimiento de sus labios; y el Pontífice inmortal, atravesando las poblaciones arrodilladas, volverá por un camino de flores á recobrar la corona de espinas que rasga su frente pero que abrasa las frentes de los demas. Presidirá, como lo exige su ministerio desde hace diez y ocho siglos, á los destinos de la humanidad, sentado sobre esa cátedra de la doctrina y del martirio,

que siempre vacilante verá caer todo y levantarse todo lo que no puede perecer.

Claro es que no puede absolutamente compararse la monarquía á la Iglesia, lo que es eterno á lo que es perecedero. La monarquía en general, las familias reales en particular, no han recibido las promesas tan magníficamente realizadas que se han hecho al *pescador de hombres*; y aun cuando las hubieran recibido, es preciso reconocer que no han merecido como él que se les cumplieran. Pero este ejemplo muestra, por lo menos, lo que valen los juramentos de los pueblos, lo que se les ha hecho hacer, y lo que han hecho realmente. ¡*Siempre*, *nunca*, palabras ligeras sobre los labios humanos! ¡*Queremos esto*, *no queremos esto otro*, palabras mas vanas todavía! Querreis lo que Dios quiera, y lo hareis por vosotros mismos, ó por la repúbliea, ó por la monarquía, y lo hareis abjurando de todos modos esos sueños de orgullo que os han hecho creer que habeis sacudido el yugo divino. Hareis lo que Dios quiera, y Dios querrá que su Iglesia reine sobre toda la tierra, revestida de todas las glorias y adornada de todos los triunfos. Consentis en darla el triunfo del martirio; Dios le dará el de

la victoria. Su victoria será la de conducirnos á la libertad por la verdad.

Para sostener el combate contra el mundo, la Iglesia nunca ha dicho sino dos palabras, pero dos palabras que ha sellado con su sangre. A los que quieren cometer la injusticia, la Iglesia dice: *Non licet*; á los que quieren hacerla cómplices de la injusticia, la Iglesia dice: *Non possumus*. Con esas dos palabras ha vencido á la innumerable multitud de los opresores y de los sectarios que han emprendido la tarea de persuadir á los hombres que les estaba permitido todo con el fin de poder ellos mismos permitirse todo. Por esas dos palabras el derecho y la justicia han permanecido inquebrantables sobre la tierra, y nada impedirá que la conciencia humana sepa quién y qué las ha sostenido.

Nadie puede decir todavía lo que ha perecido, lo que permanecerá, ó lo que se levantará de las cosas antiguamente establecidas, venidas á tierra por el choque revolucionario. Lo que desde ahora puede ver todo el mundo, es que el Pontificado será el instrumento de Dios para la reedificacion de la sociedad, y que la historia de los Reyes y de los pueblos futuros, será la misma que la de los Reyes y la de los

pueblos pasados: felices en tanto cuanto han protegido á la Iglesia, grandes en tanto cuanto la han amado.

FIN.

INDICE.

Páginas.

Biografía del autor. V

INTRODUCCION.

La Iglesia es el Bien; el Mal no vive sino para combatirle.—Culto limitado y efímero del libre pensamiento hácia sus grandes hombres; legitimidad, popularidad y perpetuidad del culto de los *Santos*.—El catolicismo.—Una palabra sobre la presente obra. 1

SAN PEDRO.

I. San Pedro, Príncipe de los Apóstoles y Príncipe de los Santos. Des-

de hace diez y ocho siglos es el personaje mas vivo de la historia.—Poder del Papa, el poder mas sólidamente establecido de todos los poderes, el mas estenso, el mas duradero.—Secreto del poder y de la gloria de San Pedro. 10

II. San Pedro en la escuela de Jesus.—Predileccion de Nuestro Señor hácia este discípulo.—Bossuet esplica el plan de Dios sobre San Pedro.—Otros motivos que han valido á San Pedro el honor de su mision.—San Pedro ha dado el ejemplo de la abnegacion absoluta, del amor verdadero, de la ley perfecta. 17

III. Apostolado de San Pedro despues de la muerte de Jesus; éxito de sus predicaciones; sus milagros, su actitud ante los poderes, sus laboriosos triunfos.—Estado de Roma en tiempo de San Pedro; cuáles eran los señores, los grandes y los filósofos de esa ciudad. 27

IV. Muerte de San Pedro; nacimiento del segundo imperio de Roma. 37

LOS PAPAS DE AVIÑON.

I. Ideas erróneas de M. de Sacy sobre el Pontificado.—El Pontificado es, en realidad, el ideal de un gobierno cristiano y la historia de los actos de Dios por la mediacion de los Soberanos Pontífices. 40

II. Estado del Pontificado en el siglo XIV:

cisma, heregías, caos; eleccion de Martin V.—Error de los que dicen que el Pontificado sufrió entonces un debilitamiento notable.—Acontecitos sobrevenidos despues del Concilio de Constanza. 48

III. Los Papas trabajaron por reconquistar á Roma y su independencia.—Hasta qué punto importaba á la paz del mundo esa doble reconquista.—El Cardenal Egidio Albornoz.--Eleccion de Inocencio VI.—Verdaderos caractéres del Pontificado considerado en su conjunto, é injusticia de M. de Sacy respecto de esa institucion 59

IV. El Papa y el Emperador.—Justificacion de Bonifacio VIII y de Leon XII.—Diferencia de la antigua y la nueva Roma. 71

V. Cómo llegaron á ser los Papas los dominadores de Europa.—San Nicolás I y Focio.—Verdadera política de los Papas. 80

VI. Los legados del Pontificado.--Motivos constantes de sus embajadas.—Sentimientos de los teólogos apóstatas sobre el poder del Emperador.—Cárlo Magno 84

VII. Cómo debe juzgarse de la Edad Media.--Comparacion de esta época con la siguiente.—La Iglesia romana es la gran figura, el gran poder, la inteligencia y la virtud de la Edad Media.—San Luis y Luis XIV . . . 93

VIII. La Europa no podia ser católica sin las preeminencias del poder pontifical. — Por qué los Papas se han mezclado siempre en los negocios de los soberanos.—¿Puede acusarse á los Papas de los desórdenes que dió la Edad Media? 112

IX. Felipe de Baviera y Luis el Bello.—Confesion de Sismondi á propósito de las libertades galicanas.—Despues de la emancipacion de los Reyes ha venido la emancipacion de los pueblos.—Dónde nos ha conducido el progreso.—Porvenir del Pontificado. 119

X. Cuál seria el Papa de modelo para M. de Sacy. 131

XI. Con qué espíritu debe de estudiarse la historia de la Iglesia y del Pontificado. 138

CLEMENTE XIII Y CLEMENTE XIV.

Cómo debe de juzgarse la conducta distinta de esos dos Papas respecto de los Jesuitas.—Luces dadas sobre este grande asunto por el P. de Ravignan. 143

I. La destruccion de los Jesuitas fue el primer acto y la primera confesion de la conjuracion formada en el siglo XVIII contra el cristianismo y el órden social.

Los Jesuitas y sus enemigos: Pombal, Cárlos III, Mad. de Pompadour, Voltaire, Choiseil, los Parlamentos.—

Testimonio del filósofo Duclos.—Cárlos III y el conde de Aranda.—Actos salvajes cometidos en España contra la Compañía de Jesus.—En Francia, el Parlamento trata de igualar á Cárlos III.—La Italia imita á la Francia. 147

II. Clemente XIII.—Prudencia y paciencia de este Papa desde el principio de la lucha.—Carácter de la correspondencia de los Reyes de esta época con el Sumo Pontífice.

La decadencia de Portugal data desde la fecha de su rompimiento con Roma.—Luis XV propone al Papa modifique las instituciones de la Compañía de Jesus.—Respuesta del Papa.—Magnanimidad de ese santo anciano.—Condenacion del libelo jansenista: *Estracto de las Aserciones*.—Clemente XIII protesta contra las disposiciones de los Parlamentos.—Publicacion de la Bula *Apostolicum*.—Los embajadores de las tres naciones reclaman la supresion de la Compañía.—Muerte de Clemente XIII.—Este Papa no fue un Pontífice escepcional; no fue sino el Papa de todos tiempos. 161

III. Clemente XIV. — Los embajadores reciben la órden de activar todo lo posible el negocio de la abolicion.—Mision de Bernis.—Carta de Clemente XIV al Rey de España.—Lo que debe pensarse de las indecisio-

nes del Papa.—Embajada de Moñino.—Clemente XIV, obligado á tomar un partido, concede á los príncipes, no la *condenacion* sino la *abolicion* de los Jesuitas.—Voluntad del Papa.—Voluntad de Dios. . . . 180

IV. Bella actitud de los Jesuitas despues de la sentencia de Roma.—Por qué ha sobrevenido á la Compañía la persecucion. 199

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.

Por qué quiere la revolucion deponer al Papa.—Acuerdo de los pueblos y de los Reyes para conservar el gobierno temporal de los Papas: razon de ese acuerdo. 205

I. La *Revolucion desea vanamente la supresion de ese poder: es una institucion inquebrantable.*—Dios para fundar ese poder se apoderó primero de Roma.—Caida del imperio romano.—El Obispo de Roma vuelve á Roma donde el Senado no volvió jamás.—Los Emperadores griegos y los bárbaros son los instrumentos de la formacion del poder papal.—Confesion del hereje Gibbon.—Carlo Magno: nunca el Sacerdocio y el Imperio estuvieron mas de acuerdo que bajo el reinado de este grande hombre; nunca la política humana ha creado nada que fuera mas majestuoso ni mas poderoso.—Institu-

cion del santo imperio romano; año 800. 210

II. *La creacion del poder temporal de los Papas es demasiado útil á la Iglesia para que Dios no continúe empleando en su favor los auxilios que no han fundado y conservado.*—Observaciones comunes de la Revolucion contra el poder temporal.—Ensayo que han intentado recientemente contra él; su éxito.—Luis Napoleon vuelve á abrir las puertas de Roma al Vicario de Jesucristo.—Pellegrino Rossi. —Sentimientos de Rancke, de Fleury, de Muller, de Haller, del presidente Hénault, de Napoleon I, de Napoleon III, sobre la independencia del poder temporal de los Papas.— Estracto de una carta pastoral de Mons. Berteaud y del escrito de Mons. Parisis, intitulado: *De la Iglesia y del Estado.* 226

III. La *humanidad tiene una necesidad tan grande del poder temporal de los Papas, que si nuestros revolucionarios llegaran á conmoverlo lo mas mínimo, sus mismos nietos se ocuparian en afianzarlo.*—Lo que nuestros periodistas llaman *el pueblo romano.*—Solo el Papa es quien hace un pueblo del pueblo romano.—La Roma de los Papas es el centro de la civilizacion universal.—El libre pensamiento es hipócrita y cobarde.—Eterna juventud de la verdad.—La verdad de Je-

sucristo llenará su mision de crear á los vivos y resucitar á los muertos; los Santos continuarán y desarrollarán la obra de Jesucristo. 244

CONCLUSION.

El Papa restablecido por la Francia.—Tal es el acontecimiento del siglo.—Vanidad de la política de los soberanos que han querido abatir el poder temporal de los Papas.—Cuál es hoy en la Iglesia el poder Pontificio.—El Pontificado será el instrumento de Dios para reedificacion de la sociedad. 225

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 190 370 5